

Universidad de México

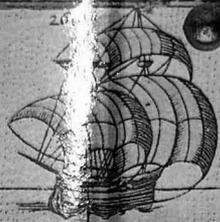
Octubre, 1989

465



Entrevista exclusiva con Iannis Ritsos

Inf. de los galepegos.
Inf. de los galepegos.



Hernán Lara Zavala: Ah Kin Chi

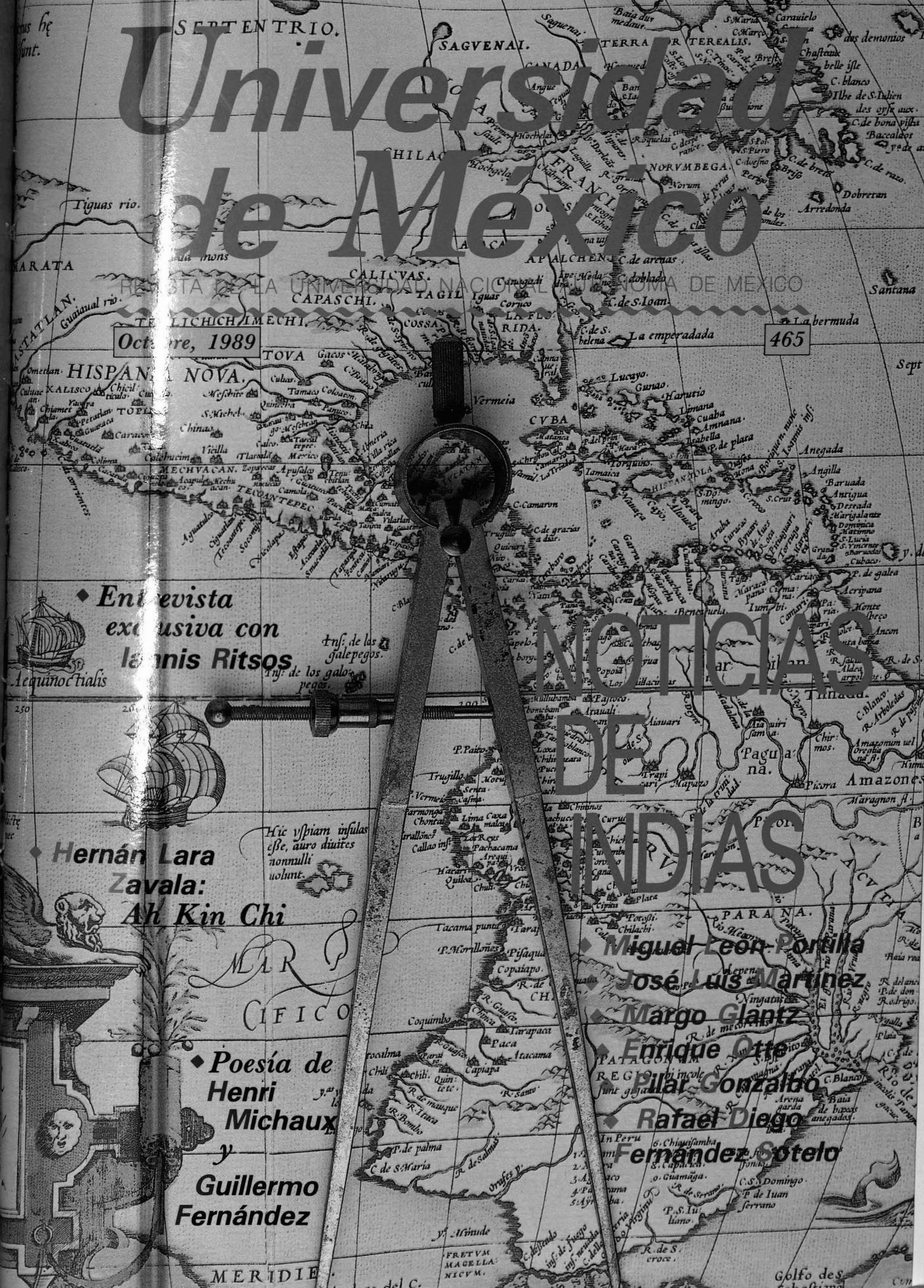
Hic vspiam infulus esse, auro divites nonnulli uolunt.

Poesía de Henri Michaux y Guillermo Fernández

NOTICIAS DE INDIAS

- Miguel León-Portilla
- José Luis Martínez
- Margo Glantz
- Enrique Otte
- Pilar Gonzalbo
- Rafael Diego

Fernández Sotelo



Revista Mexicana de Sociología

Cincuenta años de cultura crítica

50 ANIVERSARIO
1939-1989

REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGÍA

AÑO LI • NÚM. 1 ENERO • MARZO 1989

UNA MIRADA RETROSPECTIVA

SARA SEFCHOVICH • ENRIQUE DE LA GARZA
ARTURO WARMAN • FRANÇOISE PERUS • SARA GORDON
LUIS ASTORGA • RAÚL TREJO • RAFAEL LOYOLA
ALICIA ZICCARDI • HIRA DE GORTARI



1 | 89

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES / UNAM

50 ANIVERSARIO
1939-1989

REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGÍA

AÑO LI • NÚM. 2 ABRIL • JUNIO 1989

VISIONES DE MEXICO

FRANÇOIS-XAVIER GUERRA • ALAN KNIGHT
HENRY C. SCHMIDT • FRIEDRICH KATZ • BARRY CARR
HANS WERNER TOBLER • FRANCIÉ R. CHASSEN LOPEZ
RAYMOND BUVE • JEAN MEYER • HOWARD B. CAMPBELL
DAVID BRADING • JORGE RUFFINELLI • DAVID L. RABY
LOUIS PANABIÈRE • FRANZ TICHY • SOLANGE ALBERRO
ANGÈLS SOLÀ • WALTHER BERNECKER • JEAN PIERRE BASTIAN
FRANÇOIS CHEVALIER • JAMES D. COCHRANE
CLAUDE BATAILLON • JAMES W. WILKIE



2 | 89

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES / UNAM



Universidad de México

Director: Fernando Curiel Editor en Humanidades: León Olivé Editor en Ciencias: Miguel José Yacamán

Consejo Editorial: José Luis Ceceña, Beatriz de la Fuente, Margo Glantz, Ruy Pérez Tamayo, Sergio Pitlor, Arcadio Poveda, Luis Villoro

Secretario de Redacción: Vicente Quirarte Producción: Héctor Orestes Aguilar Corrección: Adriana Pacheco Asistente de Producción: Leticia Santín
Promoción: Martha Huízar Administración: Humberto Rodríguez Relaciones Públicas: Silvia Ruiz-Vázquez Asistente Editorial: Natalia Henríquez Lombardo

Diseño: Bernardo Recamier / Fotografía de portada: Jorge Pablo de Aguinaco

Coordinación de Humanidades

Oficinas: Edificio anexo de la antigua Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Primer piso. Ciudad Universitaria. Apartado Postal 70288, C.P. 04510 México, D.F.
Tel. 550-5559 y 548-4352. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC - Núm. 061 1286. Características 22.866 11212

Fotocomposición y formación: Redacta, S.A. Impresión: Impresora Roma, S.A., Tomás Vázquez 152, Col. Moderna, México, D.F.

Precio del ejemplar: \$ 2 500.00. Suscripción anual: \$ 25 000.00 (U.S. \$80.00 en el extranjero). Periodicidad mensual. Tiraje de seis mil ejemplares.
Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto.

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Volumen XLIV, número 465, octubre 1989

ÍNDICE

2 Presentación

Henri Michaux 3 "Te escribo desde un país lejano"

Miguel León-Portilla 6 Espejo y palabra: presagios del encuentro

José Luis Martínez 9 Hernán Cortés: la declinación y el fin

Pilar Gonzalbo 23 Hijos de la Conquista. Familias novohispanas del siglo XVI

Rafael Diego Fernández Sotelo 28 El sistema de capitulaciones en el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo

Lucía Maya y Vicente Quirarte 33 La piel del mar

Enrique Otte 37 Cartas de particulares

Margo Glantz 45 Lengua y Conquista

Guillermo Fernández 49 14 de abril

Hernán Lara Zavala 50 Ah Kin Chi

Entrevista con Marco Antonio Campos 57 Iannis Ritsos: escribir con la bayoneta en el costado

Miscelánea

Libros

Hernán Lavín Cerda 62 La interminable carencia

Humberto Rivas 63 Un andamiaje sencillo



Presentación

El que habría de ser llamado Nuevo Mundo existió primero en los dominios de la imaginación y la conjetura. En ambos lados del océano fue preciso vencer la superstición y el miedo, y prepararse a descifrar enigmas. Sin embargo, para que visiones y presagios se cumplieran, fue preciso que sonara una hora distinta para el héroe. La que exaltó la individualidad y la pasión, hizo saber a los navegantes europeos que estaban preparados para expandir fronteras; la que a los naturales de estas tierras convenció de que los extranjeros eran hombres comunes y corrientes, determinó la defensa de una heredad de siglos y de la integridad territorial. El proceso del mestizaje, fruto perdurable de la cultura que hoy nos determina, tardaría varios años en lograrse; aun después de que Américo Vespucio diera noticia de que los territorios a los cuales había llegado Cristóbal Colón eran un mundo nuevo y constituía la cuarta parte del planeta, la conciencia colectiva tuvo que convencerse paulatinamente de que la vida era otra.

Las que aquí se contienen son noticias de esas Indias, proporcionadas por los protagonistas y arquitectos que configuraron los perfiles de una nueva realidad. Los presagios y anuncios de nuestros pueblos indígenas, los últimos años de la vida de Hernán Cortés, la formación de la conciencia mestiza, los problemas de la lengua y los obstáculos que fue preciso vencer para interpretar el mundo, demuestran la apasionante complejidad de un proceso que acaso aún no se completa. ♦

“Te escribo desde un país lejano”

Henri Michaux

I

Aquí, dice ella, no tenemos más que un sol al mes y por poco tiempo. Nos frotamos los ojos con anticipación. Pero en vano. Tiempo inexorable. El sol no llega más que a su hora.

Entonces hay un mundo de cosas que hacer, mientras dura la claridad, aunque apenas tenemos tiempo para mirarnos un poco.

El problema es por la noche, cuando hay que trabajar. Y sin remedio: nacen enanos constantemente.

II

Cuando paseamos por el campo, le confía ella, sucede que nos topamos en el camino con unas masas enormes. Son las montañas y tarde o temprano habrá que arrodillarse. De nada sirve resistir, no se puede avanzar, aun haciéndose daño.

No es para herir que lo cuento. Podría decir otras cosas si quisiera herir de verdad.

III

La aurora es gris aquí, continúa ella. No siempre fue así. No sabemos a quién culpar.

Por la noche el ganado lanza grandes mugidos, largos y aflautados al final. Tenemos compasión, pero ¿qué hacer?

El aroma de los eucaliptos nos envuelve: bondad, serenidad. Pero el solo aroma no puede protegernos de todo. ¿O crees tú que realmente pueda protegernos de todo?

IV

Añado una palabra más, mejor una pregunta.

¿También fluye el agua en tu país? (No recuerdo si ya me lo has dicho). Y, si es ella realmente, produce escalofríos.

¿Que si me gusta? No sé. Cuando está fría una se siente tan sola dentro de ella. Pero es una cosa distinta cuando está tibia. Entonces, ¿cómo juzgar? ¿Cómo juzgan ustedes, dime, cuando hablan de ella sin disimulo, a corazón abierto?

V

Te escribo desde el fin del mundo. Es necesario que lo sepas. A menudo tiemblan los árboles. Recogemos las hojas. Tienen una increíble cantidad de venas. ¿De qué sirve? Nada queda entre ellas y el árbol. Nosotras, molestas, nos dispersamos.

¿Será que la vida en la Tierra no podría continuar sin viento? ¿O será preciso que todo tiemble siempre, siempre?

También existen movimientos subterráneos, y en la casa cóleras que vienen a enfrentarte, como seres despiadados que quisieran arrancarte confesiones.

Nada vemos, salvo aquello que importa poco ver. Nada, y sin embargo temblamos. ¿Por qué?

VI

Todas vivimos aquí con un nudo en la garganta. Aunque soy muy joven, has de saber que en otros tiempos fui aún más joven, al igual que mis amigas. ¿Qué significa esto? Seguro que hay algo horrible.

Y en ese tiempo cuando, como ya te dije, éramos aún más jóvenes, teníamos miedo. Alguien podría haberse aprovechado de nuestra confusión, diciéndonos: "Pues bien, el momento ha llegado, vamos a enterrarlas." Y nosotras, pensando: "Es verdad, bien podríamos ser enterradas esta noche si se comprueba que es el momento."

Y sin atrevernos a correr demasiado, jadeantes, sin poder dar un paso más, detenernos frente a la fosa abierta, sin aliento, sin tiempo para decir una palabra.

Dime, ¿cuál es el secreto de todo esto?

VII

Hay, constantemente, añade ella, leones que se pasean a sus anchas por la ciudad. Como no les prestamos atención, ellos tampoco se fijan en nosotras.

Pero si frente a ellos pasa corriendo una muchacha, no pueden contener su emoción. ¡No! Y la devoran de inmediato.

Es por eso que se pasean constantemente por la ciudad, donde nada tienen qué hacer, pues igual bostezarían en otros lugares, ¿no es verdad?

VIII

Hace mucho, pero mucho tiempo —le confía ella—, estamos en lucha con el mar.

Muy raras veces es azul. Cuando está sereno, hasta parece contento. Pero dura poco. Además, su olor lo delata: un olor a podrido (si no fuese su amargura).

Aquí debo explicar el asunto de las olas. Es terriblemente complicado, y el mar... Pero, te suplico, ten confianza en mí. ¿Crees que me atrevería a engañarte? El mar no es sólo una palabra, no es sólo un temor. El mar existe, lo juro, está siempre a la vista.

¿A la vista de quién? Pues de nosotras, nosotras lo vemos. Viene de muy lejos para embaucarnos y atemorizarnos.

Cuando vengas, lo verás con tus propios ojos y quedarás pasmado. "¡Caray!", dirás, pues el mar asombra.

Juntos lo contemplaremos. Estoy segura que entonces no tendré miedo. Dime, ¿será posible?

IX

No puedo dejarte con una duda —continúa ella—, con una falta de confianza. Quisiera volver a hablarte del mar. Aunque la confusión persiste. Los arroyos avanzan, pero no el mar. Escucha, no te enojas, juro que no intento engañarte. El mar es así. Por más que se debata, un poco de arena lo detiene. Es un gran indeciso. Él quisiera avanzar, pero así es la cosa.

Tal vez más tarde, algún día, el mar avanzará.

X

“Estamos, como nunca, rodeadas de hormigas”, dice su carta. Inquietas, pecho a tierra, empujan el polvo. No se interesan en nosotras.

Ninguna alza la cabeza.

Es la sociedad más cerrada que existe, aunque en constante expansión. Poco les importan los proyectos a futuro, las preocupaciones... las hormigas están entre hormigas, en cualquier parte.

Y hasta ahora ninguna se ha vuelto a mirarnos. Antes se haría aplastar.

XI

Ella le escribe:

“No te imaginas todo lo que hay en el cielo, tienes que verlo para creerlo. Allá están las... pero no quisiera decirte su nombre tan pronto.”

A pesar de su enorme apariencia, pues abarcan casi todo el cielo, no son más pesadas que un recién nacido.

Les llamamos nubes.

Es cierto que les sale agua, pero nunca por exprimirlas ni por triturarlas. Sería inútil, tienen muy poca.

Pero, a fuerza de abarcar anchuras y anchuras, larguras y larguras, profundidades y profundidades, llegan, a fuerza de hincharse, a soltar algunas gotitas de agua. Sí, de agua. Y quedamos hermosamente mojadas. Corremos furiosas por haber sido sorprendidas, pues nadie conoce el momento en que arrojarán sus gotas. A veces pasan días enteros sin soltarlas y sería en vano quedarse en casa esperando.

XII

La educación de los escalofríos no se imparte bien en este país. Ignoramos las verdaderas reglas y cuando el suceso aparece nos toma desprevenidas.

Es el Tiempo, por supuesto. (¿Es igual entre ustedes?) Bastaría con llegar antes que él —tú me entiendes—, apenas un poquito antes. ¿Conoces el cuento de la pulga en el cajón? Por supuesto que sí, ¡y de veras es cierto! No sé qué más decir. En fin, ¿cuándo nos veremos? ♦

Leer a Henri Michaux (Namur, 1899-París, 1984) es, entre otras cosas, una aventura. De pocos autores puede decirse lo mismo, ya que tal vez nadie como él se sirvió de la escritura para recorrerse, cuerpo adentro, hacia su propio *lejano interior*. Este viaje, esta minuciosa exploración, culmina siempre con un descubrimiento, con el encuentro de otro mundo. Y en la obra de Michaux descubrir quiere decir inventar. “Se tiene la impresión —decía Vahé Godel— de que Michaux no ocupa espacios que tuvieran una existencia previa, sino que los crea en el momento.” Su escritura equivale a una bitácora de viaje por las provincias del espíritu; todo está anotado con una laboriosa exactitud, con una rara lucidez. Y, contra lo que podría parecer, es una escritura que no desdén los mecanismos del juego y el humor; muchas veces son éstos sus mejores compañeros de viaje. La obra múltiple y no pocas veces asombrosa de Henri Michaux es una epístola que nos llega desde esas comarcas y —como hubiese querido Baudelaire— una invitación al viaje.

ESPEJO Y PALABRA: PRESAGIOS DEL ENCUENTRO

Miguel León-Portilla



En Córdoba nació, hace muchos siglos, el que anunció el portento. Testimonios, conciencia de quien hizo verdadero el presagio, se conservan hasta hoy en Sevilla, a un lado de la Giralda. Y, a partir de Andalucía, desde sus costas que miran al Atlántico, el océano, cuando se realizó el portento, dejó de ser barrera que circunda y se convirtió en camino de encuentro.

Hay bolas de cristal y espejos donde se ve lo que está por suceder. También hay palabras proféticas pronunciadas por agoreros y a veces asimismo por hombres ponderados y con renombre de filósofos. Tales palabras y espejos son mágicos portadores de presagios, imágenes anticipadas de portentos.

En un espejo contempló Moctezuma, el soberano de los aztecas, un portento nunca antes visto. Los pescadores de los lagos sobre cuyas aguas se erguía su metrópoli, habían encontrado ese espejo en la cabeza de un raro pájaro ceniciento, semejante a una grulla. En el espejo, abierta la cabeza del pájaro, los pescadores, siendo de día, habían visto reflejadas las estrellas que llamaban *Mamalhuaztli*, “palos que se frotan para encender el fuego”, pues como tales resplandecían en el cielo.

Moctezuma se encontraba en su casa de oscuridad, *Tlilancalco*, lugar de retiro y meditación. Hasta allí le llevaron el raro pájaro ceniciento, semejante a una grulla, en cuya cabeza se hallaba el espejo. Los pescadores, con temor y reverencia, pusieron pájaro y espejo en manos de los servidores del gran señor. Éste interrumpió su meditación.

Contempló con mirada fija el espejo en la cabeza del pájaro. Vio, al igual que los pescadores, cómo en él resplandecían las estrellas que llamaban *Mamalhuaztli*. Moctezuma y todos sabían que, cada 52 años, cuando esas estrellas llegaban al cenit, había que encender el Fuego Nuevo en lo alto

de una montaña. Con llantos y sacrificios se realizaba esa ceremonia. Si el Fuego no llegaba a encenderse, las tinieblas se adueñarían para siempre del mundo.

Moctezuma apartó de sí por un momento la cabeza del raro pájaro donde estaba el espejo. Luego volvió a mirar. Ya no se veían en él las estrellas del *Mamalhuaztli*. Como en lejanía, se reflejaban allí gentes que venían de prisa, hombres erguidos que avanzaban dando empujones. Eran gentes de guerra, y venían a cuestras de unos como grandes venados.

Moctezuma contempló las estrellas del *Mamalhuaztli* y los hombres a cuestras de esos extraños animales, en un año nombrado según su calendario 2-Caña, como lo refieren los libros de pinturas y signos jeroglíficos. Ese año en la cuenta de los cristianos era el de 1507. Moctezuma no sabía que, para entonces, habían transcurrido ya quince años desde que el océano —el *téotl*, “aguas divinas”— había dejado de ser barrera y se había convertido en camino de encuentro.

Otra vez Andalucía. El que había superado las barreras del océano, ahora, de Granada y Sevilla, pasaba a Sanlúcar para emprender el cuarto de sus viajes. Un libro dejaba entonces escrito. En él había copiado muchos textos de la Biblia y de los Santos Padres; también algunas cartas suyas, recordaciones de eclipses, palabras acerca de Ofir, Tarsis y Jerusalem. El dicho extraño volumen se nombra el *Libro de las profecías*.

El Almirante del Mar Océano, al regreso de su cuarto viaje, hubo de añadir otros párrafos a su *Libro de las profecías*. ¿Fue en 1504, 1505? De hecho, consignó allí el recuerdo de un eclipse, del que fue testigo en Jamaica, el 29 de febrero de 1504. Tales añadidos en ese libro suyo, sólo en dos o tres años antecedieron al momento en que Moctezuma contempló el espejo en la cabeza del raro pájaro ceniciento, semejante a una grulla.

Un añadido en el *Libro de las profecías* es el que aquí intere-

sa. En él, sólo un par de años antes de su muerte, el Almirante Cristóbal Colón cita al que había nacido en Córdoba muchos siglos antes y había anticipado el portento. Pero la cita que hizo el Almirante en su *Libro de las profecías* desborda una mera transcripción literal.

Lucio Aeneo Séneca, el maestro nacido en Córdoba más de mil años antes, en una de las tragedias que escribió, *Medea*, puso en boca del coro, al final del segundo acto, las siguientes palabras:

Tiempos vendrán al paso de los años
en que suelte el océano las barreras del mundo
y se abra la Tierra en toda su extensión
y Tetis nos descubra nuevos orbes y
Tule no sea ya el confín de la Tierra.

La palabra profética del coro, y de Séneca, iba a impresionar, con el paso de los años, a no pocos varones ilustres. La última Tule, la Islandia colonizada por los daneses, no sería ya el confín de la Tierra. Ésta, al aflojar el océano las barreras del mundo, se iba a abrir en toda su extensión.

Menester es detenernos para breve aclaración. En algunos de los viejos manuscritos en que se conserva el texto de la *Medea* de Séneca, se dice que sería Tetis quien descubriría nuevos orbes. Tetis era una diosa, la mujer del padre Okéanos. Ahora bien, en otras de las antiguas transcripciones hay una variante. En vez del nombre de la diosa Tetis, aparece el de Tiphis. Era éste, en la mitología de los griegos, marinero famoso, conocedor de vientos y estrellas, y asimismo guía de Jasón, el del Vellocino de Oro. En el texto que tuvo en sus manos el Almirante del Mar Océano, probablemente edición ya impresa, se leía la variante que adjudicaba al marinero Tiphis abrir la Tierra en toda su extensión y descubrir nuevos orbes. Cristóbal Colón iba a copiar en su *Libro de las profecías* las palabras de Séneca pero, importa insistir, yendo más allá de una transcripción literal.

En la Biblioteca Colombina de Sevilla, creada por Hernando, hijo de Colón, se conserva el original del *Libro de las profecías*. Allí, en el reverso de la página 59, de su puño y letra escribió el Almirante:

Vernán a los tardos años del mundo ciertos tiempos,
en los cuales el mar océano aflojerá los atamentos de las cosas
y se abrirá una grande tierra,
y un nuevo marinero, como aquel que fue guía de Jasón,
que obe nombre Tiphí,
descubrirá nuevo mundo
y entonces non será la isla Tille
la postrera de las tierras.

Nuevo marinero fue el Almirante, como lo había sido Tiphis, guía de Jasón. Y como él, según sin rodeos en su transcripción lo proclama, *descubrirá nuevo mundo*.



Cristóbal Colón, retrato de Sebastiano del Piombo

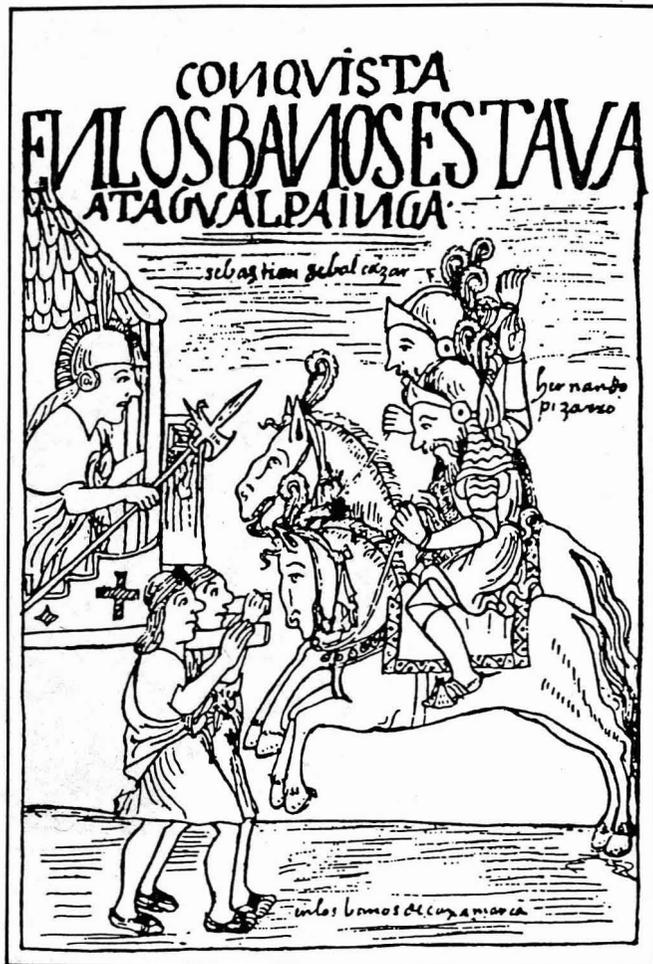
Otro libro más de la misma Biblioteca Colombina mucho interesa aquí aducir. Es también edición de las tragedias de Séneca, impreso en Venecia, en 1510. Hernando Colón, el hijo del Almirante, tampoco pudo resistir a la idea de hacer una glosa o anotación marginal, precisamente al lado del texto en que se anuncia que vendrán ciertos tiempos en que la Tierra se abra en toda su extensión y Tiphis descubra nuevos orbes. La anotación de Don Hernando, el latín, dice así:

Haec prophetia impleta est per patrem meum,
Christophorum Colom, admiralem, in anno 1492.

Esta profecía fue cumplida por mi padre,
Cristóbal Colón, el almirante, en el año 1492.

Entre los preclaros varones, hondamente impresionados también por el prenuncio de Séneca, sobresale fray Bartolomé de las Casas. Fue el primero en conservar pormenorizado relato de la empresa colombina en su *Historia de las Indias*. Allí, habiendo explicado que la isla de Tule “está en el océano de esa parte de Noruega, entre el Septentrión y el Poniente”, nos dice:

¿Qué más claro pudo decir Séneca del descubrimiento destas Indias? Y diciendo “Tiphis [‘el primero que hizo navío’, aclara fray Bartolomé] descubrirá nuevos mundos, da a entener *automatice*, o por excelencia, la dignidad y especialidad y sabiduría y gracia que Dios había de infundir para ello en Cristóbal Colón, como si dijera, el excelente y señalado marinero y otro tal, como el inventor de señalada



y admirable novedad en cosas pertenecientes al navegar como lo fue aquel Tiphis, descubrirá nuevos mundos...

Larga es la lista de los varones impresionados por el preuncio de Séneca. Recordaré al menos a Francisco López de Gómara. Éste, en su *Historia general de las Indias*, publicada en 1552, volvió a aducir, con un comentario, las palabras de Séneca. Fueron ellas, nos dice, "como un dicho acerca del Nuevo Mundo que parece adivinanza".

Se soltaron las ataduras del océano y éste se convirtió en camino de encuentro. Es cierto que el Almirante muchas veces expresó haber llegado a los confines del Asia. En su *Libro de las profecías*, de su puño y letra escribió, sin embargo, que en esos tardos años del mundo, cuando "se abrirá una grande tierra, un nuevo marinero, como aquél que fue guía de Jasón... descubrirá nuevo mundo..." ¿Qué pensaba el Almirante cuando así alteró lo que había expresado Séneca en su tragedia de *Medea*? Dejemos a los eruditos, y también a los polemistas recalcitrantes, que continúen devanándose los sesos en busca de la lumbre que no tienen. Mejor retomemos conciencia de que, más allá de las antiguas barreras del mundo según los mapas de Ptolomeo, había otras muchas gentes, en algunos casos con grandes ciudades, templos y palacios, como los de los mayas y aztecas y los quechuas del Perú.

Encuentros en cadena se produjeron desde el momento en que el nuevo marinero, como aquel que fue guía de Jasón, "descubrió nuevo mundo". Colón conoció a los taínos de las islas y también a los temidos caribes de los que derivó, con razón o sin ella, el triste nombre de caníbal. Tocó también el Almirante las riberas de la Tierra Firme. En pos de él vinieron otros y los encuentros en cadena se sucedieron, cada vez más numerosos.

Moctezuma en su espejo contempló el preuncio. Y antes, mucho antes, según lo recuerda el primer cronista del Nuevo Mundo, el ermitaño Ramón Pané; también el señor taíno de la isla Española, Cacibaquel, afirmó haber tenido anuncio de su dios Yucahuamá de "que llegaría al país una gente vestida, que los dominaría y mataría..." Y asimismo los sacerdotes mayas de Yucatán y Guatemala profetizaron la llegada, interpretando la secuencia de sus cuentas calendáricas. Y se dice que, en el sur, el inca Guayna Cápac supo de un portento y mal agüero que pronto se relacionó con la llegada de un navío en el que venían hombres barbudos y blancos.

Rotas para siempre las barreras del mundo, abierta la Tierra en toda su extensión, gentes de uno y otro orbe hubieron de encontrarse. El encuentro produjo estupor. Hubo luego enfrentamiento, lucha, muertes y ruina de culturas. El encuentro trajo también consigo intercambios, fusión de hombres y de formas de vida. Nuevos pueblos de rostro y corazón mestizo comenzaron a existir.

Explicar lo inesperado es siempre apremio humano. Para dar sentido a lo antes desconocido, hay que recurrir a lo que es propio y corresponde a la ancestral visión del mundo. Creencias y antiguos relatos, y también profecías, son elementos que se hallan en toda visión del mundo. Lo extraño comienza a ser comprendido cuando se sitúa en el contexto de lo que se sabe ha ocurrido o puede ocurrir. Testimoniar al otro desconocido, supone a veces profetizar su aparición, si se quiere paradójicamente, incluso después del encuentro.

¿Fueron palabras y visiones proféticas las de los taínos, mayas y quechuas? ¿Contempló Moctezuma en verdad ese espejo y en él las estrellas, y los hombres en son de guerra "a cuestras de unos como venados"? Lo que resulta indudable es que, situando a "los hombres de Castilla", los venidos de más allá de las aguas inmensas, en el contexto de las antiguas concepciones indígenas del mundo, los radicalmente extraños, dejaron de serlo.

También el Almirante encontró en su lectura de la *Medea* de Séneca un principio de comprensión. De ello nos habla el testimonio medio olvidado de su *Libro de las profecías* hasta hoy conservado en Sevilla, a un lado de la Giralda. En verdad se realizó el portento. El océano dejó de ser atadura que aprisiona y se convirtió en camino de encuentro. Tras milenios de separación, la humanidad comenzó a volverse una: era ya el *Encuentro de Dos Mundos*. Con ese encuentro se hizo al fin posible que un solo mundo existiera. ♦

HERNÁN CORTÉS: LA DECLINACIÓN Y EL FIN

José Luis Martínez

Suplico a Vuestra Majestad que no me haga tanto mal ni desventura. Véome viejo y pobre y empeñado en este reino en más de veinte mil ducados.

Hernán Cortés

Dios le visitó con grandes aflicciones, trabajos y enfermedades, para purgar sus culpas y alimpiar su ánima. Y creo que es hijo de salvación y que tiene mayor corona que otros que lo menosprecian.

Fray Toribio Motolinia

Reñido de mala manera con el virrey Antonio de Mendoza y frustrado por el fracaso que habían tenido sus expediciones al Mar del Sur, Cortés pensó que, como había ocurrido en 1528, un viaje a España para exponer directamente al rey y al Consejo de Indias sus querellas y agravios los solucionarían rápidamente.

Cortés había quedado imposibilitado para proseguir sus expediciones, en vista del control de los puertos del Mar del Sur y del secuestro de su astillero en Tehuantepec, con todos sus navíos y aparejos, ordenado por el virrey. Éste había decidido organizar él mismo las nuevas expediciones, echando a un lado a Cortés y a los derechos que recibió de la Corona. "Pasaron tales palabras entre los dos —comenta López de Gómara—, que nunca tornaron en gracia, sobre haber sido muy grandes amigos."¹

Antes de que Cortés recibiera, hacia septiembre de 1539, las noticias de su última expedición que le envió el capitán Francisco de Ulloa en el navío Santa Águeda, y cuando creía que aún podría haber solución a sus conflictos con el virrey, y que podría continuar sus exploraciones, envió un memorial a Carlos V.² Pedía que no se le embarazara la prosecución de sus descubrimientos; resumía cuanto había hecho al respecto hasta entonces, en las cuatro expediciones enviadas, los esfuerzos y penalidades por los que había pasado y las muertes que había causado la empresa, y afirmaba que tenía

dispuesto otro navío para despacharlo en auxilio del capitán Ulloa.

Y poco después, Cortés envió a España a tres procuradores, Juan de Avellaneda, Juan Galvarro y Jorge Cerón, quienes debieron viajar entre septiembre y noviembre de 1539, con el encargo principal de impedir que el virrey Mendoza despachara sus propias expediciones al norte de la Nueva España.

Pero la impaciencia lo consumía y, como había ocurrido en ocasiones anteriores, debió cavilar en que estas gestiones podrían ser insuficientes y que era preciso que él mismo fuera a hacerlas. Apresuradamente, reunió el oro posible, y aun sin tiempo para dejar instrucciones escritas a sus procuradores y mayordomos, emprendió el viaje a Veracruz. Bernal Díaz, quien viajó a España dos meses antes, cuenta que Cortés lo había invitado a ir con él, y que "estaba malo del empeine del pie del cañazo que le dieron",³ en las fiestas por las paces de Aguas Muertas. Desde las ventas de Calpulalpan y de Aguilar, en el camino de México a Veracruz, Cortés escribió el 12 de diciembre cartas con encargos a su pariente y agente en Tehuantepec, Juan de Toledo, y a un Bernardo de la Torre, a quien designaba capitán de la gente que tenía en dicho puerto.⁴

Aparte de estas noticias indirectas del camino a Veracruz, nada más se sabe del viaje a España, que debió emprender a fines de diciembre o en enero de 1540. Cuenta López de Gómara que "trajo a don Martín, el mayorazgo, que habría ocho años, y a don Luis para servir al príncipe. Vino rico y acompañado, mas no tanto como la otra vez".⁵ Lo acompañaba también el capitán Andrés de Tapia y probablemente sólo llevaba con él algunos servidores. Se ignora si viajó en un navío propio o comercial. Su llegada a España tampoco fue sonada. Sin embargo, según Bernal Díaz, algún acatamiento recibió en Madrid el antiguo conquistador, que cumpliría 55 años en este de 1540:

Y los señores del Real Consejo de Indias, de que supieron que Cortés llegaba cerca de Madrid, le mandaron salir a

³ Bernal Díaz, *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, cap. cci.

⁴ *Carta de Cortés a Bernardo de la Torre*, Venta de Calpulalpan, 12 de diciembre [de 1539]; *Carta de Cortés a su pariente Juan de Toledo*, Venta de Aguilar, Veracruz, 12 de diciembre [de 1539]; en *Documentos*, sección VI.

⁵ López de Gómara, *ibid.*

recibir y le señalaron por posada las casas del comendador don Juan de Castilla, y cuando alguna vez iba al Real Consejo de las Indias salía un oidor hasta una puerta donde hacían el acuerdo del Real Consejo y le llevaban bajo los estrados donde estaba el presidente, don fray García de Loaisa, cardenal de Sigüenza, y después fue arzobispo de Sevilla, y oidores licenciado Gutierre Velázquez, y el obispo de Lugo, y el doctor Juan Bernal Díaz de Luco, y el doctor Beltrán, y un poco junto a las sillas de aquellos caballeros le ponían a Cortés otra silla.⁶

Estas cortesías iniciales, que luego fueron resfriándose, tanto como la amistad que Cortés hizo con el presidente del Consejo y con Francisco de los Cobos, el secretario del rey, no bastaron para devolverle el favor real. Los negocios de Cortés no prosperaban y, con el buen pretexto de que debería esperar la conclusión de su juicio de residencia, iniciado desde 1529 y que nunca se resolvería, no se le daba licencia para volverse a la Nueva España. Él solo se había metido en una trampa sin salida.

La corte estaba de luto por la muerte de la emperatriz Isabel de Portugal, ocurrida en Toledo el 1º de mayo de 1539, cuyos despojos fueron llevados a Granada. Cuenta Bernal que, en aquellos días de 1540, coincidieron en Madrid, Cortés y sus criados, Hernando Pizarro “con más de cuarenta hombres que llevaba consigo”, Nuño de Guzmán y el mismo Bernal Díaz, todos ellos cargados de grandes lutos por el duelo del emperador; y que los de la corte, por chiste, les llamaban “los indianos peruleros enlutados”.⁷

El desastre de Argel

El dominio español en el Mediterráneo se vio gravemente amenazado por los piratas argelinos, especialmente los Barbarroja, que no permitían la navegación segura del comercio y los ejércitos. A partir de 1518 se sucedieron varias acciones militares españolas contra Argel, con diversa fortuna. En la cuarta de estas acciones, ocurrida en 1541, el emperador decidió dar una batida a este puerto, que gobernaba el eunuco y renegado Azán Agá, y organizó una enorme armada: 12 mil marinos y 24 mil soldados, alemanes, italianos y españoles, en 65 galeras y 45 barcos diversos, que se reunieron en las islas Baleares. El emperador llegó el 13 de octubre de 1541, en las galeras de Andrea Doria, para encabezar la armada. Este capitán intentó convencer a Carlos V de que aquella era mala época, de vientos y tormentas, pero no logró persuadirlo.

Hernán Cortés decidió servir al emperador y a su patria en esta acción y se alistó como voluntario, con sus hijos Martín, el mayorazgo —que contaba sólo nueve años— y Luis —que tenía 18 o 19—, y muchos criados y caballos, y se le asignó la galera Esperanza, de don Enrique Enríquez.

El desembarco en un lugar cercano a Argel comenzó a hacerse con fortuna, y el lunes 24 de octubre se inició la marcha contra el enemigo y el sitio de la ciudad. La noche de ese día llovió mucho y se mojaron la pólvora y las armas, lo

⁶ Bernal Díaz, *ibid.*

⁷ *Ibid.*

que aprovecharon los argelinos, la mañana del miércoles 26, para salir a atacar a los sitiadores. Algunos de éstos huyeron pero los alemanes, alentados por el emperador, atacaron a turcos y moros. Esta escaramuza fue el único encuentro guerrero y tuvo lugar cuando los españoles aún no desembarcaban. La tormenta arreció y cuando el emperador supo que había arrojado a la costa y destruido más de 150 navíos con provisiones y armas, convocó a un consejo de guerra, al que no se llamó a Cortés. El consejo decidió levantar el cerco y ordenar la retirada general. Cortés protestó, pues “aseguraba poder conquistar Argel sólo con un reducido contingente del ejército”, opinión que otros compartían y lo que parece posible pues estaban a las puertas de la ciudad con escasos defensores. El reembarque de las tropas, con tormenta y atacadas por los argelinos, fue catastrófico. La galera del emperador se averió, tuvo que ser reparada en Bujía y llegó a Cartagena hasta principios de diciembre. Como los demás, Cortés y sus gentes, entre las que iba su capellán Francisco López de Gómara, tuvieron que embarcarse entre la confusión, el fango y la lluvia. El mismo López de Gómara relatará la desgracia que ocurrió al conquistador de México:

Por el miedo de no perder los dineros y joyas que llevaba, dando al través se ciñó un paño con las riquísimas cinco esmeraldas que dije valer cien mil ducados; las cuales se le cayeron por descuido o necesidades, y se le perdieron entre los grandes lodos y muchos hombres; y así le costó a él aquella guerra más que a ninguno.⁸

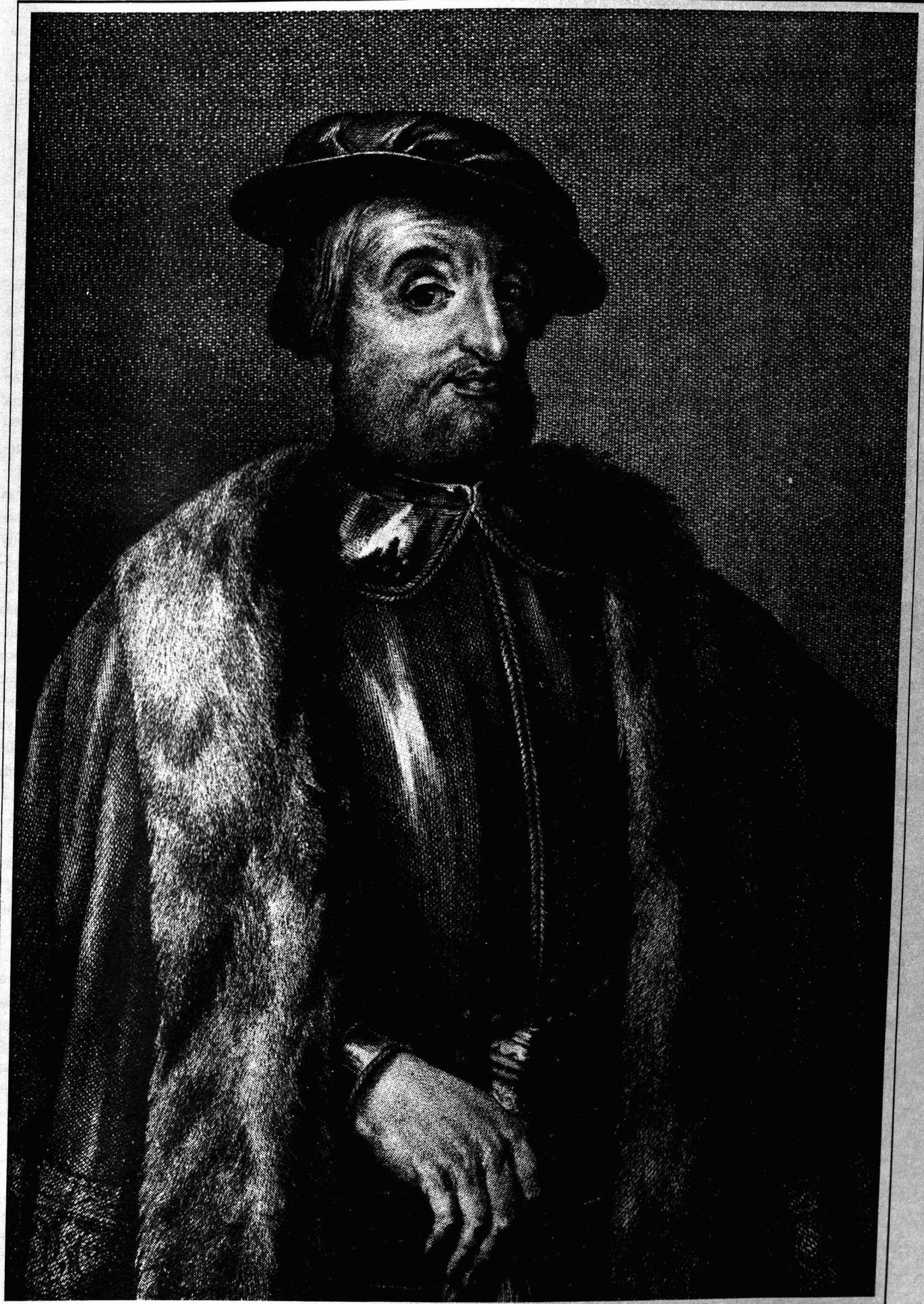
La piratería argelina volvió a aumentar sumada a la turca, hasta que, treinta años más tarde, ocurrió la victoria de Lepanto sobre la flota otomana. Muy celebrada en la cristiandad, no fue, con todo, de resultados definitivos. Los piratas del mundo musulmán siguieron siendo un peligro y amenaza en el Mediterráneo.

Las grandes cartas de agravios

Después de algo más de dos años de estancia en España, cuando Cortés se convenció de que no prosperaría su intento de impedir las expediciones dispuestas por el virrey Mendoza, y de que el futuro había concluido para él en la Nueva España, y después del desastre y humillación que sufrió en la expedición de Argel, el antiguo conquistador pareció hundirse en el desaliento; dejó de pleitear ante el Consejo de Indias por tantas de sus causas pendientes, y concentró su despacho en las tres últimas grandes cartas que dirigió a Carlos V, en 1542, 1543 y 1544, para recordarle cuanto había hecho, reclamarle su relegación e intentar mover el real ánimo en favor suyo.

Distingue a estas tres cartas cierta elevación en la amar-

⁸ “Expediciones españolas en Argel”, *Diccionario de Historia de España*, Revista de Occidente, Madrid, 2a. ed. 1968, t. I, pp. 327-329. Carta de Carlos V a Diego Hurtado de Mendoza, Cabo de Matafú, 2 de noviembre de 1541, en *Corpus documental de Carlos V*, ed. de Manuel Fernández Álvarez, Salamanca, 1978, carta OCXLI, t. II, pp. 71-75. Fray Prudencio de Sandoval, *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, lib. XV, caps. vi-xiii. López de Gómara, cap. ccli.



Cortés, grabado de D.Y. Carmona

gura, como de quien sabe la importancia de sus acciones pasadas, ve cómo se le han desvanecido el poder y la gloria y ha venido a convertirse sólo en un litigante molesto. Porque ha aprendido a decirlo con desnuda sobriedad, al cabo de tantos escritos, estas cartas, además de conmovedoras, son de sus mejores páginas, junto a los grandes pasajes descriptivos y épicos de sus *Cartas de relación*. Recuerdan los autorretratos finales de Ticiano en que la cercanía de la muerte da a la mirada un desasimiento como de quien sólo ve hacia dentro de sí mismo, sin esperanza alguna, para considerar la inutilidad de sus afanes.

En la primera de estas cartas, de 1542, aun enumera sus hechos principales en servicio de la Corona, se detiene en pormenores de los años en Santo Domingo y Cuba, y resume lo que hizo para la conquista y población de la Nueva España; menciona luego las mercedes que recibió y los acontecimientos posteriores, hasta llegar a su reciente intervención en la campaña de Argel con dos de sus hijos, y no llega a concretar sus peticiones sino su gran queja: "se le ha quitado todo, no habiendo falta en su persona y gobernación". Cuando habla de su conquista, logra una buena síntesis que merece recordarse:

Sólo suplica a Vuestra Majestad mire y resuma sus servicios en que él solo se ha señalado en aquellas partes, así en las conquistas que en ellas se han hecho, como en la conservación y conversión de los naturales, y población y gobernación de las tierras, y que nadie como él ha fecho estas tres cosas, y que no tiene Vuestra Majestad en aquellas partes sino lo que él ganó y gobernó, y que tuviera más si no le hubieran estorbado.⁹

En la segunda carta, del 18 de marzo de 1543, exasperado por una decisión del Consejo de Indias, que pretendía litigar de nuevo con el fiscal, respecto a las tierras que había recibido, intenta refugiarse en el consuelo religioso, pero luego solicita al emperador tener "jueces iguales" a sus propios mercedamientos, ya que él le hizo "servicios tan notables que jamás los hizo vasallo a su rey". Al final, después de referir las reclamaciones desproporcionadas que le hacen, no le queda más que suplicar al monarca que no le "haga tanto mal ni desventura", protesta porque lo "tenga en estofa de no cristiano" y le reclama por una frase que debió decirle ante sus reclamaciones insistentes, y que a Cortés lo agravió profundamente: "que no había sido suya aquella conquista". En aquellos años de humillaciones ante tribunales y consejos que nada le resolvían, siente que "le iba la honra" en el orgullo de sus ya lejanas hazañas que querían quitarle.¹⁰

La última carta de Cortés al emperador es la "sentidísima" del 3 de febrero de 1544. El sentir o imaginar, que es lo mismo, que todos los esfuerzos fueron en vano, la tristeza de los años caducos, las dilaciones y enredos de la justicia,

⁹ *Memorial al emperador con relación de servicios y petición de mercedes*, 1542: en *Documentos*, sección VII.

¹⁰ *Carta de Hernán Cortés a Carlos V pidiéndole que lo favorezca en sus pleitos y que no le haga tanto mal ni desventura*, Madrid, 18 de marzo de 1543; en *Documentos*, sección VII.

las rentas consumidas en proyectos grandiosos que se han mudado en deudas, invaden al Hernán Cortés que escribe esta carta. Ahora juzga con ironía las promesas imperiales y siente que no tiene ya edad para seguir rodando por mesones, siguiendo a la Corte, sino que es hora de recogerse a aclarar sus cuentas con Dios, "pues las tiene largas".

El negocio de la carta es pedir al emperador que se preste atención a sus reclamaciones y que "jueces sin sospecha" las resolviesen. Pero al hacerlo, Cortés tiene tanta amargura, tantos agravios acumulados en el alma que salen incontenibles, desde el principio mismo, en pasajes espléndidos:

Pensé que haber trabajado en la juventud me aprovechara para que en la vejez tuviera descanso, y así ha cuarenta años que me he ocupado en no dormir, mal comer y a las veces ni bien ni mal, traer las armas a cuestras, poner la persona en peligros, gastar mi hacienda y edad, todo en servicio de Dios, trayendo ovejas a su corral muy remotas de nuestro imperio, ignotas y no escritas en nuestras Escrituras, y acrecentando y dilatando el nombre y patrimonio de mi rey, ganándole y trayéndole a su yugo y real centro muchos y muy grandes reinos y señoríos de muchas bárbaras naciones y gentes, ganados por mi propia persona y espensas, sin ser ayudado de cosa alguna, antes muy estorbado por nuestros muchos émulo e invidiosos que como sanguijuelas han reventado de hartos de mi sangre. . .

Véome viejo y pobre y empeñado en este reino en más de veinte mil ducados, sin más de ciento otros que he gastado de los que traje. . . he sesenta años y anda en cinco que salí de mi casa, y no tengo más de un hijo varón que me suceda, y aunque tengo la mujer moza para poder tener más, mi edad no sufre esperar mucho. . . no tengo ya edad para andar por mesones, sino para recogerme a aclarar mi cuenta con Dios, pues la tengo larga, y poca vida para dar los descargos, y será mejor dejar pender la hacienda que el ánima.¹¹

Carlos V recibió y acaso leyó la carta; su secretario Francisco de los Cobos anotó al margen: "No hay que responder".

La triste situación de Cortés en estos años finales la pinta una anécdota que cuenta Voltaire:

Un día Cortés, no pudiendo tener audiencia del emperador, se abrió camino por entre la multitud que rodeaba la carroza del monarca y subió al estribo; y que preguntando Carlos quién era aquel hombre, Cortés replicó: "El que os ha dado más reinos que ciudades os dejaron vuestros padres".¹²

¹¹ *Última carta de Hernán Cortés a Carlos V*, Valladolid, 3 de febrero de 1544: en *Documentos*, sección VII.

¹² Voltaire, *Essai sur les mœurs*, cap. 147. *Oeuvres complètes*, París, Chez Firmin Didot Frères, Fils et Cie., Libraires, 1865, t. III, p. 435. La anécdota, que no está documentada aunque es verosímil, la dieron a conocer W. H. Prescott, en la *Historia de la conquista de México*, lib. VII, cap. V, n. 21, y Alaman en su Quinta "Disertación", *Disertaciones*, Jus, t. 7, p. 38.

El pasaje de Voltaire dice:

Quel fut le prix des services inouïs de Cortés? celui qu'eut Colombo: il



A Hernán Cortés, que fue un político excepcional, le faltó comprender que era necesario echarlo a un lado para que su conquista se convirtiera en un nuevo Estado y no sólo en su posesión.

Encuentros con Juan Ginés de Sepúlveda y Francisco Cervantes de Salazar

Después de haber vivido principalmente en Madrid, Cortés, siguiendo a la Corte, se instaló aproximadamente de 1543 a 1545 en Valladolid. En estos años, según lo ha documentado Ángel Losada,¹³ Cortés tuvo tres encuentros con Juan Ginés de Sepúlveda, de los que quedaron constancias en las obras del eminente jurista.

fut persécuté; et le même évêque Fonseca, qui avait contribué à faire renvoyer le *découvreur* de l'Amérique chargé des fers, voulut faire traiter de même le vainqueur. Enfin, malgré les titres dont Cortés fut décoré dans sa patrie, il y fut peu considéré. A peine put-il obtenir audience de Charles Quint: un jour il fendit la presse qui entourait le coche de l'empereur, et monta sur l'étrier de la portière. Charles demanda quel était cet homme: "C'est, répondit Cortés, celui qui vous a donné plus d'états que vos pères ne vous ont laissé des villes".

¹³ Ángel Losada, "Hernán Cortés en la obra del cronista Sepúlveda", *Revista de Indias. Estudios cortesianos*, Madrid, enero-junio de 1948, año IX, núms. 31-32, pp. 127-169.

Las mismas noticias, ampliadas, en la obra de Ángel Losada, *Juan Ginés de Sepúlveda a través de su "Epistolario" y nuevos documentos*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Francisco de Vitoria, Madrid, 1949, cap. XV, pp. 233-266, en especial p. 258 y conclusiones en pp. 265-266.

A Sepúlveda le interesaban la personalidad y las acciones de Cortés como un testimonio para sus obras históricas y sus doctrinas jurídicas, y es posible que además de estos encuentros haya tenido amistad con Cortés en estos años de Valladolid, donde también vivía el humanista.

La primera entrevista —después de otra imprecisa— ocurrió en Valladolid probablemente hacia 1543, en una reunión familiar en la que Sepúlveda escuchó a Cortés narrar las asechanzas que se le preparaban en Cholula y la matanza que luego hizo.¹⁴ Además, Sepúlveda utilizó los *Comentarios* del antiguo conquistador —como llama a las *Cartas de relación*, que acaso recibió del propio autor—, en su obra *De Orbe Novo o Crónica de las hazañas de los españoles en el Nuevo Mundo y México*, esa "historia olvidada de nuestro descubrimiento", como dice Losada.

El segundo encuentro tuvo lugar en Salamanca, en noviembre de 1543, en ocasión de la boda del príncipe Felipe con doña María de Portugal, a la que asistieron Hernán Cortés, su hijo Martín y el doctor Sepúlveda. Este último lo refiere en su *Crónica de Carlos V*.¹⁵

Y el tercero pasó de nuevo en Valladolid, en la corte del príncipe Felipe, poco antes de que Sepúlveda escribiera el *Demó-*

¹⁴ Juan Ginés de Sepúlveda, *De Orbe Novo o Crónica de las hazañas de los españoles en el Nuevo Mundo y México*, lib. V, cap. XIII. Cita alusiva, en latín y en español, en Losada, artículo citado, p. 139.

¹⁵ "De Rebus Gestis Caroli V", *Opera*, Madrid, 1780, lib. XXIII, t. II, p. 243. Citado por Losada, p. 141.

crates alter o *De las justas causas de la guerra contra los indios*, que concluyó en 1544. Una conversación entre Cortés y Sepúlveda es el pretexto formal para este tratado sobre la justificación de la conquista del Nuevo Mundo, cuyas tesis provocarían violenta polémica con fray Bartolomé de las Casas. Losada llega a suponer que pudo existir alguna colaboración personal de Cortés en la redacción de esta obra. Al principio del famoso diálogo dice Leopoldo a Demócrates:

Hace pocos días, paseándome yo con mis amigos en el palacio del príncipe Felipe, pasó por allí casualmente Hernán Cortés, marqués del Valle (me refiero a aquel caudillo que tanto extendió las fronteras del imperio para el emperador Carlos, rey de España, en aquella parte del orbe que se conoce con el nombre de Nuevo Mundo, y que ostenta el título de marqués del Valle, por el marquesado que preside en aquel mundo por él subyugado). Al verle comenzamos a hablar largamente de las hazañas que él y los demás caudillos del emperador habían llevado a cabo en la región occidental y austral, por completo olvidada de los antiguos habitantes de nuestro mundo. La materia, lo confieso, me produjo gran admiración por su variedad e inesperada novedad. Pero al recapacitar en ello después conmigo mismo, esta duda y temor se apoderó de mi mente: si era conforme a la justicia y a la piedad cristiana el que los españoles hubieran hecho la guerra a aquellos mortales inocentes, de quien no habían recibido daño alguno.¹⁶

Por estos años, Cortés conoció también al humanista Francisco Cervantes de Salazar, por entonces secretario latino del cardenal Loaisa, presidente del Consejo de Indias. El futuro cronista de Nueva España referirá que en la corte del emperador oyó al conquistador contar una anécdota de sus empresas:

...que cuando tuvo menos gente, porque sólo confiaba en Dios, había alcanzado grandes victorias, o cuando se vio con tanta gente, confiado en ella, entonces perdió la más della y la honra y gloria ganada.¹⁷

Dicho que pudo aludir a la derrota de la Noche Triste. Cervantes de Salazar debió sentir gran admiración por aquel hombre. En uno de sus primeros libros, de 1546, dirigió a Cortés, con grandes elogios, una epístola nuncupatoria de la

¹⁶ Cito la traducción de Ángel Losada, quien ha descubierto tres códices del *Democrates alter* (artículo citado, pp. 152-153 y 155) que ofrecen versiones más extensas de éste y otros pasajes. Véase, del mismo Losada, *Democrates segundo o De las justas causas de la guerra contra los indios*, edición bilingüe, traducción castellana, introducción, notas e índices por... Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Francisco de Vitoria, Madrid, 1951, pp. 6-7 y 29.

El texto más conocido es el que publicó y tradujo Menéndez y Pelayo: Juan Ginés de Sepúlveda, *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, con una advertencia de Marcelino Menéndez y Pelayo y un estudio de Manuel García-Pelayo, Fondo de Cultura Económica, México, 1941 y 1979, texto citado en pp. 57 y 59.

¹⁷ Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. IV, cap. c.

continuación que escribió del *Diálogo de la dignidad del hombre*, del maestro Hernán Pérez de Oliva.¹⁸ En esta dedicatoria, considera a Cortés superior en sus hazañas a Alejandro y a César; elogia su prudencia y ardid en la guerra y la visión con que ha organizado la Nueva España e implantado en ella el cristianismo; celebra también al conquistador Andrés de Tania, al que debió conocer, y termina señalando la noble ascendencia italiana de los Cortés.

Después de la muerte del conquistador, Cervantes de Salazar vino a México hacia 1550. Aquí participó en la fundación y primeros pasos de la Universidad y escribió sus obras principales y, de 1558 a 1573, redactó su *Crónica de la Nueva España* en la que se ocupó ampliamente de la naturaleza y conquista de México.

Las relaciones que tuvo Cortés con estos hombres de letras, más constante y documentada la de Sepúlveda, casual la de Cervantes de Salazar, dejaron en ambos interlocutores huella honda en sus obras, pero ignoramos cuál haya sido su efecto en Cortés.

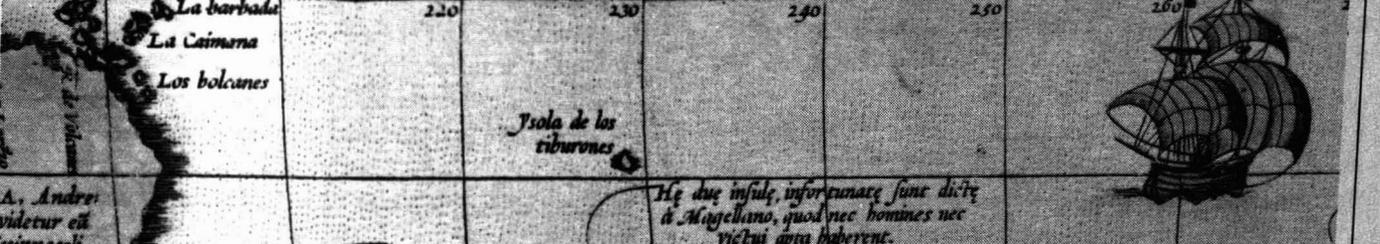
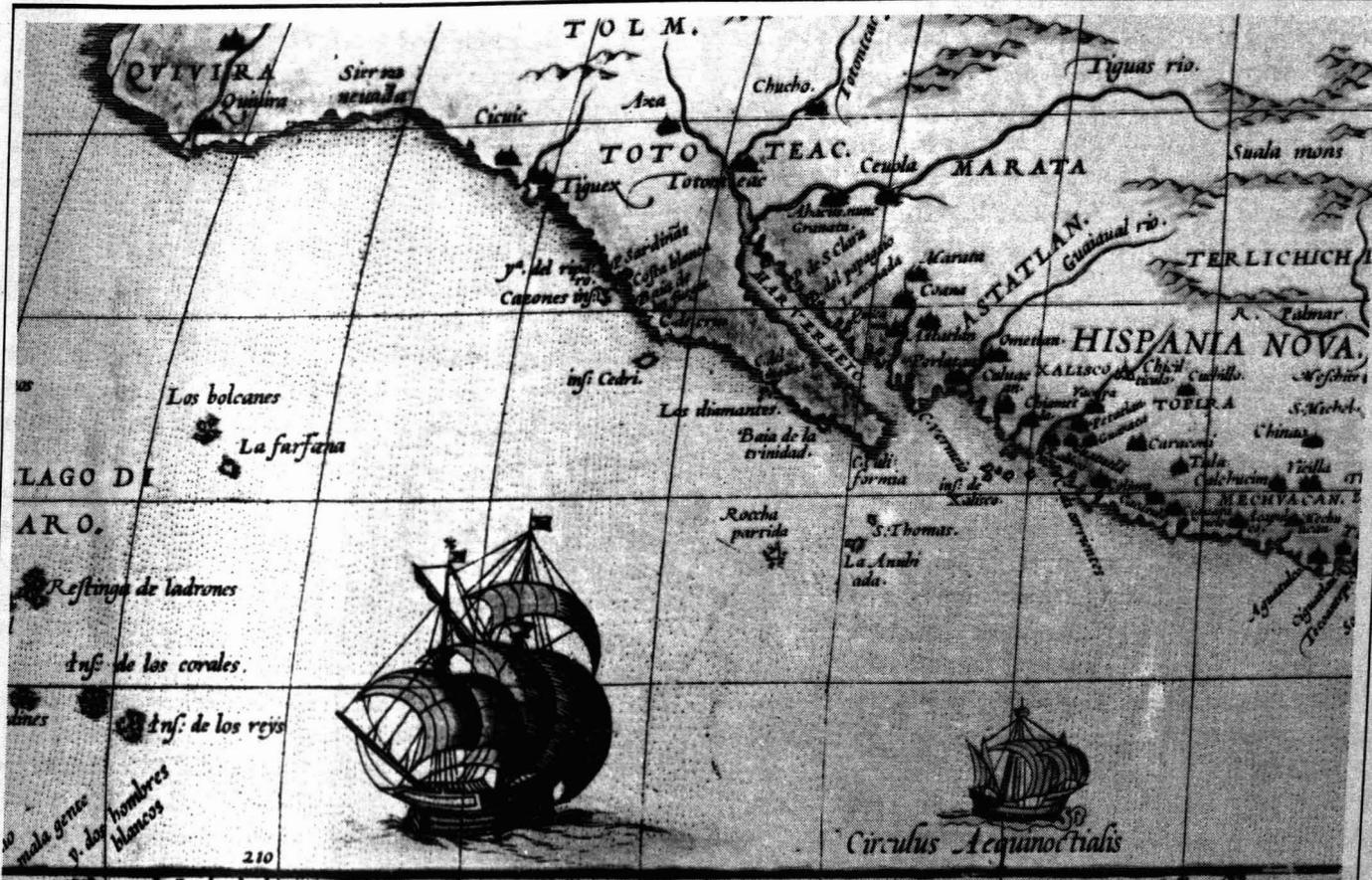
Por estos mismos años, últimos de la vida del relegado conquistador de México, el obispo Paulo Giovio pidió a Cortés su retrato para incluirlo en la galería de celebridades que formaba y escribir su propio elogio. Así pues, el éxito que Cortés no tenía en el mundo político, que era el que le interesaba, comenzaba a tenerlo en el mundo intelectual. El jurista, el humanista y el obispo suntuoso —entre otros, puede suponerse— sentían curiosidad por aquel conquistador ya entonces legendario, que contaba una y otra vez sus hazañas y que ahora se encontraba empequeñecido en el mundo de la Corte que seguía los desplazamientos del emperador.

Encuentros con fray Bartolomé de las Casas

Aunque fray Bartolomé de las Casas y Hernán Cortés coincidieron en la isla Española, sólo se conocieron en Cuba, en 1515; se encontraron en México, en 1538 o 1539, y, durante las cortes que celebró el emperador en la villa de Monzón, en 1542, tuvieron su última conversación que recogerá el dominico en su *Historia de las Indias*. Las Casas sentía antipatía por el conquistador, lo consideraba astuto y decidido pero traidor a Diego de Velázquez, mal cristiano y condenaba sus acciones políticas.

En el encuentro de Monzón, refiere Las Casas que hablaron de hechos tan remotos como los preparativos que había hecho Cortés, en la isla de Cuba, de la expedición a México, cuando se agenció hombres y bastimentos recurriendo a todos los arbitrios. El conquistador aceptó los hechos diciendo, según el historiador: "A la mi fe, anduve por allí como un gentil corsario." Las Casas agrega que comentó para sí: "Oigan vuestros oídos lo que dice vuestra boca." El mismo regaño sí lo pronunció cuando, en su encuentro en México, años antes, le había reprochado el haber preso a "aquel gran rey Moctezuma y usurpándole sus reinos", ocasión en la que Cortés por respuesta citó una sentencia bíblica: *Qui non intrat*

¹⁸ "Al muy ilustre señor don Hernando Cortés...", *Obras que Francisco Cervantes de Salazar ha hecho, glosado y traducido*, Alcalá de Henares, en casa de Juan de Brocar, 1546. Véase texto en *Documentos*, sección VIII, Apéndice.



Haec duo insulae, infortunatae sunt dicitur a Magellano, quod nec homines nec victui apta haberent.

AMERICAЕ SIVE
NOVI ORBIS, NOVA
DESCRIPITIO.

per ostium fur est et ladro: "El que no entra por la puerta es un ladrón" (San Juan, X, 1). Las Casas comenta que aunque "todo se pasó en risa", por dentro él lloraba "viendo su insensibilidad, teniéndole por malaventurado".¹⁹

Mientras que unos le celebraban como hazañas sus hechos como conquistador, la voz de un juez severo volvía a recordarle sus culpas. Y estas doctrinas de justicia iban conturbándolo y llegarían a vencerlo en sus últimos días.

Parecer sobre los repartimientos de indios

Derogada la supresión de las encomiendas que habían intentado las *Leyes nuevas* de 1542, continuaron buscándose formas para mejorar esta compleja figura jurídica. La encomienda se concebía ahora como:

... simple cesión, en favor de los españoles particulares —explica Silvio Zavala—, de las rentas que los indios pagaban a la Corona en concepto de servicio debido por vasallaje. No se trataba ya de la sujeción de la persona de los indios, ni se pretendía fundar el tributo en razones de provecho de los colonos españoles, sino en la razón estatal.²⁰

Al mismo tiempo, se consideró el tema de la duración de las encomiendas, que por la ley de sucesiones sólo podían heredarse dos veces. Los colonos insistían en obtener la perpetuidad, y años más tarde, en 1550, se efectuará una junta, a la que asistió Bernal Díaz del Castillo como el "conquistador más antiguo de la Nueva España",²¹ y en las que se escucharán las opiniones encontradas de los juristas Juan Ginés de Sepúlveda y fray Bartolomé de las Casas.

Como un punto de vista previo para tenerse en cuenta en estas deliberaciones del Consejo de Indias, debió pedirse a Cortés su parecer respecto a la perpetuidad de las encomiendas. Su opinión es favorable. Repitiendo lo que otras veces había afirmado, dice que con esta perpetuidad los indios tendrán más defensa y amparo, pues los españoles los considerarán como bienes propios; sugiere que los repartimientos que estén en primera vida paguen de pensión o impuesto para el rey, un cuarto de su rendimiento; en segunda vida, un tercio, y los de la tercera y postrer vida, la mitad; y concluye diciendo que:

... asentada la tierra con la dicha perpetuidad y asentados los hombres en ella, todo crece: las haciendas, el trato, el valor de las cosas y todo esto es acrecentamiento de las rentas reales, beneficio de la tierra y de los vecinos de ella así españoles como naturales.²²

El punto de vista de Cortés tiene una falla: sólo considera el interés de los españoles mientras que ve a los indios como a

¹⁹ Las Casas, *Historia de las Indias*, lib. III, cap. CXVI: en *Documentos* Sección VIII.

²⁰ Silvio Zavala, *La encomienda indiana*, cap. VI, p. 141.

²¹ Bernal Díaz, cap. CCXI.

²² *Parecer razonado de Hernando Cortés a favor de los repartimientos perpetuos en Nueva España*, hacia 1544: en *Documentos*, sección VII.

una fuerza mostrenca de trabajo y no como a personas libres. Probablemente las conversaciones de Cortés con Sepúlveda, y las polémicas de éste con Las Casas, hicieron que el antiguo conquistador fuera cambiando sus ideas sobre los indios y la conquista, por concepciones más humanitarias y justicieras, como aparecerán en su *Testamento*.

Últimas gestiones sobre su juicio de residencia y los 23 mil vasallos

Como el juicio de residencia contra Cortés continuaba vivo y sin resolución definitiva, recurso para impedirle su retorno a Nueva España, como se ha apuntado, Cortés aún dirigió al Consejo de Indias tres escritos, en 1544 y 1545. En el primero de ellos hace un breve resumen de la enemistad notoria con que se le tomó la residencia, y pide que en vista de sus importantes servicios el Consejo se desista en dicho juicio. En el segundo, protesta porque el tribunal que hará la revisión del juicio está incompleto. Y en el último, que firman con Cortés seis jurisperitos, enumera las fallas de procedimiento que ha tenido el proceso y pide que se declare su nulidad.²³

El procurador fiscal Villalobos, a quien el Consejo de Indias había encargado mantener vivo el proceso contra Cortés, también continuaba alentando las averiguaciones en relación con el pleito por los 23 mil vasallos, aún sin solución. El 27 de marzo de 1545 el rey expidió dos cédulas, a solicitud de Cortés, autorizando a las Audiencias de la isla Española y del Perú a recibir probanzas de testigos que presentará Cortés en relación con este pleito.²⁴ Nada se haría ya al respecto.

Resumen de los pleitos de Cortés y conflicto con el licenciado Núñez

El licenciado Francisco Núñez, primo de Cortés, había llevado los pleitos de éste en la Corte desde 1522 hasta 1543; y en 1546, cuando Cortés se encontraba en Madrid, riñeron por pagos atrasados, probablemente a causa de la mala situación financiera del marqués. Éste solía tratar a Núñez con cierta aspereza desconsiderada, notoria en la carta con pasajes cifrados que le escribió el 25 de junio de 1532. El rompimiento de Cortés y su procurador dio ocasión a que Núñez presentara ante el Consejo de Indias, el 7 de octubre de 1546, un memorial con 82 preguntas, a las cuales pedía que respondiera Cortés. El cuestionario en realidad es una enumeración muy instructiva de los pleitos y negocios de Cortés en los que intervino Núñez, y de los gastos de escribanos, copistas, mensajeros y derechos y otras erogaciones que hizo por cuenta de Cortés. De la misma fecha que el memorial existe una lista, que puede ser un apunte previo, de dichos pleitos y negocios respecto a los cuales, Núñez logró obtener documentos resolutorios o cédulas reales, relativas a Cortés, las

²³ Véanse fichas de los documentos en el capítulo XIX, nota 33.

²⁴ *Cédula de Carlos V y de la reina Juana a la Audiencia de la isla Española para que reciba las probanzas que las partes de Hernán Cortés presenten por los veintitrés mil vasallos*, Valladolid, 27 de marzo de 1545; *idem*, a la Audiencia del Perú, Valladolid, 27 de marzo de 1545; en *Documentos*, sección VII.

cuales suman 167. Esto muestra la enorme actividad de Cortés en asuntos de justicia y en gestiones diversas. Algunas de las cédulas mencionadas aquí no se conocen y otras dan detalles interesantes de ciertos pleitos, como el de la cédula que obtuvo Pánfilo de Narváez en 1527, para que se quemasen las *Cartas de relación* de Cortés existentes y se prohibiese su impresión (ítem III del memorial). Al mismo tiempo, el memorial y la lista hacen más evidente que casi nada se movía en la Corte y en los Consejos sin que fuera solicitado y empujado.²⁵

Cortés respondió de mala manera al interrogatorio del memorial de Núñez. En principio, al aceptar que lo conoce, dijo en forma ofensiva:

... que confiesa haber oído decir que el dicho licenciado Núñez es hijo de una mujer que hubo su agüelo deste declarante de una fulana de Paz e que no era hija de su agüela deste declarante e que sabe que es hijo de un Francisco Núñez, escribano que era en Salamanca.

Mala expresión ya citada antes. En casa de este Francisco Núñez, padre, Cortés se había alojado cuando fue a estudiar a Salamanca, y él le había dado, se supone, lecciones de latín.

Al resto del memorial, Cortés contestó con evasivas: “que confiesa que algunos días —que fueron más de veinte años— entendió el dicho licenciado Núñez en algunos negocios deste declarante porque se los pagaba muy bien”; que todo lo afirmado por Núñez ya lo había respondido otras veces, y que Núñez “es hombre caviloso e le ha puesto estas posiciones e lo contenido en ellas por otras muchas veces en otras causas”. En suma, que nada le debía y que ésta era sólo una insistencia más.

Declaraciones tan despectivas para quien lo había servido muchos años están firmadas en Madrid, abril de 1546.²⁶ Éste será el último de los documentos públicos de Cortés.

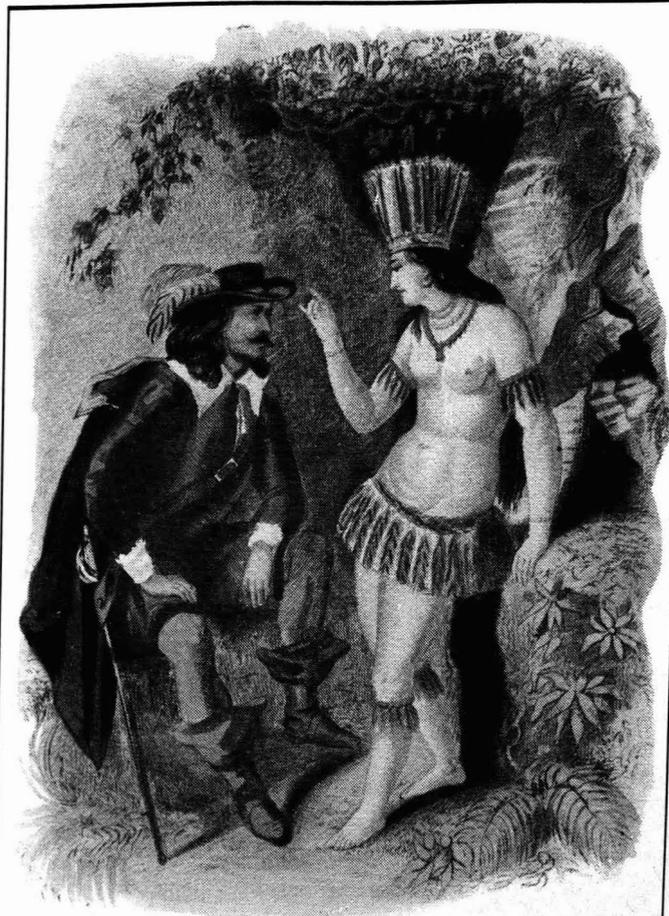
El licenciado Francisco Núñez debió morir poco después, ya que Cortés, en la cláusula LIII de su *Testamento*, que firmará el 11 de octubre de 1547, encarga que en el pleito que lleva “con la mujer y herederos del licenciado Núñez”, por razón de cuentas, si ellos están de acuerdo, se nombren dos contadores por cada parte que revisen las escrituras de ambos, y que lo que determinen sea acatado sin otra tela de juicio.

La meditación sobre la muerte

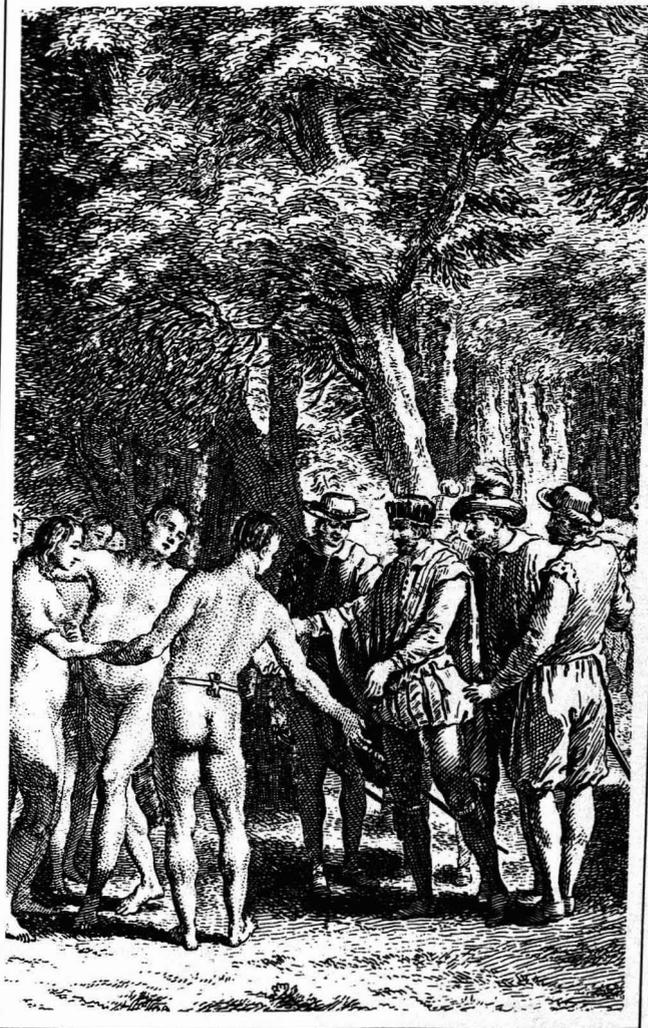
En sus últimos años, y tratando de llenar de alguna manera los ocios del cortesano sin provecho, Cortés se inclinó por la conversación con personas doctas acerca de temas de filosofía moral. Refiere don Pedro de Navarra, obispo de Comen-

²⁵ *Memorial del licenciado Francisco Núñez acerca de los pleitos y negocios de Hernán Cortés de 1522 a 1543*, Madrid, 7 de abril de 1546; *Lista de las cédulas, provisiones y cartas ejecutorias obtenidas por Hernán Cortés de 1523 a 1543, con la intervención del licenciado Núñez*, Madrid, 7 de abril de 1546; en *Documentos*, sección VII.

²⁶ *Declaraciones de Hernán Cortés en respuesta al memorial presentado por el licenciado Francisco Núñez*, Madrid, abril de 1546; en *Documentos*, sección VII.



Hernán Cortés y La Malinche



La Malinche y otras mujeres al ser entregadas a Cortés

ge, en sus *Diálogos muy sutiles y notables*, de 1567, que una de las academias de varones ilustres en aquellos años se reunía en Madrid en:

... la casa del notable y valeroso Hernán Cortés, engrandecedor de la honra y imperio de España. Cuya conversación seguían muchas personas señaladas de diversas profesiones, por su gran experiencia y hechos admirables: especialmente el liberal cardenal Poggio, el experto Dominic Pastorelo arzobispo de Callar Cagliari, el docto fray Domingo de Pico, el prudente don Juan de Estúñiga, comendador mayor de Castilla, el grave y cuerdo Juan de Vega, el ínclito don Antonio de Peralta marqués de Falces, don Bernardino su hermano, el de excelente juicio don Juan de Beaumont, y otros que por no ser largo de nombrar.²⁷

Añade Navarra que cuantas materias se trataba en las conversaciones de esta academia auspiciada por Cortés eran notables y que de ellas aprendió para dar tema a la mayor parte de sus *Diálogos*. Éstos se dividen en tres series que se refieren a las virtudes que debe tener el cronista del príncipe, a las diferencias entre la vida rústica y la noble, y a la preparación de la muerte. Al principio de esta última serie consigna los datos respecto a Cortés y a los asistentes, y precisa que el tema surgió en ocasión de la agonía de Francisco de los Cobos, el poderoso secretario privado de Carlos V, que moriría en mayo de 1547.

Como en otros diálogos renacentistas, los interlocutores son personajes imaginarios: Cipriano y Basilio en este caso, aunque a veces interviene la Muerte. Por ello, no pueden identificarse las intervenciones de los asistentes. Sin embargo, hay dos pasajes, uno en el diálogo cuarto de la segunda serie —f 34 r— en que parecen escucharse los agravios de Cortés en sus últimas cartas al emperador, y las miserias del “arrabal de senectud”:

¿Cuánto ha que sirves a tu señor por mar y por tierra, días y noches, desvelado y cansado, invierno y verano, en paz y en guerra, y jamás lo viste contento? Has perdido la juventud, la hacienda, las fuerzas y la propia libertad; y te hallas cano, sin dientes, sin bienes, sin contento y sin esperanza; lleno de deudas, de enojos, de enfermedades y trabajos...

El otro pasaje —en el diálogo segundo de la tercera serie, ff. 41v - 42 r— es un curioso programa de la distribución diaria de la estéril vida del cortesano en aquellos años, que es el que debió seguir, reventando, el hombre de acción compulsiva que había sido Hernán Cortés:

²⁷ *Diálogos muy sutiles y notables* hechos por el ilustrísimo y reverendísimo don Pedro de Navarra, obispo de Comenge. Van dirigidos al muy católico rey de España don Phelipe nuestro señor, impreso en Zaragoza por Juan Millán en la Cuchillería, año de 1567, ff. 39 r y v.

El mencionado don Antonio de Peralta, marqués de Falces, era el padre de don Gastón de Peralta, tercer virrey de Nueva España.

Veinte años ha que sigo corte, y vivo en este orden: a las doce me acuesto y a las ocho me levanto, hasta las once despacho negocios, de once a doce como, de doce a una me entretengo con truhanes, con detractores o en pláticas sin fruto; de la una a las tres tengo siesta, de tres a seis despacho negocios, de seis a ocho río la corte o doy vuelta a las vegas, y de ocho a diez ceno y descanso, de diez a doce huelgo y platico, y de doce en adelante duermo, como he dicho, más acompañado de ambición y de codicia, o de miedo y malicia, que de quietud ni contento.

Las doctrinas que expone Navarra son nobles y elevadas, aunque difusas y sin originalidad, lo que explica que su libro, muy raro, nunca haya sido reimpresso. Son curiosas ciertas sentencias que intercala en las conversaciones, entre paréntesis y en letra cursiva. Por ejemplo: (*El príncipe ama la traición, más no al traidor*).

Se ha escrito, sin apoyo documental, que Cortés creó una academia de pintura en Sevilla, y que su viuda la presidió a su muerte. Ello no parece verosímil.²⁸

La pobreza de los últimos meses

Cortés era muy rico en propiedades, así continuaran en litigio algunas de ellas, pero había contraído cuantiosas deudas por sus expediciones al Mar del Sur y tenía enormes gastos, en Nueva España y en España, para el sostenimiento de sus casas y de numerosos procuradores, administradores, agentes y criados, y para el seguimiento de sus procesos. Aun con las estrecheces que tuvo en sus últimos meses, como puede verse en su *Testamento*, tenía mayordomo, contador, repostero de estrado, camarero, paje de cámara, botiller y caballero.

Enfermo y agobiado por sus deudas, y “temiendo los estíos del invierno en Madrid, e por esperar a sus hijos... salió de la corte en el mes de septiembre de mil e quinientos e cuarenta e seis años, e se fue a Sevilla”, cuenta Fernández de Oviedo. Y López de Gómara añade que lo hacía “con voluntad de pasar a la Nueva España y morir en México”.²⁹

Gracias a la cuenta que presentó el administrador Juan Galvarro puede saberse que, en los meses pasados en Sevilla, Cortés recibió de Nueva España 1 450 marcos de plata, que se vendieron en 4 162 500 maravedís, y tres partidas de oro que dieron 1 771 426 maravedís. Pero, para completar los gastos, Cortés recibió en préstamo de Domingo de Lizarrarás, banquero de Sevilla, 884 448 maravedís. Este total

²⁸ Julián Gallego, en *Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro*, Aguilar, Madrid, 1947, p. 59, escribe:

En el terreno de la pintura nos interesan más que otras las Academias de Sevilla... Don Fernando Colón, hijo del descubridor de América, funda la primera. El conquistador de México, Hernán Cortés, crea otra, que su viuda presidirá a su muerte.

No hay referencias para apoyar la afirmación que, además, no es verosímil dada la situación económica de Cortés en Sevilla y sus escasas aficiones artísticas.

²⁹ Fernández de Oviedo, *Historia general y natural*, lib. XXXIII, cap. lvi. López de Gómara, cap. ccli.



Cortés, grabado de A. Thevet



Moctezuma, grabado de A. Thevet

de 6 818 374 maravedís, o sean 18 182 ducados (de 375 maravedís) se gastaron principalmente en entregas a los hijos: a don Martín el sucesor sólo 13 ducados, pues era menor de edad y debió vivir con su padre; a don Martín "el grande", 100 ducados; y a don Luis, que se había ido a Alemania tras el emperador, mucho dinero, que es posible que signifique despilfarro: un total de 700 ducados, más el pago de los correos. Los gastos generales de la casa, la comida, los salarios de los servidores y abogados, los pagos a lenceros, pañeros y proveedores diversos, los intereses de un préstamo recibido del florentino Jácome Boti —que luego reencontraremos—, correos varios, gastos personales y limosnas, consumieron el total disponible.³⁰ En su última carta al emperador, de principios de 1544, Cortés le había dicho que debía ya 20 mil ducados, aparte de 100 mil que había gastado de lo que trajo consigo. Ya en 1541 había perdido en el desastre de Argel las cinco esmeraldas valuadas en 100 mil ducados.

En la casa de la parroquia de San Marcos que tomó en Sevilla, le ocurrió a Cortés algo que debió abatir sus quebrantados ánimos. Cuando ya no encontró manera de conseguir nuevos plazos de sus acreedores y le faltaba lo indispensable, llamó al prestamista Jácome Boti y le empeñó en 6 mil ducados lo valioso que tenía en su casa: 44 piezas de oro y plata

³⁰ "Carta cuenta de Juan Galvarro", Sevilla, 24 de septiembre de 1548: Archivo de Protocolos de Sevilla, Oficio XIV de Melchior de Portes, libro de 1548, ff. 123-125 v: Antonio Muro Orejón, *Hernando Cortés. Exequias, almoneda e inventario de sus bienes*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, Sevilla, 1967, pp. 54-63.

y dos camas de brocado con ricos bordados. El trato se hizo el 30 de agosto de 1547, con intereses de dos al millar más cuatro maravedís por cada ducado. Las piezas de metales preciosos pesaron 89 kilos, 470 gramos, más lo equivalente a 755 castellanos de oro, o sea 3 kilos, 473 gramos de oro. Eran objetos para el servicio de la casa, usos litúrgicos —en la capilla que debió tener— y collares y lazadas de oro y esmaltes. Las fuentes y los frascos llevaban grabadas las armas de Cortés, y unas tazas las de la casa de Zúñiga de la marquesa doña Juana.

Un año y meses después de la muerte de Cortés, el 8 de enero de 1549, el conde de Aguilar, testamentario y suegro de Cortés, pagó la deuda y sus intereses, que llegaban a 7 516 ducados, y rescató los bienes empeñados.³¹

El testamento

Mes y medio después del empeño, en su casa desmantelada de Sevilla, Hernán Cortés hizo llamar a Melchior de Portes, escribano público, y ante él dictó su *Testamento* el martes 11 y el miércoles 12 de octubre de 1547. Cuando estuvo concluido, firmaron como testigos el licenciado Infante y Melchor de Mojica, este último contador del marqués. Además, debió dictar entonces una lista de administradores, de sus ha-

³¹ *Piezas de plata y oro y camas de brocado empeñadas por Cortés y rescatadas por el conde de Aguilar*, Villa de Nalda, 8 de enero de 1549: en *Documentos*, sección VIII, Apéndice.

ciendas en México, que dispuso continuaran en su encargo, y otros papeles complementarios.

Su *Testamento*³² es admirable, en principio, por la equidad cuidadosa con que distribuyó sus bienes; por las fundaciones que ordenó: el Hospital de la Concepción o de Jesús en la ciudad de México, y un monasterio de monjas y un colegio de teología y derecho en Coyoacán —estos últimos nunca se edificaron por insuficiencia de recursos—, asignándoles propiedades y rentas para su edificación y sostenimiento; por la atención que dedicó a cada uno de los criados y servidores, suyos y de su mujer, perdonándoles deudas y dejándoles legados.

Su mujer, doña Juana de Zúñiga, contó poco en este documento. Aunque la nombró una de sus albaceas en México —junto con el obispo fray Juan de Zumárraga, el provincial de los dominicos, fray Domingo de Betanzos y el licenciado Juan Altamirano—, sólo dispuso que se le pagaran los 10 mil ducados que recibió con ella de dote (cláusula XX).

Su hijo Martín fue el heredero del marquesado y el titular del mayorazgo. Pero al mismo tiempo Cortés dispuso sustanciosas asignaciones —mil ducados de oro anuales— para sus otros dos hijos naturales varones, Martín y Luis, ambos legitimados, y dotes para que pudieran casarse sus tres hijas legítimas, María, Catalina y Juana, y las tres naturales, Catalina Pizarro, Leonor Cortés Moctezuma y María.

La predilecta de sus hijas fue Catalina Pizarro —quizá nacida en Cuba, de Leonor Pizarro, y apadrinada por Diego Velázquez—, única hija que hizo legitimar. Llevaba el mismo nombre que la madre de Cortés y éste tuvo por ella especial cariño, como lo muestran las cláusulas XXV a XXXII de su *Testamento* que dedicó a protegerla. Le asignó las estancias de Chinantla, Matalcingo y Tlatizapán, donde se criaban vacas, yeguas y ovejas, y dispuso que sus productos de los que él había dispuesto o con los que había negociado, se le entregasen. A pesar de ello, esta Catalina tuvo un destino amargo. Por un juicio seguido en 1550 contra la marquesa viuda de Cortés,³³ se sabe que ésta daba un trato humillante a Catalina y que, con la complicidad del apoderado y también albacea testamentario de Cortés, el licenciado Altamirano, forzó a la muchacha a firmar, entre lágrimas y protestas, documentos por los que le cedía sus propiedades cercanas a Cuernavaca y, también contra su voluntad, y con la ayuda del duque de Medina Sidonia, la internó en el monasterio dominico de la Madre de Dios, en Sanlúcar de Barrameda, donde debe haber pasado el resto de su triste vida. Consta que estaba allí aún en 1565.

Además de los aspectos humanitarios y familiares, lo más notable del *Testamento* de Cortés son las cláusulas XXXVIII a XLI, que muestran la evolución de su pensamiento en el problema de la justicia de la Conquista y la huella que habían dejado en su ánimo las doctrinas de fray Bartolomé de

las Casas, y acaso sus conversaciones con Juan Ginés de Sepúlveda. Dispone en esta cláusula que si fue mal informado o si llegan a aclararse las dudas que subsistían al respecto, para descargo de su conciencia se restituyan a los señores naturales de las tierras que posee las rentas o tributos que haya recibido; se libere a los esclavos; se restituyan las tierras que “eran propiamente de los naturales de aquellos pueblos”, y se pague a los indios por los servicios personales que de ellos hubiese recibido.

Ninguno de estos escrúpulos de conciencia fueron válidos para Martín Cortés, segundo marqués del Valle, y los otros sucesores del mayorazgo, pues tributos, servidumbre y apropiamiento de tierras continuaron mientras las leyes lo permitieron. De haberse cumplido la “restitución” obligatoria que predicaba Las Casas, el mayorazgo de Hernán Cortés hubiera desaparecido.

La cláusula inicial del *Testamento* muestra otro cambio importante en los sentimientos de Cortés: su tierra era ya México, y envuelto en aquella tela que él había hilado y tejido, como alguna vez dijera, quería quedarse. Disponía:

Llevar mis huesos a la Nueva España, lo cual yo le encargo y mando [a mi sucesor] que así se haga dentro de diez años, y antes si fuese posible, y que los lleven a mi villa de Coyoacán y allí les den tierra en el monasterio de monjas que mando hacer y edificar.



³² *Testamento de Hernando Cortés*, Sevilla, 11/12 de octubre de 1547: en *Documentos*, sección VII.

³³ Publicaciones del Archivo General de la Nación, VII, *La vida colonial*, México, 1923, pp. 9-25; reproducido en parte en la edición de G.R.G. Conway del *Testamento*, Robredo, México, 1940, n. 11, pp. 72-77.

La muerte

“Acordó de salirse de Sevilla por quitarse de muchas personas que le visitaban e importunaban en negocios, y se fue a Castilleja de la Cuesta, para allí entender su ánima”, cuenta Bernal Díaz.³⁴ La casa que tenía en Sevilla, sin adornos señoriales, fue cerrada, y Cortés pidió a su amigo, el jurado Juan Rodríguez, que lo alojara en su casa de la calle Real, en este poblado de Castilleja de la Cuesta cercano a Sevilla. Debió sentirse muy enfermo y extenuado, “de cámaras e indigestión”, que padecía de tiempo atrás y que se le empeoraron, dice López de Gómara.³⁵ Llevó consigo solamente a su mayordomo y a su camarero, y de Valladolid vino Juana de Quintanilla, una buena mujer probablemente curandera, a atenderlo en su enfermedad. Su padre el doctor Cristóbal Méndez lo atendió profesionalmente.³⁶

³⁴ Bernal Díaz, cap. CCIV.

³⁵ López de Gómara, cap. CCLI.

³⁶ En relación con Juana de Quintanilla, véase *Testamento*, cláusula LV. En la “Carta cuenta que presentó Juan Galvarro”, administrador de los bienes de Cortés, en septiembre de 1548, aparece que se pagaron a Juana o María Quintanilla, 50 ducados por su trabajo y que se le dio un vestido de luto; y al doctor Cristóbal Méndez —que era compadre de Cortés por haber apadrinado el matrimonio de su hijo Julián, el 28 de enero de 1547, en Sevilla— solo se le pagaron 11 250 maravedís (30 ducados) por sus servicios profesionales: Muro Orejón, *Hernando Cortés. Exequias, almoneda e inventario de sus bienes*, op. cit., p. 11 y n. 5.



En la casona de Castilleja de la Cuesta debió estar solo sus últimos días. En este lapso Cortés tuvo un disgusto grave con su hijo Luis, que pudo motivar la noticia de que proyectaba casar con Guiomar Vázquez de Escobar, sobrina de Bernardino Vázquez de Tapia, antiguo enemigo del conquistador.³⁷ En un acceso de ira hizo llamar, la mañana del 2 de diciembre, al escribano público de Tomares, Tomás del Río y, con el auxilio de su contador, Melchor de Mojica, dictó un codicilo a su *Testamento* que, aparte de añadidos circunstanciales, tenía el único propósito de desheredar a Luis de los mil ducados anuales que le asignaba, los cuales traspasó al duque de Medina Sidonia. Cortés ya no pudo firmar el codicilo, por la gravedad de su enfermedad, y en su lugar firmó su primo fray Diego Altamirano.

Además de este franciscano, lo acompañaban su hijo Martín, el sucesor, entonces de quince años; fray Pedro de Zaldívar, prior del monasterio de San Isidoro, quien lo ayudó a bien morir, y el dueño de la casa Juan o Alonso Rodríguez de Medina. Según una tradición, sus últimas palabras o desvaríos fueron:

Mendoza... no... no... emperador... te... te... lo prometo... once de noviembre... mil quinientos... cuarenta y cuatro.³⁸

¿Qué podría significar esta fecha?

La noche del mismo día del codicilo, viernes 2 de diciembre de 1547, murió Hernán Cortés, a la edad de 62 años. Su cuerpo, extenuado por la disentería, quedó en una cama de la parte alta de la casa del piadoso señor Rodríguez.³⁹ Acaso su ánima haya vencido el resentimiento y el despecho y

³⁷ Esta suposición plausible la hizo Francisco Fernández del Castillo, en “El Testamento de Hernán Cortés”, *Anales del Museo Nacional*, México, 1925, 5a. época, t. I, núm. 4, p. 347. Pueden considerarse también, como uno de los motivos posibles del desheredamiento, los excesivos gastos que hacía Luis en Alemania, siguiendo al emperador.

³⁸ Estos pormenores los consignó Fray Miguel de los Santos, monje del convento de San Isidoro del Campo, en cuya iglesia se despositaron los restos de Cortés, y los publicó José Gestoso y Pérez, *Apuntes del natural*, Sevilla, 1883, pp. 72, 73, 78, 79 y 81: citados por Luis González Obregón, “Los restos de Hernán Cortés. Disertación histórica y documentada”, *México viejo y anecdótico*, Bouret, París-México, 1909, pp. 196-197. La primera edición de este estudio la publicó González Obregón en un folleto, en la Imprenta del Museo Nacional, 1906, sobretiro de los *Anales del Museo*.

³⁹ Así dijo uno de los testigos que dio fe de la muerte de Cortés (en el Testimonio de autenticidad, al fin del *Testamento*). Sin embargo, en la casa de la calle Real, de Castilleja de la Cuesta —actual sede de un Colegio de niñas del Instituto de la Bienaventurada Virgen María o de las Madres de Loreto—, en una habitación de la planta baja, a la derecha de la entrada, hay una placa que dice: “Aquí murió el 2 de diciembre de 1547 el gran conquistador de Méjico Hernán Cortés.” Y en la portada de la casa hay otra placa que dice:

Siendo esta casa del jurado Alonso Rodríguez honrónla muriendo en ella el día 2 de diciembre de 1547 Hernán Cortés, marqués del Valle, conquistador de Méjico. Sus Altezas Reales, los serenísimos infantes de España, duques de Montpensier, en testimonio de aprecio a la memoria de tan gran hombre, la compraron y renovaron, año de 1854.

Arriba de esta inscripción está el escudo de armas de Cortés y un busto imaginario suyo.

le confortara en su agonía, más que el recuerdo de sus horas de sangrienta gloria, las de humildad y de piedad, que también las tuvo.

Los funerales y las exequias

Cortés había dejado previstos sus funerales en las primeras cláusulas de su *Testamento*. Su disposición inicial, de ser enterrado en la iglesia de la parroquia donde muriera, se cambió en el codicilo dejando el lugar a la elección de sus albaceas, y así sería depositado en la cripta del duque de Medina Sidonia, en la capilla del monasterio de San Isidoro del Campo, en la villa de Santiponce, cerca de Sevilla.

Al día siguiente de la muerte se abrió y leyó el *Testamento*, y el domingo 4, a las tres de la tarde, se inició el entierro. Acompañaron el cortejo los curas y capellanes de las parroquias cercanas, los frailes de las órdenes que había en Sevilla y cincuenta pobres a los que se vistió con "ropas largas de paño y caperuzas", con hachas encendidas, más todos sus criados vestidos de luto. Lo presidían el joven Martín Cortés, fray Diego Altamirano y algunos de los grandes señores que eran amigos de quien fuera el conquistador de México.

Al llegar a la villa de Santiponce, a las cuatro de la tarde, se hizo entrega al prior del monasterio de San Isidoro del Campo, del cuerpo del difunto, ante el escribano público y testigos: el conde de Niebla, el marqués de Cortés, el conde de Castelar, don Juan de Sayavedra, alguacil mayor de Sevilla, Francisco Sánchez de Toledo, mayordomo de Cortés, y Melchor de Mojica, su contador. Los dichos hicieron constar que ese día y hora don Martín Cortés les entregó el cadáver de su padre. El prior hizo abrir la caja y se reconoció que el rostro era el de Hernando Cortés, y se la depositó en un sepulcro, en medio de las gradas del altar mayor del monasterio, que era la tumba del duque de Medina Sidonia.⁴⁰

Al día siguiente del entierro comenzaron a decirse las cinco mil misas que Cortés había ordenado: mil por las ánimas del Purgatorio, dos mil por quienes murieron en su compañía en sus conquistas y descubrimientos, y dos mil por las ánimas de las personas con quienes Cortés hubiese tenido cargos de que no se hubiese acordado.

El 15 de diciembre siguiente, don Juan Alonso de Guzmán, duque de Medina Sidonia, escribió al príncipe Felipe informándole la muerte de Cortés y pidiéndole que, además de dar la noticia del fallecimiento al rey, intercediera ante él para que se transmitiera al hijo Martín el cargo de capitán general de la Nueva España y Mar del Sur, que tenía don Hernán,⁴¹ lo que no hizo Carlos V. Pocos días después, el

⁴⁰ CDIHE, t. XXII, pp. 563-566: citado por González Obregón, *op. cit.* pp. 200-201.

⁴¹ Carta del duque de Medina Sidonia informando al príncipe Felipe la muerte de Hernán Cortés

Sevilla, 15 de diciembre de 1547.

Muy alto y muy poderoso señor: El marqués del Valle falleció en una aldea cerca de esta ciudad a los dos de este mes, y según los muchos y señalados servicios que hizo a Su Majestad y a esta Corona de España, no creo que será menester intercesores, para lo que toca al favor de sus hijos y negocios; mas como el marqués su subcesor es sobrino mío, no puedo yo de dejar

mismo duque organizó las exequias y honras fúnebres de Hernán Cortés, en el monasterio de San Francisco, de Sevilla:

... con tanta pompa e solemnidad —refiere Fernández de Oviedo— como se pudiera hacer con un muy grand príncipe. E se le hizo un mausoleo muy alto e de muchas gradas, y encima un lecho muy alto, e toldado todo aquel ámbito e la iglesia de paños negros, e con incontables hachas y cera ardiendo, e con muchas banderas e pendones de sus armas del marqués, e con todas las ceremonias e oficios divinos que se pueden e suelen hacer a un grand príncipe un día de vísperas e otro misa, donde se le dijeron muchas, e se dieron muchas limosnas a pobres. E concurrieron cuantos señores e caballeros e personas principales hubo en la cibdad, e con luto el duque e otros señores e caballeros; y el marqués nuevo o segundo del Valle, su hijo, lo llevó e tuvo el ilustrísimo duque a par de sí; y en fin, se hizo en esto todo lo posible e suntuosamente que se pudiera hacer con el mayor grande de Castilla.⁴² ♦

de tener gran cuenta con sus cosas y procuralle el bien dellas. Juntamente con dar aviso a Su Majestad del fallecimiento de su padre, le envía a suplicar le mande confirmar el cargo de capitán general de la Nueva España y Mar del Sur que tenía, y pues demás de las causas que he dicho, haber sido y ser mi sobrino criado de Vuestra Alteza, pone obligación para que le mande hacer merced. Suplico a Vuestra Alteza escriba a Su Majestad en recomendación suya, que yo espero en Dios que habrá no desmerecer las mercedes que se le hicieron. Dios Nuestro Señor la vida y muy real estado de Vuestra Alteza guarde, con acrecentamiento de más reinos y señoríos. De Sevilla, a 15 de diciembre 1547.

De Vuestra Alteza servidor que sus muy reales manos besa.

El duque (rubricado).

Francisco Rodríguez Marón, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes Saavedra, "Nueva edición crítica", Ediciones Atlas, Madrid, 1948, t. IV, n. *3 (p. 185), p. 185.

⁴² Fernández de Oviedo, *ibid.*

Las exequias fueron dispuestas por el duque de Medina Sidonia. Sin embargo, todo tuvo que pagarse de dos mil ducados que por órdenes del duque se tomaron en préstamo, y que administró Juan Galvarro. He aquí un resumen de los gastos más importantes:

	<i>maravedís</i>
Túmulo y complementos	242 377
Cera	105 474
Al capellán, frailes, asistentes, predicador y cantores	69 250
A cuenta de las cinco mil misas (a 25 maravedís la misa)	46 180
Limosnas a los pobres	10 500
Paño pardo para el luto de los 50 pobres	256 293
Total (equivalente a 1 947 ducados)	730 074

"Relación de las partidas que yo, Juan Galvarro, he pagado después que el marqués del Valle, mi señor que haya gloria, murió, por libramientos del señor duque de Medina, de los dos mil ducados que se tomaron a cambio por orden del dicho señor duque como testamentario." Archivo protocolos de Sevilla, Oficio XIV de Melchior de Portes, libro de 1548, ff, 126-128 v: en Muro Orejón, *Hernán Cortés. Exequias, almoneda e inventario de sus bienes, op. cit.*, pp. 48-51.

HIJOS DE LA CONQUISTA

Familias novohispanas del siglo XVI

Pilar Gonzalbo



La guerra era cosa de hombres; sólo de hombres y de hombres solos. Nadie habría puesto en duda esta afirmación cuando los conquistadores navegaban, galopaban y peleaban bajo los pendones de Castilla. Sin embargo también había mujeres, pocas, en las huestes de los invasores, y muchas, indígenas, que vivieron la guerra en carne propia. Una sola de entre las compañeras de los soldados de Cortés nos ha dejado su nombre, la “vieja” María de Estrada. Entre las mexicas sitiadas en Tenochtitlan, fueron muchas las que atendieron a los heridos, prepararon las hondas y las piedras para la defensa y aun ellas mismas pelearon desde las azoteas.¹

Los hombres y las mujeres que protagonizaron la Conquista pertenecían a otros mundos en los que se podía vivir en paz, mundos en los que había hogares y familias que los acogían y los esperaban. La familia existía en otra dimensión del tiempo y del espacio, y esporádicamente revivía en el recuerdo, tanto más querida cuanto más lejana. En ocasiones, la nostalgia formulaba en el viento los nombres de los padres y dibujaba el rostro de una esposa o compañera, cuya imagen se esfumaba día a día. Los conquistadores podían sentir el arraigo a una estirpe, el afecto a rostros de la infancia o la evidencia de pertenecer a un estrato social.

Para los indios, la familia-comunidad era la razón de una resistencia suicida o de una rendición eternamente humillante. Porque la sumisión podía convertirse en el único camino pa-

ra salvar las cenizas de los antepasados, el hogar de las mujeres y la tierra que habrían de cultivar los hijos.

Lo que ni unos ni otros imaginaban era que en sus revanchas y en sus claudicaciones, en sus recuerdos y en sus olvidos, estaban gestando una nueva sociedad, unidos para siempre los orgullosos capitanes de sonoras armaduras y los sigilosos guerreros del arco y la lanza. Ninguno volvería a vivir como antes con su familia, aunque tuviera la suerte de ser superviviente y de reencontrar a los suyos. Entre todos estaban creando algo nuevo, algo que nadie había deseado ni aun imaginado, pero a partir de entonces constituiría la peculiar manera de ser de las familias mexicanas. Las formas en que se establecieron estas primeras familias es una parte de la historia, cuya comprensión necesitamos para entender la sociedad colonial.

Los hombres

Extinguido el fragor de la batalla, mal curadas las heridas y en ruinas las ciudades, muchos buscaron un lugar en el que crear un nuevo hogar o reconstruir con retazos el viejo. Por si espontáneamente no se producía el deseado retorno a la vida pacífica y al recogimiento hogareño, los monarcas dictaron disposiciones que exigían la reunión de los matrimonios preexistentes y disponían que en la concesión de beneficios se prefiriera a hombres casados, como medio de perpetuar el dominio sobre las tierras conquistadas, mediante el firme asentamiento de sus pobladores. La más enérgica y eficaz de las cédulas conminatorias fue la de 1539, que amenazaba con privar de encomiendas a los solteros; su resultado fue un buen

¹ Díaz del Castillo, Bernal, *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, 2 vols. México, Porrúa, 1955, vol. I p. 399, vol. II, p. 147. López de Gómara, Francisco, *La conquista de México*, edición de José Luis de Rojas, Madrid, colección Crónicas de América, Historia 16, 1987, p. 312.

número de esposas españolas reclamadas por sus olvidadizos cónyuges y otras tantas uniones formalizadas entre los asustados encomenderos y las mujeres indias o mestizas con las que de hecho convivían.²

Los castellanos eran rudos, curtidos en las batallas y en los azares de la vida lejos de la tierra. Ambicionaban una situación social prominente, ganada a costa de lo que fuera. Pero para alcanzar esa situación no era suficiente el oro ni las tierras y privilegios; sabían que necesitaban rodearse de cierta respetabilidad, con la cual iba aparejada una familia honorable.

El concepto de honor era también algo ambiguo. Casi siempre unido a la riqueza, pero no necesariamente, pues todavía perduraba el recuerdo de antiguos señoríos semif feudales. Pocos de los primeros pobladores procedían de familias nobles; casi todos habían estado sometidos a algún señor en su tierra natal, o al menos habían tenido noticia de su autoridad y sus privilegios. De modo que cuando ellos se sintieron partícipes de una empresa gloriosa, como les parecía ser la Conquista, juzgaron haber ganado, por derecho propio, el acceso al señorío que sus antepasados no tuvieron. No planearon formar familias modestas como aquéllas de las que procedían, sino auténticos linajes nobiliarios en los que la sangre de los vencidos purificaba las manchas de la sangre propia.

Los indígenas mesoamericanos distinguían con similar claridad la posición superior de los señores y la sumisión de los macehuales. Bien diferentes eran las familias de unos y otros, condicionadas en cada caso a la posición relativa dentro de sus respectivas comunidades. Los nobles deberían cumplir el compromiso de desposar a varias mujeres, como símbolo de alianzas entre potenciales enemigos o de confraternidad con amigos seguros. Sus hijos accederían a la misma categoría de los padres, con iguales obligaciones y restricciones. Tenía que ser dura la vida de los jóvenes, para fortalecer su carácter y dar ejemplo a los grupos sometidos.³

Los macehuales aceptaban que el matrimonio era un medio de reforzar los vínculos de solidaridad entre los miembros de la misma comunidad, sabían que sus hijos podrían trabajar la tierra que les correspondía en ella y aprender las técnicas de trabajo que llegaban a constituir una especialidad. La pertenencia a determinado grupo era algo marcado por el destino y contra lo que era inimaginable rebelarse.

² En fecha temprana recomendaron los Reyes Católicos los matrimonios mixtos (Instrucciones dadas al gobernador de La Española Nicolás de Ovando, 20 a 29 de marzo de 1503, en *Colección de Documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas de América y Oceanía*, 42 vols., Madrid, 1864-1884; vol. 31, p. 164). Las recomendaciones de que los encomenderos y pobladores contrajeran matrimonio se repitieron en 1514, 1521 y 1539, cuando se les amenazó con privarles de las encomiendas. Estas cédulas han sido estudiadas por Morner, Magnus, *Race Mixture in the History of Latin America*, Boston, Little, Brown and Company, 1967, p. 37.

³ Siempre llamó la atención el rigor con que los nobles mexicas educaban a sus hijos, en contraste con la relativa libertad de los plebeyos. En recientes trabajos se ha señalado una doble motivación para ello: la necesidad de manifestar superioridad moral en el grupo dominante, como legitimación de sus privilegios y la creencia en que el alma-tonalli se fortalecía con la disciplina y el control de las pasiones. López Austin, Alfredo, "La sexualidad entre los antiguos nahuas", en *Familia y sexualidad en la Nueva España*, México, Sep-80, 1982, pp. 141-176.

Las compañeras

Compañeras de un día, de unos cuantos años o de toda la vida (que al fin ¡podía ser tan corta!) las mujeres novohispanas del siglo XVI llevaron sobre sus hombros la ingente tarea de restablecer un orden doméstico de aparente paz y armonía. Como en todas las épocas, ellas compartieron ambiciones y avaricias, éxitos y fracasos de los hombres que eran sus padres o maridos. Pero, a diferencia de otros momentos menos conflictivos, entonces les correspondió, en gran parte, ser las transmisoras de tradiciones y costumbres ancestrales, con las que protegían resquicios de la identidad étnica perdida o deteriorada.

La suerte más miserable correspondió a las esclavas. A aquellas que los soldados se repartieron como botín y que después de marcadas a fuego se redistribuyeron dejando a todos descontentos. Según el expansivo relato del cronista: "el pobre soldado que había echado los botes y estaba lleno de heridas por haber una buena india, y le había dado naguas y camisas", se sintió defraudado al recibir cualquier otra, después de la marca de fuego y la separación del quinto real."⁴ Y no fue mucho mejor el destino de aquellas que fueron apresadas cuando huían para ponerse a salvo, con la ingenua esperanza de que alcanzarían un lugar inaccesible a los conquistadores.

Otras, hijas de nobles o caciques y propietarias de cuantiosas dotes, contrajeron matrimonio canónico con españoles, en una ceremonia que les resultaba extraña, y a la que se sometieron voluntariamente en algunos casos y en acto supremo de obediencia en otros muchos. Para sus maridos castellanos era la más fácil vía de acceso a riquezas y privilegios. Para ellas las compensaciones fueron los títulos de doña, los vestidos a la moda española y los hijos educados en conventos de religiosos. Salvaron su posición personal, a cambio de sacrificar su cultura y su tradición.

Otra forma de enlace mixto fue la de las doncellas indias entregadas como barraganas a los capitanes de Cortés, en acto oficial registrado ante escribano. Más cerca del matrimonio sacramental que de la relación ocasional y sin compromiso, la barraganía era frecuente en Castilla, donde las leyes civiles la reconocían como forma de fundar una familia. Los hijos de estas uniones podían ser reconocidos por ambos progenitores, que siempre estaban obligados a velar por ellos, casi como si fueran legítimos. Iniciadas a veces impremeditadamente, a la larga constituyeron el origen de la mayor parte de los núcleos familiares en las ciudades habitadas por españoles.⁵

En las comunidades indígenas, la imposición del matrimonio cristiano significó un cambio esencial en la forma de interpretar las relaciones familiares. Los frailes pretendían que ya no fueran los padres, ni menos los restantes miembros del grupo, quienes decidiesen el matrimonio de los jóvenes, ya

⁴ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, vol. I, p. 427.

⁵ El bautizo y entrega de las jóvenes tlaxcaltecas a los capitanes de Cortés fue relatado por Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, vol. I, p. 225. La Ley de las Siete Partidas, que regía en todos los territorios de la corona española, consideraba la barraganía como un contrato legítimo, por lo que los hijos no eran ilegítimos, sino naturales.



Cortés y Moctezuma

que esto era algo que ellos debían elegir libremente. Las complicadas líneas de parentesco por consanguinidad o afinidad, además del parentesco espiritual, como impedimentos para el matrimonio, significaron una dificultad adicional a la hora de elegir compañero, y dieron lugar, como se ha señalado acertadamente, al surgimiento de la figura de la madrastra, antes desconocida, puesto que era normal que la tía de los huérfanos ocupase el lugar de la madre difunta.⁶

Para los nobles aún hubo mayores problemas en el momento de recibir el bautismo. Acostumbrados a la poligamia,

tuvieron que elegir una sola de sus esposas para que fuese considerada legítima, mientras las demás quedaban abandonadas o arrastraban la penosa situación de concubinas, carentes de un lugar en la sociedad y sin derecho a exigir ni siquiera la manutención de sus hijos.⁷

Las mujeres llegadas de Castilla consiguieron fácil acomodo, pues a falta de damas linajudas o ricas herederas, mu-

⁶ Este tema, analizado desde distintos aspectos, ha merecido varios estudios en fecha reciente. Merece destacarse el artículo de Serge Gruzinski, "Normas cristianas y respuestas indígenas: apuntes para el estudio de proceso de occidentalización entre los indios de Nueva España", en *Historias*, 18, octubre-diciembre 1986, pp 31-41.

⁷ La preocupación de los religiosos por extirpar la poligamia de los caciques se manifestó en sus sermones y textos catequísticos. El problema teológico de la legitimidad de matrimonios previos al bautismo se resolvió por la bula del papa Paulo III. (Reproducida en Mendieta, Gerónimo de, *Historia eclesiástica indiana*, México, Porrúa, 1980, pp. 269-272). La severidad aplicada a quienes después de bautizados convivían con más de una esposa se aprecia en las "Ordenanzas fechas por el Abdiencia Real", del 10 de junio de 1939; reproducidas en Carreño, Alberto María, *Un desconocido cedulaario del siglo XVI*, México, Ediciones Victoria, 1944, pp. 130-135.

chos castellanos se conformaban con tomar por esposa a una mujer de su tierra, que les aportaría el prestigio de un apellido castellano y una tez blanca como legado para la descendencia.

Los parientes

Los pobladores españoles, tan pronto como lograron adquirir una situación económica satisfactoria, se acordaron de las familias que habían quedado en sus lejanas tierras. No sólo reclamaron a sus más próximos allegados, esposas e hijos, sino que también alentaron a sobrinos, hermanos y parientes políticos a que abandonasen la pobreza de sus aldeas y acudiesen al reparto de una riqueza que parecía inagotable. Así los comerciantes tuvieron ayudantes en sus negocios, los hacendados encargaron la explotación de sus propiedades, los clérigos contaron con auxiliares en sus negocios espirituales y temporales, y los encomenderos se rodearon de grupos serviles que asemejaban cortes pueblerinas, a imitación de la vi-reinal.⁸

El parentesco desempeñaba una función social y económica. En las operaciones financieras, los bienes inmuebles de un suegro podían ser garantía para préstamos o compras a crédito de su yerno, la hacienda de un hermano se hipotecaba para que otro pudiera explotar una rica veta minera, y las dotes de las esposas se convertían en herramienta para ascender a una posición más confortable, cuando eran adecuadamente administradas por los maridos. Por supuesto, también hubo ocasiones en que las dotes prometidas por la familia de la mujer jamás se entregaron, como otras en que una vez recibida se dilapidó en vicios o en negocios imaginarios.⁹

Los descendientes de conquistadores hicieron gala de su hidalguía, aunque con harta frecuencia era esto lo único de que disponían. Más ricos en honores que en dinero, se empeñaron en mantener su posición privilegiada frente a un grupo ascendente de comerciantes enriquecidos que siguieron el proceso contrario: en vez de ganar primero honores para luego demandar mercedes y beneficios, comenzaron a lograr ganancias para con ellas comprar nobleza.

El impacto de las grandes epidemias sobre la población indígena contribuyó a desorganizar los grupos familiares, ya afectados por efectos de la Conquista. No obstante, y como una notable supervivencia de las viejas lealtades de linaje, los pueblos congregados una y otra vez y las familias disgregadas por las nuevas formas compulsivas de trabajo, se reintegraron hasta lograr la reconstrucción de patrones de vida comunitaria, ahora al amparo de instituciones españolas como el cabildo y las cofradías.

⁸ Es curiosa la actitud precavida que se advierte en algunas cartas particulares, en las que se reclama a parientes castellanos, con la advertencia de que las doncellas se casen antes de salir de España, porque allí son más bajas las dotes, y los mozos vengán solteros, para encontrar alguna rica heredera. Estos curiosos testimonios han sido dados a conocer por Otte, Enrique, "Cartas privadas de Puebla en el siglo XVI", en *Anuario de Historia*, UNAM, 1977, pp. 195-196.

⁹ Los documentos notariales proporcionan numerosas pruebas de esta combinación de relaciones de negocios y parentesco. Pueden apreciarse docenas de estas operaciones en el *Índice y catálogo de protocolos del siglo XVI*, en el *Archivo histórico de Notarías de la ciudad de México*, México, El Colegio de México, 1989.



De cara al futuro

Las autoridades religiosas y civiles habían planeado la vida de españoles e indios, que constituirían las "dos repúblicas". Un primer elemento de discordia en aquella precaria armonía fueron los mestizos, fruto de una sociedad incapaz de superar sus propias contradicciones. La alarma de los oficiales reales ante el número de niños abandonados, hijos de español e india, se mitigó con el ingenuo consuelo de que tal situación era consecuencia de un desorden pasajero: durante el periodo de violencia militar, nadie habría podido reprimir los excesos de los soldados y por ello violaron mujeres indias, las preñaron y luego las dejaron abandonadas, ignorantes de su estado o desdeñosos de la responsabilidad contraída. Que estas mujeres no pudieran atender a sus hijos y que además fueran rechazadas por sus propias comunidades era algo lamentable, pero excepcional, y que no debería repetirse. Los mestizos eran una denuncia permanente de violencias pasadas y una potencial amenaza de desórdenes futuros. Por eso se llegó a proponer, en tiempo del virrey Don Luis de Velasco, desterrarlos de la Nueva España o enviarlos a las minas como trabajadores forzados. La solución más generosa e ingenua que llegó a ponerse en práctica fue erigir sendos colegios para niños y niñas mestizos, en los cuales recibirían la educación que les correspondía como descendientes de españoles. En adelante, establecidas honestamente las nuevas familias, no habría más problemas de mestizos abandonados.¹⁰

La realidad se encargó de desvanecer estos proyectos; las

¹⁰ Las propuestas de eliminación de los mestizos se encuentran documentadas en García Abasolo, Antonio F., *Martín Enríquez y la reforma de 1568 en Nueva España*, Sevilla, Diputación Provincial, 1983, pp. 252-253. El Colegio



relaciones de españoles con mujeres indias siguieron siendo frecuentes, ya fueran ellos casados o solteros, y los mestizos crecieron en número y se convirtieron en parte importante de la población urbana. Siempre al borde de la miseria y siempre sobreviviendo milagrosamente, los mestizos integraron familias difícilmente asimilables a nuestros esquemas teóricos de familias extensas o nucleares, puesto que un grupo de varias mujeres atendía a un número variable de niños o un hombre solo tenía a su cargo unos cuantos entenados en situación intermedia entre adoptados y sirvientes. Las necesidades de la supervivencia llevaban a unos y otros a agruparse y la confusión familiar se hacía más aguda al no existir regla fija para la transmisión del apellido. El número de hijos naturales e ilegítimos, mucho más elevado en las ciudades que en el campo, era un indicador del nivel de inestabilidad de las relaciones familiares.¹¹

Así, circunstancias del momento, costumbres arraigadas e imperativos del nuevo orden social, contribuyeron a diseñar varios modelos de relaciones familiares, diversos pero interdependientes. En el campo, la población, mayoritariamente indígena, mantuvo su apego al viejo orden, en cuanto pudo

de San Juan de Letrán, para varones, pronto recibió a niños españoles pobres con preferencia a los mestizos. El Colegio de Nuestra Señora de la Caridad pasó a ser distinguido recogimiento de doncellas españolas de familias distinguidas, que debían de acreditar su limpia ascendencia para ser admitidas. Entre los varios estudios dedicados a estas instituciones, vale la pena mencionar el de Lino Gómez Canedo, *La educación de los marginados durante la época colonial*, México.

¹¹ Entre los pocos estudios de que disponemos sobre familias novohispanas, merece destacarse el de Thomas Calvo "Familles mexicaines au XVIIème siècle: une tentative de reconstruction", en *Annales de Demographie Historique*, 1984, París, Editions de l'École des Hautes Etudes en Sciences Sociales. pp. 149-173.

hacerse compatible con el nuevo: casi todas las familias aspiraron a gozar de cierta estabilidad, apoyada en la unión de una pareja, consagrada o no por el sacramento del matrimonio; se mantuvo el oficio de las casamenteras y la tradicional injerencia de los parientes en la elección de cónyuge; los niños huérfanos fueron acogidos por la comunidad, excepto en momentos críticos de pobreza y hambre colectiva, cuando el abandono de los recién nacidos a las puertas de las familias acomodadas constituyó un recurso mediante el cual los padres indigentes se libraban de una carga y los propietarios adquirirían un futuro trabajador.¹²

En las ciudades, los españoles mantuvieron la tendencia a consolidar su privilegiada posición social mediante enlaces con personas de similar categoría. Esto no fue obstáculo para que los maridos buscasen compañía en los barrios de indios, entre el creciente número de las mestizas, o con las esclavas y sirvientas de su propia casa.¹³ Los hijos legítimos defendían sus derechos frente a sus medio hermanos menos afortunados, mientras los adoptivos ampliaban el conjunto familiar.¹⁴

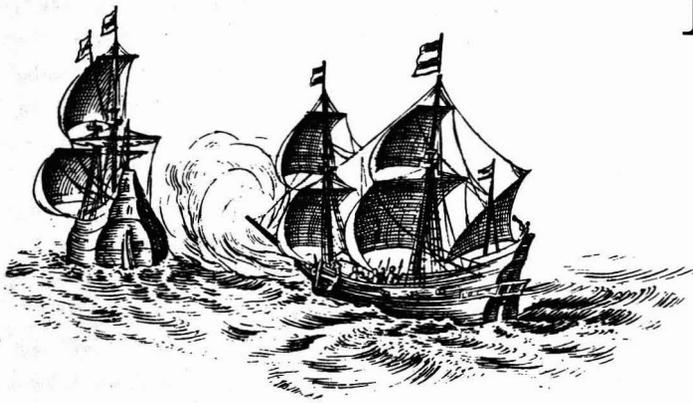
Las heterogéneas mezclas de las castas dieron origen a complejas formas de organización doméstica, entre las que podían darse la convivencia de varias familias en función de su actividad laboral, la incorporación de pequeños aprendices o sirvientes desde los 7 u 8 años de edad, la adopción de huérfanos a quienes alguna mujer de la casa amamantaba a cambio del salario convenido, la presencia temporal o indefinida de parientes, paisanos o amigos a quienes se ofrecía cobijo, y, casi invariablemente, la compañía de ancianos ascendientes de alguno de los miembros de la familia y de mujeres allegadas, que colaboraban en las tareas domésticas.

Sin duda todas estas formas de convivencia tenían sus antecedentes y paralelismos en otros tiempos y en otras latitudes. Pero su coexistencia, complejidad y evolución, adaptadas a los cambios de la sociedad, fue un fenómeno regional, derivado de un acontecimiento único, como la Conquista, y de circunstancias particulares, como las que contribuyeron a la formación del sistema colonial. ♦

¹² El abandono de los niños era práctica común en la Europa occidental. Aunque no disponemos de suficientes datos para establecer generalizaciones, el resultado de los estudios aplicados a algunos lugares de la Nueva España muestra la gravedad que alcanzó ocasionalmente esta costumbre. Malvido, Elsa, "El abandono de los hijos. Una forma de control del tamaño de la familia y del trabajo indígena. Tula (1683-1730)", en *Historia Mexicana*, vol. XXIX:4, número 116, abril-junio 1980, pp. 521-561.

¹³ La práctica común de los maridos españoles de mantener relaciones con mujeres indias, preocupó a los miembros del Cabildo de la ciudad de México, que lo trataron en una de sus sesiones, según consta en los borradores de actas conservados por el escribano Pedro de Salazar, en acta sin fecha, anterior a 1565. Textualmente: "algunos españoles ya tienen muger y se van a bibir y hazer algunas deshonestidades entre las casas de los yndios e yndias, dándoles mal exemplo". Forma parte del alegato en favor de la construcción de casa pública a cargo de la ciudad.

¹⁴ Las cifras aportadas por Thomas Calvo para la ciudad de Guadalajara en el siglo XVII muestran sin lugar a dudas esta "irregularidad", que era habitual en el comportamiento de las parejas. Como caso representativo menciona el de un español que mantuvo relaciones de barraganía con una señora acomodada, estuvo casado con otra y tuvo varios hijos con una o diferentes concubinas, además de adoptar a algunos huérfanos. Calvo, Thomas, "Concubinato y mestizaje en el medio urbano: el caso de Guadalajara en el siglo XVII", en *Revista de Indias*, Sevilla, vol. XLIV, número 173, 1984.



EL SISTEMA DE EN EL Y CONQUISTA

Rafael Diego Fernández Sotelo

Otrosí que Vuestras Altezas hacen al dicho Don Cristóbal Colón su Virrey e Gobernador General en todas las dichas islas e tierras firmes que como dicho es él descubriere e ganare en las dichas mares . . .

Cláusula segunda de la Capitulación de Santa Fe.

De manera por demás concisa trataré de dar aquí una idea de lo que ya en otra parte he expuesto, en forma más detallada, sobre las capitulaciones.¹ Para ello dividiré la presente exposición en tres apartados:

1. Lo que las capitulaciones representaban para el rey, para los religiosos y para los particulares.
2. Lo que las capitulaciones representan para los investigadores modernos.
3. Modo de acercarse a su estudio.

I. Los actores. Simplemente, para que el lector poco familiarizado con el tema logre darse cuenta de la importancia histórica que para el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo revistieron los títulos jurídicos que ahora revisamos, haremos énfasis en el valor que a éstos daban el monarca, los religiosos de las órdenes mendicantes que emprendieron la conquista espiritual y, por supuesto, los propios capitulantes.

a) El monarca. Para la Corona castellana las capitulaciones representaban una fuente de ahorro —ya que el particular cubría íntegramente los costos de las empresas de descubrimiento, conquista y colonización, sin que a la hacienda real le costara un solo maravedí— y de ingresos —ya que de inmediato se imponían al capitulante una serie de obligaciones fiscales en favor de la Corona, como el tener que pagar el quinto de todos los rescates. Esto independientemente del hecho histórico comprobado de que únicamente a través de este sistema se pudo llevar a cabo el descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Mundo, ya que ni la Corona castellana de entonces —y eso que el rey castellano era a la vez emperador del Sacro Imperio Romano Germánico—, ni ninguna otra corona europea, se encontraban en condiciones de enfrentar los gastos que suponían empresas de esta magnitud.

Aunque ya se venía intentando poner esto en práctica, si bien de manera parcial, desde los comienzos del descubrimien-

to y colonización del Nuevo Mundo, fue durante el reinado de Felipe II cuando adquirió rango de ley la disposición que prohibía que de la hacienda real se distrajeran recursos para ayudar a financiar las expediciones que a través del Atlántico realizaban los súbditos castellanos en beneficio, principalmente, de su propio monarca. Dicha ordenanza disponía que:

Aunque según el zelo y deseo que tenemos de que todo lo que esta por descubrir de las Indias, se descubriese para que se publicasse el sancto evangelio y los naturales vienesen al conocimiento de nuestra santa fee catholica, terniamos en poco todo lo que se pudiese gastar de nuestra real hacienda para tan sancto efecto pero atento que la experiencia a mostrado en muchos descubrimientos y navegaciones que se han hecho por nuestra cuenta se hazen con mucha costa y con mucho menos cuidado y diligencia de los que lo van a hazer procurando más de se aprovechar que la hacienda real que de que se consiga el efecto a que van mandamos que ningun descubrimiento nuevo navegación ni población se haga a costa de nuestra hacienda ni los que gobiernan puedan gastar en esto cossa alguna della aunque tengan nuestros poderes é instrucciones para hazer descubrimientos y navegaciones si no tuvieren poder especial para lo hacer a nuestra costa.²

Esta disposición fue incorporada, posteriormente, dentro del texto de la Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias, promulgada por Carlos II en el año de 1680, en la ley XVII, título I, libro IV.³

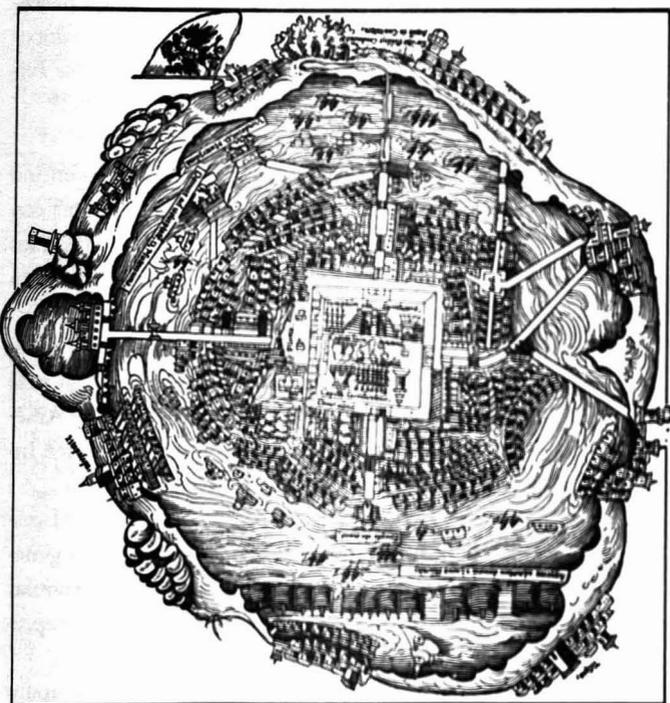
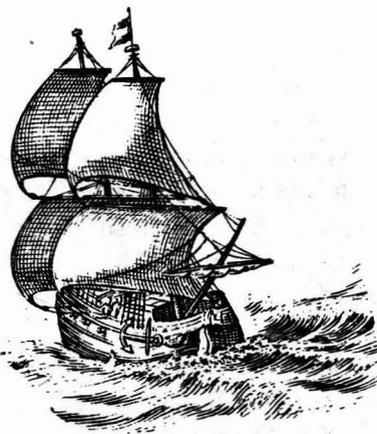
b) Los religiosos. En cambio, para buena parte de los religiosos, las capitulaciones resultaron el origen de todos los males que llegaron, junto a los españoles, a azotar a los indios americanos. Si bien es cierto que la Corona estaba convencida de que los particulares que organizaban empresas de descubrimiento, conquista y colonización a cuenta de la hacienda real, obtenían peores resultados que los que cubrían los gastos de su peculio, también es cierto que éste no era el úni-

¹ Cfr. Diego Fernández, Rafael, *Capitulaciones colombinas (1492-1506)*, El Colegio de Michoacán, 1987, 434 pp.

² El texto de las Ordenanzas de Descubrimiento, Nueva Población y Pacificación de Felipe II, de 1573, puede consultarse en Diego Fernández Sotelo, Rafael, "Mito y realidad en las leyes de población de Indias", *Recopilación de las leyes de los reynos de las Indias*, coordinación de Francisco de Icaza Dufour, Escuela Libre de Derecho, México, Miguel Ángel Porrúa, 1987, vol. 5, pp. 209-312.

³ *Ibid.*

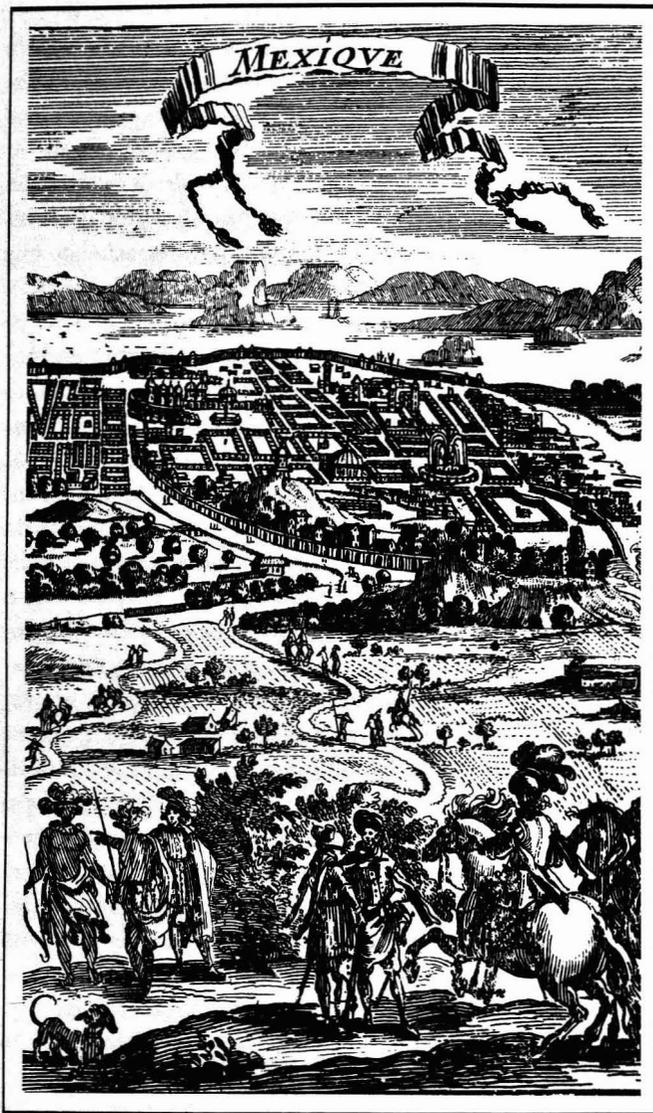
CAPITULACIONES DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO



co inconveniente que presentaban las empresas particulares, según lo hacían ver de manera por demás enérgica los religiosos, que conocían la manera en que los empresarios particulares se cobraban lo por ellos invertido, como bien lo explicaba el padre Bartolomé de las Casas, cuyo testimonio resulta de primerísima mano, ya que él mismo fue capitulante:

Estos ofrecimientos —advertía el obispo de Chiapas—, que ofrecían al rey, de ir a descubrir, conquistar y poblar las tierras y provincias destas Indias a su costa, desde que comenzaron, han sido causa de grandes despoblaciones y perdición de grandísima parte dellas y de haber los Reyes de Castilla inmensos tesoros perdido y la conciencia, por ventura, puéstoles en grande peligro; y esto causó la ceguera y error que siempre tuvo el Consejo de las Indias, estimando que, porque el papa las concediese a los reyes para hacer predicar el Evangelio y convertir las gentes dellas, que luego les era lícito enviar gente armada y tomar la posesión dellas por guerra, como si fuera Túnez o Argel o Fez o otra tierra de la Berbería; e ignorar la diferencia desto no tiene alguna excusa ni ante Dios ni ante el mundo, por-

que no les daba el rey de comer por más gentileshombres, ni por más esforzados para la guerra, sino por letrados juristas; y por eso, ignorar el derecho sin gran culpa suya no les convenía, y así son reos, cuanto a Dios y cuanto al rey, de todos los males y daños espirituales y temporales y perdición de tan infinitas ánimas y de infinitos tesoros, que los reyes tuvieron si ellos hubieran la verdad del derecho, como eran obligados, sabido. Pluguiera a Dios que a los reyes hubiera costado cualquiera descubrimiento y población, en cualquiera parte destas Indias, tantos dineros, que hubieran de ayunar sus personas reales muchos días, y no admitido a los que a su costa descubrir e poblarlas se ofrecían, porque otro pelo tuvieron sus reinos del que tienen y que quizá ternán hasta el día del juicio. Ofrecíase un tirano de aquéllos, y aun se ofrece hoy, a gastar 20 y 30.000 ducados en el descubrimiento y población, y aun solían claramente decir en las conquistas, de algún reino o provincia, los cuales no eran de las viñas y olivares que sus padres le habían dejado por herencia, sino robados y de la destrucción que habían ayudado a hacer en otras tierras dellas adquiridos; y sabiendo esto los del Consejo y teniendo manifiesta probabilidad y aun ciencia experimental, que no lo pedían sino para robar y hacerse ricos y que para conseguir aquel fin habían de asolar y destruir y despoblar, con gran infamia e injuria de Dios verdadero y en impedimento eficacísimo de la fe, y que no habían de guardar ni cumplir ley, ni razón, ni limitación, ni orden que les pusiesen, dejándose a sabiendas cegar, les daban cuanto pedían, y dejados aparte los pecados que contra Dios cometían y la infamia de su fe y de su nombre y los daños irreparables que a estas gentes en cuerpos y en ánimas hacían, pero aun los deservicios que a los reyes hicieron al matalles tantos cuentos de gentes (que a maravedí que les dieran de servicio, los privaron de las mayores y más ciertas riquezas que reyes ni príncipes jamás en el mundo poseyeron); y lo que más agravia el pecado y ceguera y gravedad de los que para robar y matar licencia y autoridad pedían y de los que se las concedían, (aunque en las instrucciones que del daban les pintaban por cumplimiento que trabajasen de los de tener de paz, por bien, etc.), pero parece y es cosa de escarnio y barbarísima, que las matanzas y destrucciones que hacían los tiranos representaban ante el Consejo por servicios he-



que se pretendía que se constituyera y gobernara la nueva comunidad política castellana que se había obligado a injertar el capitulante en el Nuevo Mundo. Pero, al igual que en el símil propuesto, por más extensa que resultara dicha capitulación —siempre más reducida que las de por sí breves instituciones políticas—, nunca incluía más que una serie de enunciados generales que dejaban muchas lagunas por resolver: ¿cuáles eran las facultades jurisdiccionales que le reservaban las capitulaciones de Santa Fe a Colón?, por citar tan sólo un ejemplo entre infinidad de ellos. De ahí que resulte fundamental la necesidad del investigador de acudir a revisar la documentación oficial complementaria a cada capitulación, para poder comprender cabalmente el contenido y alcance de las mismas —así como el juez tendrá que estar al corriente de todas las leyes, decretos y reglamentos que complementen y desarrollen el texto constitucional, para así llegar a saber qué es, en definitiva, lo que se puede o lo que no se puede o debe aceptar.

Esto en cuanto al carácter público de las capitulaciones se refiere. Sólo que, como acontecía, estos documentos iban acompañados de una variedad rica y sorprendente de documentación privada. Cuando el particular obtenía su capitulación, de inmediato, como reacción en cadena, se realizaban una interminable serie de pactos, convenios y contratos

entre él y diversos particulares. Casi siempre —y generalmente ya convenido de antemano— lo primero que pasaba era que se firmara un contrato de compañía entre el afortunado capitulante y los poderosos capitales particulares de la época —frecuentemente banqueros genoveses o alemanes—, que se avenían a financiar estas costosas empresas a cambio de jugosas contraprestaciones.

Una vez conseguida la capitulación y el financiamiento de la empresa, había que celebrar todavía una gran cantidad de convenios y de acuerdos con otros particulares interesados en la empresa, muchos de los cuales requerían formalizarse por medio de contratos otorgados ante escribanos públicos. De entre estos contratos cabe destacar: los celebrados con los dueños de las naves; con los comerciantes que se obligaban a proveer a la expedición de toda clase de bastimentos; con todos y cada uno de los integrantes de la hueste —marineros, soldados, flecheros, caballeros, etcétera.—; con aquellos que se unían con otro propósito, como los carpinteros, herreros, cirujanos, clérigos o religiosos, agricultores y pobladores. Con los dueños del ganado, de los frutos y semillas que se llevaban también se celebraba el respectivo contrato, y así sucesivamente —por lo que la posibilidad que esta rica y variada documentación nos da para profundizar en los superficiales conocimientos que aún tenemos de esas complejas empresas es asombroso.¹⁴

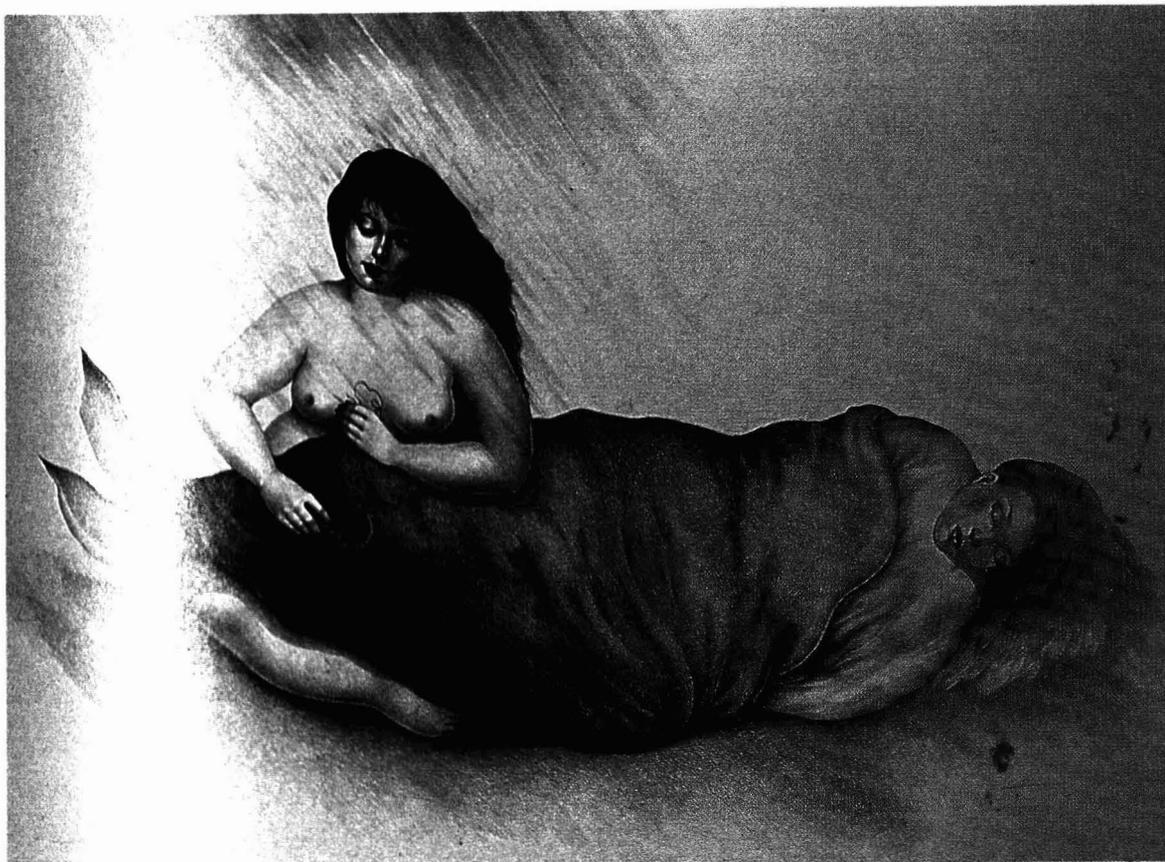
Todavía hay que añadir el caudal documental que surgía después de la celebración de las capitulaciones, y al cual se hallaba directamente vinculado el capitulante —tanto en la documentación oficial como en la privada—, a todas aquellas cédulas y provisiones que, aunque relativas a la empresa del capitulante, no se le despachaban a él en lo personal. De esta índole resultaban las cédulas de nombramiento de las distintas autoridades que en representación del rey habrían de supervisar todas y cada una de las operaciones del capitulante, muy especialmente por lo que al aspecto tributario se refiere. Así tenemos, como integrantes obligados a todas estas empresas, a los que desde el principio resultaron pieza fundamental de toda expedición: los oficiales de la real hacienda. En consecuencia encontramos que, junto a los nombramientos que se le expedían al propio capitulante, siempre había otros para el contador, el tesorero, el veedor y el factor que irían a cuidar de las ganancias del rey.

Por último, recibía el capitulante una serie de salvoconductos y cartas de presentación para toda clase de autoridades, tanto peninsulares como indianas, tendientes a facilitarle el apoyo necesario para que él, y los que con él iban a la aventura, llevaran a buen fin aquella empresa que, supuestamente, habría de redundar en provecho de todos los que habían intervenido en ella: tanto la Corona, como cada uno de los banqueros, armadores, tripulantes, comerciantes, soldados, agricultores, artesanos, médicos, cirujanos, clérigos y religiosos y, por descontado, el propio capitulante. Como se aprecia, he aquí un rico filón para documentar uno de los periodos más fascinantes de la historia de la humanidad: el descubrimiento del Nuevo Mundo. ◊

¹⁴ Los archivos de protocolos notariales de los países hispanoamericanos están a la espera de que se rescate tan extraordinario acervo.

La piel del mar

Lucía Maya y Vicente Quirarte



LLUVIA SOBRE EL MANATÍ

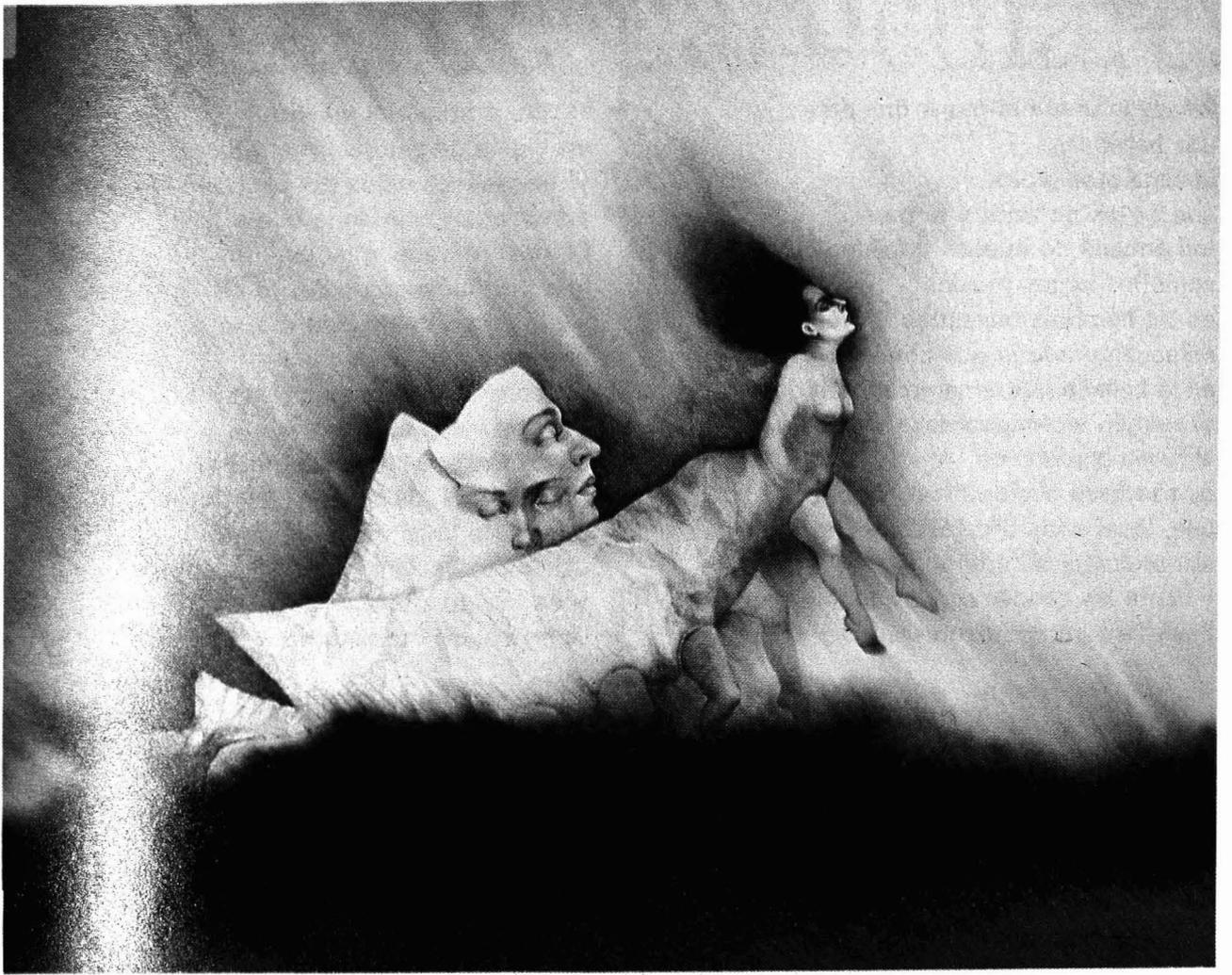
Por mano de varón, sus maravillas.
Los músculos de un hombre levantaron
sus cumbres y sus puentes;
le tensaron la piel sobre los huesos,
la pulieron a fondo entre los muslos,
dura y terrible y nimia en los pezones;
de pétalos mojados ambas bocas.
Del talento de un hombre la sustancia
que lubricó su entraña.
Y al final de la hechura,
la mano de varón abrió la herida
que a un tiempo da la luz y da la muerte.

A tanta perfección, puerta cerrada.
Fue mano de mujer la curadora:
De sudor de mujer, la aguja de diamante;
de su saliva, el hilo en nudos ciegos;
de sus aceites íntimos, el bálsamo
que extinguió los rigores del naciente.
Con nombre de mujer nació la lluvia
para lavar la sangre derramada.

NAVEGANTE

La memoria es un barco de papel
donde puedes guardar una ballena.
Armado en astilleros del pupitre,
lo doblan manos frescas de muchacha,
navega sin ceremonias previas
y resiste las peores marejadas.
Se sabe la piel del mar y no lo teme.
Con su velamen de papel periódico
y sus jarcias de tinta,
se embriaga como el barco del maldito
o asesina gaviotas
como el viejo marino que navega sin rumbo.
Pero hay un punto débil que conduce al naufragio:
este barco navega por los sueños
y si tú lo despiertas
nadie sabrá qué hacer con su locura.





SIRENA DE LOS SUEÑOS

Visten jubón de seda las amargas
y nos vuelven al tiempo del despojo.
No les tengas piedad:
que dejen en paz tu sueño a la deriva.
Les abrirás la puerta:
bien conocen los pozos donde bebes,
la luz de la tragedia, esto que somos.

Pinta para esas niñas hechiceras:
en su mano la flor reconquistada
ilumina los puentes destruidos.

Por la noche las niñas se sublevan.
visten piel de ola, en sus jardines
crecen las lentas flores carniceras.
Mas conocen el látigo certero:
el lápiz con que trazas sus heridas.

La belleza es un lento aprendizaje:
mira por la ventana
a bordo de sus naves tus muñecas
a salvo en el calor de sus inviernos,
arder *bajo la sombra de la luna.*

MEMORIA DE LA SAL

Para Adriana Cuenca

Bienaventurada la mujer que mire
una ballena,
la aleta prodigiosa
que es tan potente y firme,
tan armada de huesos y tejidos
como los largos muslos
de las hembras terrestres.
Bienaventurada la que conozca,
en la ballena que emerge en pos de aire,
el pulmón victorioso de la vida,
el fuelle gigantesco
de esa vaca profunda del océano
que, igual a las altas mujeres de la tierra,
siente crecer su cuerpo
y canta las canciones de cuna del nonato.
Bienaventurada quien escuche

el ronco ritual del macho
en vigilia de amores, mar adentro,
y los violines niños del cachorro
afinar el silencio en la bahía.
Bienaventurada la mujer
que con la lengua pulse la sal de la mañana
y al tiempo que su vientre se ilumine
ante sus ojos pase
un coro de ballenas con sus nuevos infantes,
grávidas las hembras,
orgullosos el varón de la manada.
Bienaventurada aquella
que en la brisa marina reconozca
que ella también va llena
y es creatura dilecta de los mares,
donde nació su historia. ♦



Cartas de particulares

Enrique Otte

El conocido historiador Enrique Otte, alemán andaluzado, gentilmente nos dio autorización para incluir algunos de los documentos de su importante libro Cartas particulares de emigrantes a Indias, publicado por América, Quinto Centenario del Descubrimiento, Jerez, 1988. Sobra reiterar la importancia que tiene penetrar en la intimidad de los primeros pobladores españoles de México. En uno de nuestros próximos números aparecerá una reseña de este libro escrita por José Luis Martínez.



Bartolomé Flores a Francisco de Figueroa, en Torrijos

México, 15.IV.1562

Muy magnífico señor:

Muy espantado me estoy la poca cuenta que v.m. tiene en escribirnos, teniendo en México dos parientes tan parientes, y en verdad que no dejase de hacer por v.m. o por cosas tuyas lo que yo pudiese, y pues v.m. tiene tantos hijos no sé como no aventura acá uno o dos que, siendo hombres de bien y con buena pluma, en esta tierra ganarían de comer, mas siempre v.m. fue corto y no lo sea en esto y en escribirme alguna carta y darla a mi padre para que venga a mi mano, que podría ser vale (?) a v.m. algún día algo. Yo digo que si hijo de v.m. acá viniere he de hacer con él como con mi hijo, y a la obra me remito.

Señor, otra carta escribo al señor licenciado Alonso de Figueroa, mi primo, para que, si puede alcanzar venir por oidor o fiscal de su majestad a esta ciudad de México, lo haya, por tanto v.m. lo acucie, y Miguel de Tavira que al presente va allá dará muy larga relación de lo que es esta tierra y lo que valen los hombres en ella. El lleva 4.500 pesos de tipuzque, y los ha ganado como hombre de bien, y es muy buen mozo, y pues él informará a v.m. de todo, no quiero ser importuno, más de que v.m. me escriba y me avise cómo les va a todos y cómo está la señora mi tía y primas y cómo les va y cómo le va a v.m. y a la señora mi prima Elvira Hernández. Ya supe cómo mi prima Ana de Figueroa se murió y se fue al cielo. De todo me dará v.m. mucha cuenta y también de Pedro de Figueroa y del señor Gabriel de Figueroa y de todos los demás parientes, que me holgaré mucho en verdad. Al señor Bernal de Venegas escribo, aunque me dicen que no es del mundo, no le escribiré sino dos renglones. A todos los que he contado y a los demás parientes dará v.m. mi besamanos muchas veces de mí y de Lorenzo Flores. Le hago saber que estamos buenos y que con el favor de Dios nos irá bien. Ana de la Java está buena

y tiene una hija y un hijo más después que vino, besa las manos de v.m. y las de esas señoras y señores, y también al señor Gabriel Vanegas, y que nos escriban.

En lo que escribo al señor licenciado Alonso de Figueroa se ponga diligencia, que es cargo de mucha honra y de mucho provecho, y pues Miguel de Tavira es vecino de v.m. y se podrá informar como dicho tengo. No más, de esta ciudad de México, quince días del mes de abril de 1562 años, besa las manos de vuestra merced su primo.

Bartolomé Flores

(A mi señor Francisco de Figueroa, en Torrijos). (I.G. 2050). (Bartolomé y Lorenzo Flores tienen tratos y tiendas de sedas y otras mercaderías).

Bartolomé de Morales a su mujer Catalina de Avila, en Constantina

México, 1573

Señora mía:

Esta es para hacer saber a v.m. cómo me hacen quedar por esta tierra, donde es el señor Francisco Hernández de Avila y Alonso de Avila y Diego de Avila, en la cual he hallado cómodo muy bueno, que es hallar una tierra con todos sus recaudos y un negro, donde pienso ganar de comer, mediante Dios, y esto será si v.m. estuviere en esta tierra, mas, si no, todo se lo lleva el diablo. Señora mía, allí envío cien pesos, que son cada peso ocho reales, y van encaminados en casa de Gonzalo de Villarubia, mercader, y esto bien sabe la casa el señor Salvador de Avila. Señora, yo de mi parte se lo suplico mucho, y la señora Ana de Villarubia y el señor Francisco Hernández de Avila, de que v.m. venga por estas partes, porque si no, será para más perdición mía. Señora, yo afeito a los frailes de San Agustín, que me dan ciento y veinte pesos cada año, que son éstos buenos principios, y más otros conventos de alrededor de México. Señora mía, mire que no deje de venir por ninguna cosa, ni se le pongan por delante nada. Y esto dice Alonso de Avila que venga Cristóbal con ella. Señora, mi señor y mi padre me harán merced de negociarlo, y allá va Hernando Botello y mi maeso, que vendrá muy a su gusto como si yo viniera. Señora mía, mire que no deje de venir por ninguna manera, porque si la flota viene y v.m. no, será acabármese los días de la vida. Yo haré a mi padre que busque una licencia para v.m. y mi hijo Antón. Señora, de los cien pesos mercará de vestir, porque por acá vale caro el vestido, y lo que sobrare será para el matalotaje, que los fletes yo los pagaré acá, y mire que no traiga manto de anascote, que no se usa por acá si no es de burata, ni cosa de paño, digo de sayas, sino para la mar, y una ropilla de balleta. Allí escribo a mi padre que me envíe unos bacines y unas muelas para, desde que v.m. venga, poner mi tienda, porque si Dios trae con bien a v.m., en llegando luego la hemos de poner luego a la hora sin más detener.

Señora, no se me excuse ni me eche achaque ninguno, porque no habrá achaque que yo crea. Aquí quiero ver la voluntad que v.m. me tiene. Y suplícole que no haya falta en esto. Ya digo que Botello va allá y mi maeso, que ellos y mi padre lo negociarán todo muy bien. A señor y señora, que no le pongan mal corazón, sino que le animen en lo que pudieren. Alfonso de Avila está en Oaxaca con su tienda, que ganará muy bien de comer, y Diego de Avila está bueno de salud, bendito Dios, allá le envía a señor cien pesos. Y en esto ceso y no de rogar a Dios que la vea yo en esta tierra con salud, para que a mí me dé doblado contento y amén.

Al señor Alejos Martín y a la señora su mujer le dará mis besamanos, y al señor y señora por el consiguiente. A María de Avila le dará mis besamanos, que plega a Dios que la vea yo muy bien empleada, amén. A todos los parientes y amigos les dará mis encomiendas, y a Juan de Avila, si quisiese venir, que me hará merced.

Mire v.m. que si no viene, me prenderán por casado, me costará lo que no tengo. El que más a sí desea ver a v.m.

Bartolomé de Morales

(A mi señora mujer Catalina de Avila, mujer de Bartolomé de Morales, barbero, en Constantina, en casa de mi señor Alonso de Avila, mi señora).

Fray
des

Fray Domingo de Santa Maria

Fray Pa
di

Frater Vicentius de las Casas,
diffinidor



YANGUITLAN, 24-de

Fray Domingo de Santa Maria

Frater Domingo de Santa Maria,
prior provincial.

Fray Francisco de ...



Frater Franciscus de ...
provincial.

Fray Agustin de Coruña

Frater Agustin de Coruña,
provincial.



México, 15.X.1577

Queridas hermanas:

Fue para mí de tanta pena unas tan tristes nuevas como las que en esta flota me vinieron de haber llevado Nuestro Señor a nuestra querida madre que me ha puesto en mucho extremo su falta, que lo he sentido de manera que pensé morirme, y considerando que son cosas hechas por la voluntad de Dios, Nuestro Señor, me he reportado, y esta consideración es la que me da paciencia, sea Su Divina Majestad servido de tenerla en su santo reino y sea servido de darme salud, para que, teniéndola, yo les favorezca. Hermanas mías, con todo lo que yo pudiere, la cual voluntad habrá siempre en mí, y no será como de algunos hermanos a otros sino como de madre a hijos y esto tendrán, hermanas mías, siempre en mí, sin faltar en todo cuanto yo pudiere, que ya que Nuestro Señor fue servido de llevar a su reino a nuestra madre y señora, la han de hallar en mí todo lo que en madre que a sus hijos ama mucho, y en esto no tengo que gastar tiempo sino que se entienda mucho más que es esto de mi buena voluntad, y que cuando yo, hermanas mías, le faltare será cuando Dios sea servido de llevarme, y en el entretanto todo lo que yo tuviere será propio suyo hasta sacarme la sangre de mis brazos, siendo necesaria para sus remedios, y Cristóbal Moreno con la propia voluntad que yo acudirá a todo, y mi parecer y el de Cristóbal Moreno es que se vengan a esta tierra ellos tres, vos y mi hermano Agustín López y mi hermana Juana, y la orden que ha de haber para venir ha de ser ésta que aquí diré, y en la flota que ha de venir, que está ahora en Castilla, y por acortar el tiempo y que sus venidas sean más presto escribo la orden que aquí diré, que si fuera aguardar más tiempo, Cristóbal Moreno fuera en la flota que está ahora acá, para traerlas, y porque la venida sea más presto y sea en la flota que está allí en Castilla escribo éstas en este navío de aviso, y acúdase a las personas que aquí diré, para que les den orden cómo se han de despachar.

Han de vender las casas y las cosas que más tuvieren, poco o mucho, y antes que las vendan hablar a Juan de Utrera, que vive en Sanlúcar de Barrameda, junto a Santo Domingo, que es un piloto de la barra y piloto de las Indias, porque a él y a un cuñado suyo, que se llama Ortuño de Bilbao la vieja (?) les escriben acudan a darles lumbre, cómo se han de aviar, y a aviarlas, y en la propia nao del señor Ortuño de Bilbao la vieja han de venir, y porque es donde viene también el señor Juan de Utrera, y sé que les traerán muy a gusto, y vendrán muy acomodadas, y cuando hablaren al señor Ortuño de Bilbao la vieja, que vive en Triana, y al señor Juan de Utrera, que vive, como digo, en Sanlúcar, les dirán que son las que Pedro de Morales les escribe para que las avien, que en dicéndoles esto acudirán a su avío con mucho cuidado, y no salgan de lo que ellos les dijeren, porque será acertar, y primero que hablen a Ortuño de Bilbao hablarán a Juan de Utrera en Sanlúcar, porque les aviará de allí a Sevilla, y en Sevilla él y el señor Ortuño les darán la orden como han de sacar la licencia de La Contratación, que siendo mujeres solteras les darán en La Contratación de Sevilla licencia sin ir a la corte. Esto será para vos hermana Catalina y para mi hermana Juana, y la licencia para mi hermano Agustín López será que el señor Ortuño le buscará una licencia de las que traen muchos de la corte para criados, y dándole algo por ella podrá venir registrado debajo de la licencia del criado, y podrá venirse en la propia nao con ellas, y cuando no viniere orden de licencia, el señor Ortuño le dará la orden y el señor Juan de Utrera, de manera que venga, y después de haber negociado esto y haber hablado al señor Ortuño y al señor Juan de Utrera podrán vender las casas y todas las demás menudencias que tuvieren, y lo que han de gastar para vestir sus personas. Para traer acá es lo que aquí diré: Para cada una una saya y ropa de tamete (¿estameña?) con un pasamano de oro las ropas y las sayas, con tres franjas de oro, y para con esto un jubón de telilla para cada una.

Un manto de lustre para cada una.

Para cada una una ropa y saya y jubón de tafetán negro guarnecido con sus soquillas.

idw diff

fi sum Lopez diff

o de Feria,
idor.



Fray Juan Lopez,
difinidor.

nero de 1558.

F. Alonso de la Vera



Fray Alonso de la Vera,
provincial.

al

oral,

Fray Juan de Mansilla

Fray Juan de Mansilla.

Y en lo que toca a camisas y gorgueras y tocas traigan las que les pareciere que han menester.

Y si algún manto, el que tuvieren, aunque raídos, tráiganlos para ordinarios demás de los de lustre.

Y a Agustín López un vestido sayo y capa y calzas de paño negro y su jubón y una gorra y camisas.

Y no dejen de acudir a las personas que aquí les escribo, porque las espero cierto en esta flota, y porque las esperaré no dejaré ir a Moreno en la flota que está acá, porque las espero en la flota que está hoy en Castilla, y por ninguna manera dejen de hacer lo que aquí les digo, porque en esta tierra no hay hombre, y acá querrá Dios que las casare, y aunque en las cartas pasadas escribí que yo me había de ir, me he resfriado, pues ha llevado Dios a nuestra madre, y faltándome ella se me ha quitado la voluntad.

En la flota pasada envié con este señor que digo, que se llama Juan de Utrera, veinte pesos, los diez para Ana de Vargas y los diez para nuestra madre, y ya que Dios fue servido que nuestra madre no recibiese sus diez, los recibiréis, y más le envié con el dicho a Ana de Vargas un caracol de la China y un cestico con ovillos de color y unas higuillas (?) para las orejas.

Así como supe la nueva de que Nuestro Señor había llevado a nuestra madre le he dicho cuarenta misas, y diré las que más pudiere, y por nuestro padre le dije un treintenario, y diré por sus ánimas todas las que más pudiere.

Si por la orden que aquí escribo no les diere gusto venir, escríbanme largo en la flota qué determinan y porqué no vinieron, porque me pesa mucho si dejan de venir, y si vinieren, en llegando a la Veracruz me avisen con toda diligencia así como lleguen, que el señor Ortuño les avisará luego las cartas desde la Veracruz, para que yo sepa que están allí, para que les envíe recaudo para subir de la Veracruz a México.

A la señora mi hermana Ana de Vargas que venga, porque estando cargada de muchachos como está no se lo digo, que es mucho trabajo venir con muchachos. A todas mis señoras hermanas beso las manos, y que a todas quisiera escribir a cada una de por sí, y por no saberlo yo hacer no lo hago, más de que cada una haya ésta por suya. Yo y Cristóbal Moreno tenemos salud, y Dios sea servido de dársela a todas sus mercedes como yo deseo, y porque otro no se ofrece, Nuestro Señor, hermanas mías, las guarde como deseo. De México, a 15 de octubre de 1577 años.

A la señora Leonor de Fuentes beso a su merced las manos. Para lo que señora hermana mandare presto
Andrea López de Vargas

(A mi señora hermana Catalina de Vargas, en casa de mi señora hermana Ana de Vargas, mujer de Francisco Jiménez, en Jerez, en la calle de Avila, dirán de ella en casa de Martín de Palacios, perulero, que vive en la calle larga en Jerez).

(I.G. 2053)

Fray Gabriel de Santa Josefa a Fray Domingo de Salazar, en la corte

México, 6.XI.1577

Muy reverendo y clarísimo padre:

Permiso Jesu Domino, después de haber cerrado y despachado las que van en este navío donde escribo largo a v.r. quise tornar a repetir en ésta con más encarecimiento un punto de los que en las otras trato, porque hay mucha necesidad de que se haga con diligencia lo que en este caso pretendemos, y es que, como v.r. sabe, en todas mis cartas le he pedido procure enviarnos o traer consigo dos docenas de religiosos que sean tales, porque en esta provincia no hay podernos pasar ni conservar sin semejantes socorros, porque se mueren muchos, y otros se vuelven a España, y acá toman pocos el hábito, y esos están mozos y de poca experiencia, que en muchos años no se puede la orden aprovechar de ellos, y, como a tanto tiempo que



no vienen frailes a esta provincia, y de dos años a esta parte se nos han muerto treinta y tantos religiosos, casi todos lenguas y de mucho valor para conventos y pueblos de indios, y ahora habrá diez días el padre fray Francisco de Murgia, superior de la Puebla, viniendo de la Veracruz, y a esta causa vamos muy palpablemente, sintiendo la falta, y conviene mucho remediarla, y así convendrá que v.r. ponga solicitud y cuidado muy grande en traernos hasta cuarenta religiosos que sean personas tales, y cuando no hubiere viejos y de mucha ciencia que quieran venir, tomaremos mozos virtuosos y con deseo y bríos de aprovechar acá, y que sean tales como v.r. entiende que acá son menester, qui edificent et non destruiant, y sea con este aviso que no traiga ninguno que haya ido de estas partes ni del Perú, ni de otra de las Indias, porque entiendan que sin que ellos vuelvan nos proveerá El Señor, a sólo el padre fray Nicolas Monardes, que ha de estar en Sevilla y tiene licencia mía para volverse acá, que fue a ver a sus padres, podrá v.r. traer. Y en Castilla la Vieja y en Valencia, como en otras tengo avisado, espero en Dios hallará recaudo, y si para la costa y aviamiento no bastare lo que v.r. tiene allá, podrá tomar lo que hubiere menester prestado, para darlo acá o enviarlo a quien v.r. dejare ordenado que se envíe. Y sería gran contento para mí y para todos que v.r. los trajese consigo en la flota, y cuando no pudiese tantos, a lo menos los más, y los otros dejase orden para que viniesen en otra, y traiga gran cuenta con avisarnos luego de su llegada, para que se le envíe recaudo al puerto. No más de que Nuestro Señor nos dé su gracia y nos junte en su gloria. De México, a 6 de noviembre 1577, siervo de v.r.

fray Gabriel de Santa Josefa

(Al muy reverendo padre carísimo fray Domingo de Salazar, predicador, procurador de esta provincia de la Nueva España en corte de su majestad).

(I.G.2059)

Alonso González a su hermano Juan Rubio, en Trujillo

México, 8.III.1578

Señor hermano:

Esta flota pasada escribí una carta con un criado de Gonzalo de las Casas, en la cual le dije cómo había llegado bueno, bendito Dios, aunque llegué harto fatigado, y aquí he hallado buen refrigerio, donde gano de comer. Y no he habido respuesta, dame mucha pesadumbre dejarlos con tanta pobreza, y no poder remediarlos de presente, y también esos muchachos, que los quería tener conmigo, y a ellos también, porque si me sucediese algún mal tuviese quién se doliese de mí. No tengo dineros de presente que enviarles, por haber poco que vine, y en poner mi casilla y aderezarme se han ido los que he ganado, envíole la obligación que tengo contra Juan de Vivanco de los cuarenta y dos ducados del pedazo de casa que le vendí, que ya días que se cumplieron los plazos, y llevan poder con estos cuarenta y dos ducados, y con la demás hacendilla que dispondrá se podrán venir él y Juan González, mi hermana y mis sobrinos, que será salir de ruin tierra, aunque ésta no está como solía, mas al cabo trabajando las gentes se halla a que ganar de comer en ella, y en esto no haya falta, porque se me dará gran contento, y vénganse con la primera armada en todo caso, y procuren venir con el más contentamiento que pudieren, y si saliere gente de la tierra vénganse en su compañía, que aunque pasen trabajo a su casa se vienen, y si no lo hacen, no curen de me escribir cartas, que ya sabe que cuando de allá partí me dieron palabra de hacerlo.

No digo más sino que a mi hermana beso las manos, y asimismo a Francisco Ramos y su mujer y a nuestra tía y al padre Alonso García. De México, y de marzo 8 1578 años, servidor de v.m. su hermano,

Alonso González, clérigo

(A mi señor Juan Rubio, en la ciudad de Trujillo).

(I.G. 2059)

tierra, vos hicisteis bien de no ir a Madrid a ello, estando falto de salud, pues el contador lo hizo también.

Zárate, el procurador de corte, me escribe que le reciba un hijo de hasta quince años, muy buen escribano. Yo huelgo de ello, y así le escribo que se podrá venir con vos, traeréisle en vuestra compañía. Nuestro Señor guarde vuestra muy honrada persona como deseáis. De México, 25 de octubre 1582, a lo que ordenáredes, el conde de Coruña.

(A mi primo Diego de las Cuevas de Zúñiga, mi mayordomo, en Guadalajara).
(I.G.2061)

Pedro Martín a su mujer Gregoria Rodríguez

México, 15.IV.1583

Hermana mía:

Las cartas he recibido vuestras y mucho contento con ellas, aunque mucho más recibiera con vuestra vista y la de mi señora y mi Juanico, mas yo confío en Dios de ver ese día, que será para mí día de alegría y contento. Yo estaba doscientas leguas de esta ciudad de México, que es unas minas más allá de las Zacatecas, cuando tuve nuevas vuestras por un hombre que vino en la nao que vino su mujer de Francisco García, y de que lo supe y tuve nuevas que estaban en México su mujer de Francisco García, luego recogí lo que tenía y me partí para esta ciudad de México, adonde ahora estoy, y con propósito de me ir en la flota para traerlos a esta tierra, y luego que allegué me fui en casa de Francisco García, el cual y su mujer me han hecho mucho regalo y me amenizan (?). Mucho deseo de veros en esta tierra, porque al fin tendréis más descanso que no en esa como ellos lo tienen. Y en esta ciudad está un señor mercader, que es de mi tierra, y está casado con una hija del doctor Monardes, y me fui a aconsejar con él, y me dio orden que os enviase dineros, para que viniédeses, y que él haría que en Sevilla os encaminasen y os fletasen y diesen orden en vuestra venida, y que yo acá tratase con el dinero que me queda, que serán trescientos ducados, para que, cuando Dios os traiga, que os vengáis a casa hecha, y que tenga otros doscientos ducados más, porque, si yo iba, con esto cuando estuviésemos de vuelta, y tenía gastádolo todo, y era menester comenzar a ganar de nuevo. Así que, hermana mía, yo os ruego que no haya falta en vuestra venida, pues me ha deparado Nuestro Señor quien lo negocie, pues me ha dado alguna hacienda con que os pueda regalar, aunque cierto me ha costado mucho trabajo a ganarlo, y por malos caminos. Y así os torno a rogar que no dejéis de venir, porque, si no venís, podrá ser no me veis más de vuestros ojos. Y así lo ruego a mi señora que también venga, y la traigáis sobre vuestros ojos, porque en ello me haréis gran regalo, porque cierto entiendo se holgará mucho, porque al fin es tierra donde las mujeres como ella adquieren mucha hacienda. Y más le digo a ella y a vos que no tengáis miedo de la mar, porque a quien va el negocio encomendado os lo negociará de suerte que no tengáis trabajo, y en buena nao, y en compañía de una señora, mujer de un escribano, que también envía su marido por ella, y para que sepáis la orden que habéis de tener es de esta manera:

Acudiréis en casa del señor licenciado Porras, yerno del señor doctor Monardes, al cual van encaminando ciento y cuatro pesos de oro común, de ocho reales cada peso, y van en una plancha de plata y dos tejuelos, el cual luego los dará, y esto envió para que os aviéis vos y una señora, en cuanto toca algunos vestidos y ropa blanca y matalotaje, porque el flete y algún dinero que en la mar tengáis necesidad, como para comprar algún refresco, acabo tengo que yo pagar, porque así envía un poder el señor Rodrigo de Brizuela, para que allá se obliguen al maestre de la nao por vos y mi señora y un hijo, y si otra persona también trajéredes, y seaos aviso que aviséis al señor licenciado Porras que os flete con tiempo, porque no os lleven tanto, y en lo que habréis de traer es lo siguiente: un manto de tafetán con su ribete

C R M

[Faint handwritten text, likely a continuation of the letter or a related document.]

[Handwritten text with several signatures and names, including 'Diego de las Cuevas' and 'Gregoria Rodríguez'. The text is partially obscured by the signatures.]

[Large handwritten signature, possibly 'Diego de las Cuevas', with a circular seal or stamp below it.]

de terciopelo, y una ropa de tafetán y una basquiña de raso negro y un jubón bueno y otro vestido blanco, y a Juanico tráemelo muy bien vestido, porque, si Dios me lo deja ver, yo le vestiré acá de damasco, y si me pudiéredes traer una espada y daga, con sus vainas de terciopelo, que costará hasta cuatro ducados, tráemelo, porque acá vale doce ducados, y también traeréis la más ropa blanca que pudiéredes, y alguna para cama de red porque, aunque vengáis con alguna deuda, yo la pagaré luego acá.

A mi señora ruego muy de veras que tenga ésta por suya, y que no deje de venir, y si ella no quisiere venir, que no os estorbe la venida, porque así se lo encargo de parte de Dios, y le encargo la conciencia, demás de que será para ella y para vos gran bien y descanso, y vuestro remedio y mío, pues me ha dado Nuestro Señor hacienda, no deis lugar a que torne a perder lo que con tanto trabajo, como tengo dicho, podrá ser no poner más nada por delante, porque al fin vendréis a buen recaudo y adonde no pasaréis hambre ni los trabajos, que querrías ni mentádoles (?), y las gentes ganan los dineros en más abundancia. No tengo más decir, sino que, si fuere servido, cuando la flota venga, estaré yo en el puerto con caballos y algunos regalos para recibiros, como aquel que aguarda tanto contento, y también tendré dos sillas para vos y mi señora, y de vuestra venida y del recibo del dinero me avisaréis en el primer navío de aviso, y en qué nao estáis fletada, para que yo viva con esperanza de vuestra venida, porque con el contento me hallaréis más mozo que cuando de vos me partí, y en lo que os han dicho que yo estaba amancebado, yo os juro a Dios y a esta cruz que os mintieron, porque a más de un año que no sé tal aventura, y también os digo que los que en esta tierra son amancebados que nunca tienen un real, y si yo lo fuera, no viniera doscientas leguas y de más camino por saber nuevas de vos. Yo os prometo que dejé más de cien ducados por cobrar que me debían por venir a tiempo de despachar esta plata, y pues yo con tanto amor y voluntad envío por vos, ahí veréis ser mentira lo que os han dicho y escrito, y sabed que quiero más vuestro pie muy sucio que a la más pintada de todas las indias, porque en esta tierra es muy estimada una mujer de Castilla, siendo mujer de bien, como vos lo sois, y así entiendo que vuestras oraciones os tiene Dios guardado ese bien, y a mí me ha dado salud para ganarlo para vuestro descanso, y consolao que, siendo Dios servido que vengáis, veréis acá muchos amigos que allá pasaban trabajos, acá están con mucho descanso y con esclavas que les sirven, y no seréis los menos porque, dándome Dios salud, yo tendré comprada el día que vos viniéredes una esclava que os sirva. Y su mujer me han dicho que, cuando irá al Perú, les daréis mis besamanos, y que, si quisieren tierra, les diréis que vengan, porque su oficio es acá bueno, y todos están ricos, y que al fin es tierra de más gente y trato que no en el Perú. A todos los demás señores y amigos míos y vuestros les daréis mis besamanos, y si mi hermano estuviere en esa ciudad, le diréis que por soldado o marinero o de otra cualquier manera dé orden para pasar acá, porque ganará de comer mejor que no allá, y no digo más, sino que Nuestro Señor os deje ver, como yo deseo, amén. De esta Nueva España y de México, a quince de abril de mil quinientos y ochenta y tres años, el que como a sí os quiere, y amén, vuestro marido

Pedro Martín

Francisco García y su Mujer Marina Díaz os besan las manos. Yo estoy en su casa, y aquí os tengo de traer derecho, porque con el gran deseo que tienen de veros os harán muchos regalos, y os ruego de su parte a vos y a mi señora que no haya falta en la venida, y daréis las cartas al señor licenciado Porras, y vendrán encaminadas en casa de Francisco García, mercader de libros, en cal de San Francisco, en México. ♦

(I.G. 2061)



LENGUA Y CONQUISTA

Margo Glantz

En los *Diarios* de Cristóbal Colón aparece constantemente una queja del Almirante: “Y la gente de esta tierra no me entienden, ni yo ni otro que yo tenga a ellos.” El no entender se traduce por una frase obsesiva inscrita en el texto a partir del 12 de octubre de 1492: “No haber lengua”.

Un problema semejante se les presenta a los españoles cuando llegan a México. Para atenuar o eliminar ese inconveniente, Bernal Díaz del Castillo declara que “se prendían indios” para “tomar lengua” de ellos, siguiendo la ya establecida tradición impuesta por Colón en América. Y Cortés, tan parco y directo en su escritura, dedica varias páginas de su “Primera carta de relación” a consignar el rescate de Jerónimo de Aguilar que habría de convertirse, en palabras de Bernal, “en tan buena lengua y fiel”.

La lengua es, así, uno de los puntos esenciales de la Conquista. A menudo se destaca su importancia y es bastante probable que estas observaciones se hayan formulado más de una vez. Sin embargo, se maneja comúnmente como un hecho entre muchos otros y creo que merece más atención. Me limitaré aquí a analizar el tema a partir de la ya mencionada primera carta y de los primeros cincuenta y dos capítulos de la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* de Bernal. Cubre los mismos acontecimientos: del desembarco en México (en las tres expediciones) hasta la adquisición de la Malinche.

Quienes frecuentan la historia de América no habrán olvidado sin duda las circunstancias que presiden el “descubrimiento” de México. Oigámoslas en palabras de Las Casas: “. . . pero si las tierras no tenían oro, que por consiguiente las estimaban por *inútiles y perdidas*, tenían por sacrificio para Dios y servicio para Sus Altezas saltar y prender toda la gente dellas y traellas por esclavos y consumilla toda en las minas y en las otras granjerías. . .” Aniquilada así una parte de la población de las Antillas, los españoles hacían viajes de reconocimiento y de rapiña para, como dice Cortés, “ir por indios a las islas que no estén pobladas por españoles para se servir dellos”.

La expedición organizada por Hernández de Córdoba en 1517 dejó como saldo el conocimiento de que existía, en palabras textuales de Cortés, “una tierra muy rica en oro, y que en la dicha tierra había edificios de cal y canto, *mucha administración* y riquezas.” Diego Velázquez, “movido más a codicia que a otro celo” (Cortés, naturalmente) inicia las

providencias necesarias para obtener licencia real y rescatar en tierras ignotas. Una segunda expedición comandada por Juan de Grijalva prosigue las exploraciones y aumenta las expectativas: se rescatan piezas de gran valor no sólo comercial sino artístico, “que solo las manos —aclara Las Casas—. . . o el primor del artificio dellas valían más que el oro y la plata”. Los españoles sufren varias derrotas y deciden regresar a la isla Fernandina, critica Cortés, “sin calar la tierra ni saber el secreto della”. Se organiza por fin la tercera expedición, la de Don Hernando. Desde Cuba empiezan las disensiones y Velázquez intenta revocarlo de su cargo. Lo demás es bien conocido: la expedición consta de 11 navíos, más de 400 hombres, unos negros, varios indios, algunos caballos y como de costumbre un gobierno portátil en miniatura con autoridades civiles, religiosas, militares y todo tipo de artesanos: carpinteros de lo blanco, herreros, calafateadores, et- cetera.

Varios combates simultáneos deben librarse, el inmediato: arrebatarle “su secreto” a los indios y a su tierra, contentar a los propios hombres, justificarse ante el rey: Velázquez es un traidor, Cortés leal servidor. Para descubrir un secreto es necesario interpretar la realidad, desdoblarse, mirar hacia adentro y hacia afuera simultáneamente, y, ¿cómo interpretar la realidad sin entender la lengua? La lengua es definida en el *Diccionario de la Real Academia* como “el órgano muscular, situado en la boca de los vertebrados y que sirve para deglutir y para articular los sonidos de la voz. Lengua es también el conjunto de palabras y modos de hablar de un pueblo y nación, y en un tercer sentido, la lengua es un intérprete de idiomas y hasta un espía.” Las primeras lenguas de la Conquista (en el tercer sentido consignado aquí) son esclavas. No otra cosa serían Melchorejo y Julianillo, indios mayas apresados por Hernández de Córdoba en Cabo Catoche y llevados a Cuba para aprender castellano; regresan con la expedición de Grijalva, transformados ya en intérpretes. (“Entonces el Capitán les dijo con las *lenguas* Julianillo y Melchorejo”, . . . empieza Bernal.)

Antes de apoderarse de las lenguas o de que éstos aprendan su oficio, aun rudimentariamente, los conquistadores utilizan el lenguaje de las señas. “Capeándolos con las capas, aclara Bernal, porque entonces (expedición de Hernández de Córdoba) no teníamos lengua que entendiera la de Yucatán y mexicana”. Las Casas, con su rudeza habitual acota: “di-

ciéndoles por sus meneos y señas que se fuesen de su tierra. . .” Bernal refiere también cómo al llegar a Cabo Catoche se encuentran con una india de Jamaica “moza y de buen parecer” y “cómo muchos de nuestros soldados e yo entendíamos muy bien aquella lengua, que es la de Cuba, nos admiramos. . .” La posesión de la jamaiquina, sobreviviente de una expedición de indios de esa isla a Yucatán, ayuda a refinar las interpretaciones. Al llegar Grijalva a Río Banderas, donde ya se habla náhuatl, lengua que ninguno de los intérpretes conoce, toman preso a otro indio quien bautizado responde al nombre de Francisco; él cumple burda y provisionalmente con las funciones que más tarde cumplirá la Malinche.

Melchorejo y Juliancillo, comprueba Bernal, no son de fiar: En Champotón, Grijalva inicia la “plática” con algunos principales del pueblo y les entrega el habitual rescate de cuentas verdes y cascabeles, a cambio de oro y vituallas, y los envía como embajadores “para que viniesen de paz. . . porque fuesen sin miedo: y fueron y nunca volvieron, e creímos que el indio Juliancillo y Melchorejo no les hubieran de decir lo que les fue mandado, sino al revés”.

Conciente de esa carencia, precavido, atento a los relatos, buen político, en suma, Cortés se encarga de poner en ejecución una de las cláusulas de las capitulaciones que ha firmado con Velázquez: “Procuraría por todas las vías, maneras e mañas” la redención de seis cristianos que los lenguas aseguran estaban cautivos en Yucatán, naufragos como la india jamaiquina de una expedición procedente de Jamaica, “pues les pareció que mucho servicio a Dios y a Vuestra Majestad [haría] en trabajar que saliesen de la prisión y cautiverio en que estaban”.

Sus cuidados —enviarles una carta y rescate de “bujerías y quincallería” para liberarlos— culminan con la “redención” de Jerónimo de Aguilar, el primer intérprete verdaderamente digno de confianza con que cuenta Cortés, Bernal lo describe así: “. . . le tenían por indio propio porque de suyo era moreno y tresquilado a manera de indio esclavo, e traía un remo al hombro y una cotara vieja calzada y la otra en la cinta, en una manta vieja muy ruin e un braguero peor, con que cubría sus vergüenzas, e traía atado en la manta un bulto, que eran horas muy viejas”. Es significativo este pasaje: Aguilar se viste y actúa como un indio (“se puso en cucullas”), es más, físicamente, “de suyo” tiene un tipo similar al de los indígenas (“porque Aguilar ni más ni menos era indio, insiste Bernal”) y como Melchor y Julián ha sido colonizado: aprende a la fuerza una lengua ajena a la suya y cuando lo encuentran los españoles “masca” el castellano: “Y dijo, aunque no bien pronunciado, que se decía Jerónimo de Aguilar, y que era natural de Ecija, y que tenía órdenes de Evangelio. . .”

Por su parte, Melchor y Julián distan mucho de ser buenos intérpretes, transmiten con dolo e incompletos los mensajes. No es además inconcebible que tuvieran razón al hacerlo. Grijalva no descifra bien las señales y durante una de las batallas que se libran, los soldados confunden las flechas con nubes de langostas y no se escudan, “y otras veces creíamos que eran flechas y eran langostas que venían volando: fue harto estorbo”, sin verdaderos intérpretes, la realidad es



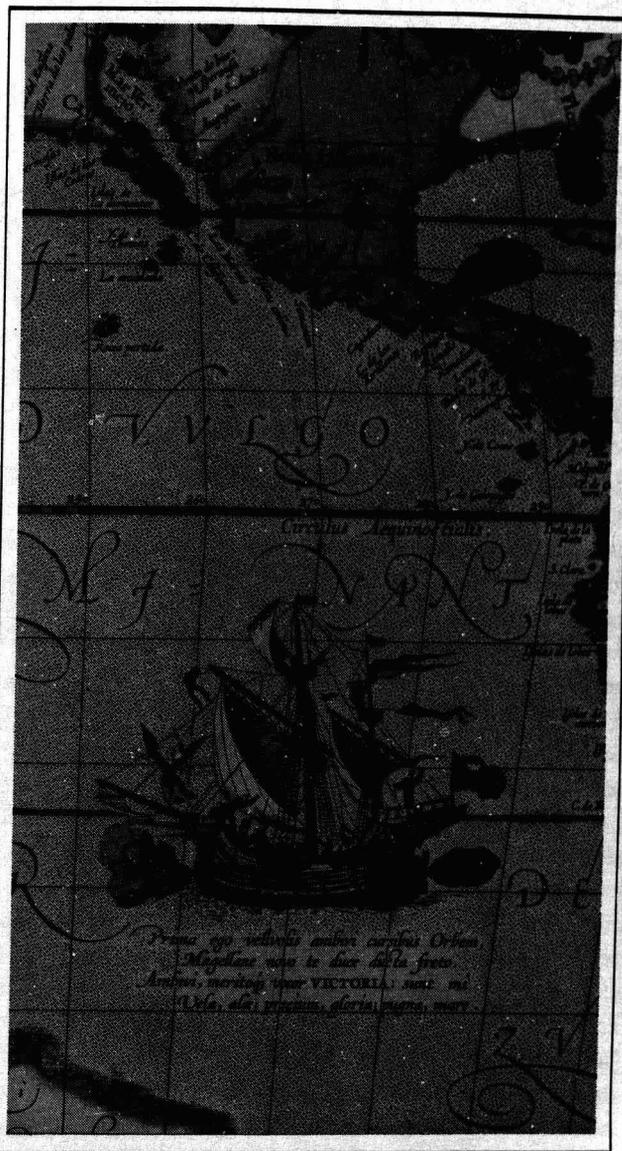
Hernán Cortés, retrato de Alonso Sánchez Coello

incomprensible. Cortés se encarga de poner las cosas en su lugar, de entenderlas en su justo sentido, el que conviene a sus intereses. Jerónimo de Aguilar es la ficha que completa su juego; sustituye a Melchor (Julián ya ha muerto para la tercera expedición) quien traiciona a los españoles en la batalla de Tabasco.

Me detengo aquí para hacer una reflexión: designar al intérprete con la palabra lengua define la función retórica que desempeña, en este caso la metonimia, tomar la parte por el todo: quien así se ve despojado de su cuerpo, es solamente una voz con capacidad de emisión, y es la lengua —obviamente— la que la produce. La voz no es autónoma sin embargo: por razones estratégicas y por su oficio. La lengua es un cuerpo agregado o interpuesto entre los verdaderos interlocutores, el conquistador y el indígena: “Como el Capitán vio esto, no saltó a tierra, sino desde los navíos les habló con las lenguas y farautes que traía (Cortés). . . e por la lengua de Aguilar les hizo otro requerimiento” (Bernal). En los códices de la época es la Malinche la que aparece intercalada entre los cuerpos principales (Códice florentino, Lienzo de Tlaxcala, por ejemplo); ese mismo hecho, el de ser solamente considerado por su voz, los vuelve un cuerpo prestado, en fin un cuerpo esclavo; actúan como los ventrilocuos, como

si su voz no fuese su propia voz; intermediarios absolutos, los intérpretes o lenguas son imprescindibles. Si no hay diálogo y entendimiento con los indígenas es imposible penetrar en su territorio, conquistarlo. Este problema, obsesivo en Colón, se vuelve aún más urgente en México: una civilización pulida, con *mucha administración*, edificios de cal y canto, gente vestida, “de más razón”, no tolera sino interpretaciones precisas, inteligentes y cabales. Se observan hechos y acontecimientos cuya captación es singular: deducir su sentido es crucial para el éxito de la expedición y para salvar la vida. La comprensión cabal de la conducta de otros pueblos resulta muy difícil y la tarea del intérprete es medular. El oficio del *lengua* perdura mientras se hagan incursiones en territorios no dominados; más tarde cuando la conquista de México se consuma y los lenguas son intérpretes de un mundo destruido, los misioneros lingüistas, los padres lenguas, toman su lugar: una extraña conjunción nace, una especie de doble lengua, la mancuerna constituida por el misionero y sus informantes. El caso de Sahagún lo ilustra bien: Toma “muestras” en tres pueblos diferentes en donde escoge hasta 10 personas principales, generalmente viejos, y refina sus interpretaciones al hacer el sumario final: varias lenguas unidas participan en el cuerpo textual.

Estos cuerpos a medio camino entre objeto y sujeto, deben, antes de ser lenguas, bautizarse (si son indígenas) y vestirse como europeos. Jerónimo de Aguilar recupera la ropa tradicional de los hombres que hablan su lengua materna: “Cortés luego le mandó dar de vestir camisa e jubón, e zara güelles, e caperuza, e alpargatas que otros vestidos no había”. De igual manera, al llegar Cortés a Tabasco, Melchor, ya muy disminuido y utilizado para tareas de menor importancia —servirle de lengua al lugarteniente de Cortés, Alvarado— “dejó colgados sus vestidos que tenía de Castilla y se fue de noche en una canoa”. Aguilar y Melchor truecan sus ropas prestadas y recobran su identidad perdida en el cautiverio. Hay que recordar que al vestirse como indio, trasquilarse como tal y tener por obra del sol un tono moreno de piel, Aguilar pierde también su castellano, pues no lo habla, lo “mascas”. El indio bautizado recibe con su nuevo nombre una nueva vestimenta: el indio Francisco (arriba mencionado), después que entendió nuestra lengua, explica Bernal, “se volvió cristiano, y después de ganado México le vi casado en un pueblo que se llama Santa Fe”. La Malinche permanece vestida de indígena, en las pinturas va con su clásico atavío: Cubiertas bien sus vergüenzas y siendo mujer, quizá no fuese necesario cambiar de traje. Estas operaciones, estos cambios de vestimenta, de nombre, de lengua, de religión forman parte del trueque, del rescate operación principal que preside a la Conquista. Explorar para rescatar (intercambiar cuentas verdes, azules, cascabeles, jubones de terciopelo colorado o camisas de Castilla por oro, mujeres y comida) es un trueque. Redimir almas: convertir a los indios en servidores de Cristo y de Carlos V, es un trueque. Redimir a un cautivo —Jerónimo de Aguilar— se logra mediante un rescate (trueque). Redimir almas es ponerles un nuevo signo, nueva ropa: un travestimiento. Un caso trágico, entre otros, el de Melchor: cuando sus compatriotas pierden el combate con los españo-



les porque el indio, mal transculturado, interpreta mal los signos, no los aconseja bien, Bernal observa: “Y también dijo [el embajador indígena] que el indio que traíamos por lengua, que se nos huyó una noche, se lo aconsejó, que de día y de noche nos diesen guerra, porque éramos muy pocos. Y luego Cortés les mandó que en todo caso se lo trajesen: e dijeron que como vio que en la batalla no les fue bien, que se les fue huyendo. . . e supimos que lo sacrificaron, pues tan caro les costó sus consejos.”

Una expedición dirigida por el signo del rescate marca los cuerpos como un tatuaje, mejor, los hierra, como después a los indígenas. Cualquier intento de poblar o de pacificar —eufemismos de conquista y destrucción—, se inicia con un trueque, inclusive la posición del Jefe de la Armada, presto a trocar su carácter de portavoz —de alguna manera lengua— del Gobernador Velázquez por el de Capitán General. Sabemos bien que uno de los propósitos deliberados de las *Cartas de relación* es ratificar ese argumento: autorización para trocar el objetivo de la expedición: poblar en vez de rescatar, convertir a los vasallos de Moctezuma en vasallos de Carlos V, cristianizar a los indígenas y sacarlos de la idolatría. Rescatar y poblar son operaciones diferentes y su resultado final es diametralmente opuesto, pero no obstante su signo inicial es

siempre el trueque. Lo mismo ocurre con el intercambio de presentes y en la guerra que se libra, un principio diplomático.

Hasta ahora habíamos reseñado un equipo convenientemente formado por algunos indígenas, cuya actuación era imperfecta: Melchor, Julián ("ambos trastabados de los ojos"), la india jamaquina, Francisco, unos indios de Cuba. Julián es sacrificado en la tercera expedición, Francisco se cristianiza. El equipo tiene fuerza real cuando aparece Jerónimo de Aguilar. La vuelta de tuerca en este engranaje, por demás conocido, es la presencia de Doña Marina, Malintzin, Malinche. Su entrada en escena es precisamente un producto de un intercambio de presentes. Cuando los españoles ganan la batalla en Tabasco, Cortés recibe de los indígenas como precio de su derrota y a cambio de las "sabrosas" palabras de halago de Cortés, transmitidas por el lengua Aguilar, un tributo, consistente en "cuatro diademas, unas lagartijas, y dos como perrillos, y orejeras, y cinco ánades, y dos figuras de caras de indios, y dos suelas de oro, y otras cosillas de poco valor", sobre todo, además de varias gallinas... "veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer que se dijo Doña Marina, que así se llamó después de vuelta cristiana." Bernal la describe con admiración; Cortés la menciona, brevemente, en la "Segunda carta de relación" y López de Gómara, "criado del Conquistador" (califica maliciosamente el padre Las Casas, y quizá por ello otra especie de lengua), explica: "Todo se había hecho sin lengua, porque como Jerónimo de Aguilar no entendía a esos indios, que eran de otro lenguaje muy diferente del que él sabía, por lo cual Cortés estaba preocupado y triste, por faltarle *faraute* para entenderse con aquel gobernador y saber las cosas de aquellas tierras: pero después salió de esa preocupación, porque una de aquellas veinte mujeres que le dieron en Potonchán hablaba con los del gobernador y los entendía muy bien como hombres de su propia lengua; y así Cortés la tomó aparte con Aguilar, y le prometió más que libertad si le trataba verdad entre aquél y aquéllos de su tierra, puesto que los entendía, y él la quería tener por su *faraute y secretaria*". Bernal explica que esa bilingüidad "fue gran principio para nuestra Conquista". Cortés comenta secamente en la "Segunda carta de relación": "... a la lengua que yo tengo, que es una india de esta tierra que hube en Potonchán..."

Jerónimo de Aguilar es redimido de su cautiverio por medio de un rescate banal y unas cartas: a los indígenas simplemente se les prende, se les bautiza, se les viste: la Malinche es un regalo, parte integrante de un grupo de mujeres ofrecidas "para que les cociesen pan y guisasen de comer al ejército (Gómara)", es decir, para las labores propias de su sexo, incluidas las de reproducción. Es un presente ("Y lo que yo vi e entendí después acá —explica Bernal—, es que en aquellas provincias se usaba enviar presentes cuando se trataba paces".)

Uno de los significados de la palabra *faraute*, además del de intérprete, es el de mensajero y un lengua cuenta entre sus funciones la de espía. La Malinche incorpora todos esos matices y además se vuelve secretaria del futuro marqués, quien le ha prometido libertad. Singular destino el de Doña Marina: es mujer en una sociedad donde las mujeres tienen

un papel subordinado y es ofrecida como tributo a Cortés, miembro de otra sociedad donde las mujeres están subordinadas a los hombres como los niños a sus mayores. Cortés ha redimido a Aguilar de su cautiverio para que le sirva de lengua y a la Malinche le promete "más que la libertad" si se convierte en su *faraute* y secretaria. ¿Qué querrá decir Gómara con "más que la libertad"? La Malinche conserva sus vestimentas, le dan varios cargos y su posición en el ejército es preponderante; sabemos también que en la Expedición de las Hibueras acompaña a Cortés y que tiene un hijo con él. Es, en fin, una especie de lanzadera, refuerza la teatralidad de Cortés con las palabras traducidas, como si ella y Aguilar pusiesen en marcha las acotaciones escénicas de un auto sacramental montado por Cortés. Un requerimiento es necesario para tomar posesión de los nuevos reinos: los *farautes* comunican un mensaje de paz contradictorio: si no quieren la guerra y la destrucción total deben abandonar a su señor y a sus dioses para ser vasallos de Carlos V y ovejas de la Iglesia de Cristo, mensaje sancionado con debida formalidad por los escribanos. Los receptores del mensaje no se "curan", al principio, de contestar con palabras sino con "flechas espesas", asienta Cortés. Para trocar las flechas en palabras se regresa al lenguaje de las señas, el de los *meneos*, expresión afortunada de Las Casas (y en general de ese tiempo) es decir, el de la simulación, lenguaje en el que Cortés descuella. Se recurre a los caballos, a una yegua recién parida, a las lombardas, a la artillería en pleno. Se inicia un simulacro de catequización guiado por el fraile mercedario Bartolomé de Olmedo, se les explica a los indios, mediante el lenguaje de los *farautes* y el de las señas —convertido en teatro religioso— la verdadera religión. Se manda instalar una imagen de la Virgen en un adoratorio construido al vapor por un carpintero de lo blanco auxiliado por un albañil indígena, y con una espada Cortés graba una cruz en un árbol local —la ceiba—: ha tomado posesión del territorio mexicano. Cada movimiento es traducido "lo mejor que pudo" por el lengua Aguilar y escrito en español por el escribano. Se organiza una procesión y se bautiza a las indias entregadas como tributo. Entre las primeras cristianas estará Doña Marina, ya lista por ese hecho para volverse lengua. Los indios contemplan admirados a los españoles (Bernal) convertidos en actores. Ha llegado el momento de poblar, de redimir la tierra, de ir contra lo concertado con Velázquez. Los aztecas hacen su aparición y un concierto a tres voces se entona en el gran teatro del mundo. Empieza Cortés, sigue Aguilar y luego Doña Marina, Cortés habla por Carlos V, del que se finge ventrilocuo; todas estas voces y esta actuación le llegan a Moctezuma en rápida mensajería y en magníficas pinturas.

La "Primera carta de relación" termina con la máxima teatralización: la creación en la escritura de la Villa Rica de la Veracruz. Una horca y una picota son los únicos símbolos concretos de esa realidad. Cortés se dirige a México: aquí acaba la "Primera carta de relación", no así la labor incansable, nunca bien ponderada, de los *lenguas*. ♦

* De fundamental apoyo en este ensayo son *Historia general de las Indias* de Francisco López de Gómara y la *Historia de las Indias* de Bartolomé de las Casas. Los subrayados son míos.

14 de abril

Guillermo Fernández

A D. B.

He bajado a la calle
pensando que llamabas
Sólo hallé sombras
y una uñita de luna
en tanto cielo
menesteroso

(en el espacio eras
la escultura de abril)

y subo nuevamente la escalera
sin saber hacia dónde
y vuelvo a oír tus pasos
en el reflujó de la sangre
que se agolpa y me lastima
donde más dueles
donde más faltas

Y la esperanza
de reencontrarte no envejece
en las mañanas
se mira en el espejo
los años de la cara
Nada en ti ha cambiado
le digo y me sonrío
con un poco de lágrimas ♦

AH KIN CHI

Hernán Lara Zavala

REPARTO

Ah Kin Chi, sacerdote de Maní, hombre de treinta años.

Tutul Xiu, rey de los mayas de Maní, hombre de sesenta años.

Nachi Cocom, rey de los mayas cocomes en Zotuta, hombre de cuarenta años.

Ix Kukil, esposa de Ah Kin Chi e hija de Tutul Xiu, mujer de veinticinco años.

Mujer sacrificada.

Francisco de Montejo Xiu, niño de seis años.

Año 1537

El escenario es negro con un pequeño promontorio al fondo donde hay una formación natural que sirve de asiento para

Tutul Xiu. A la derecha, al frente, se ve la torre de un campanario. En el horizonte se ve el mar. Una cortina negra con una cruz roja al centro funge, en ocasiones, como horizonte. Los mayas de Maní aparecen vestidos con mallas blancas y descalzos.

Aparece Nachi Cocom, en el extremo derecho del escenario, vestido con un pantalón de indio a la rodilla y sin camisa. Toca la campana de la torre sin dignidad ni altivez alguna. Francisco de Montejo Xiu (niño) se halla en cuclillas, junto a la torre, avivando un pequeño fuego. El escenario se oscurece. Al centro aparece Kin Chi, de espaldas al público, iluminado por una luz azul. Frente a él, una mujer, en mallas azul añil, con flores en el cabello, se halla tendida boca abajo y con las caderas en alto sobre una plancha de piedra frente al sacerdote.

KIN CHI: He aquí a la doncella más hermosa de la tierra de los Xiues.

(Pausa.)

¡Demonios! ¡Fuera de su cuerpo! ¡He de expulsarlos y con ello purificaré el templo!

(Pausa.)

(Baja la voz.)

Ella ha bebido los *chaces* y espera, agradecida, entregarse a los dioses en generosa dilapidación; así podrá liberarse de las ataduras que su cuerpo tiene con este mundo.

(Pausa.)

(Se vuelve de frente al público, de pie. Un enorme falo de utilería sobresale de su cuerpo. Se coloca atrás de la mujer y sube el tono de su voz.)

La penetro.

(Se oye un quejido.)

Siento correr su sangre liberadora y fértil.

(Se apagan las luces. Cuando se vuelven a encender la mujer está estirada, sobre la plancha, boca arriba.)

Hago una hendidura entre sus pechos.

(Pausa.)

Echo mano de su bullente y tibio corazón. Lo desprendo como una flor de entre los campos. Lo arranco como a una piedra luminosa de las entrañas de la tierra.

(Pausa.)

¡Unto mi rostro y mi cuerpo con su sangre fresca y pura y roja y viva!

¡Muerte y sangre! ¡Simiente de vidas nuevas!

(El escenario se oscurece completamente.)

(Silencio.)

(Una luz blanca ilumina a Kin Chi, ahora sin el falo. Camina hacia el frente del estrado. Se mantiene quieto un momento e inicia una serie de convulsiones: se halla en trance.)

¡Odio el futuro!

¡Abismo que nos separa de nosotros mismos!

¿Soy el que soy?

¡Ni el olvido ni el perdón!

¡Tinieblas!

¡Las palabras se rebelan, se niegan a obedecer!

¡Un dios trepado en palo enhiesto vencerá a nuestros dioses!

¡Sus bocas se convertirán en nuestras bocas!

¡Siento un intenso dolor!

¡El dolor es la manifestación de un mal!

¡Algo pasa en la entraña de nuestra tierra que el dolor se siente hasta en el cosmos!

¡No basta el presente!

¡Nos doblegarán con rayo y trueno!

¡Nuestras piedras se convertirán en sus piedras!

¡Fuego que quema más que el fuego!

¡Aves inflamadas surcan nuestros mares!

¡El sol se oscurece!

¡La tierra se sacude y devora nuestras ciudades!

¡Fuego y ceniza!

¡El futuro es cruel por ser futuro!

¡Nada es como es!

¡Nuestros cuerpos son triturados!

¡Nuestras almas vagan sin descanso!

¡No somos lo que fuimos, no somos lo que seremos!

(Kin Chi cae al piso y empieza a moverse como serpiente. Le cambia el tono de la voz.)

Repto silencioso. Mi piel brilla bajo el sol y mis grecas nos muestran sendero de la vida; mi cascabel repica al son de la muerte. *(Suena el cascabel.)* Silencio en el silencio. Me arrastro entre la roca blanca y dura de estas tierras. He visto la enfermedad, la hinchazón, los gusanos, el huracán y la langosta. Nadie será lo que es. Robarán el calor de sus cuerpos y se quedarán fríos sin mí a quien han de identificar como el enemigo. Una mujer pisará mi cabeza con su carcañal y me impedirá moverme. Me veré obligado a dejarlos solos: la carne pasible en el tiempo impasible. Un dios contra todos nosotros. Hermanos contra hermanos. Sus palabras vencerán a las palabras y su dios se apropiará de nuestros labios.

(Kin Chi desfallece. El escenario queda a oscuras. Silencio.)

(Luces. Tutul Xiu aparece sentado en su aposento. Kin Chi de pie. En el extremo, junto a la torre de la iglesia, se ve a Nachi Cocom y a Francisco de Montejo Xiu, de noche, calentándose frente al fuego).
TUTUL XIU: ¿Y bien?

KIN CHI *(apesadumbrado)*: No nos queda sino pactar. . .

TUTUTL XIU *(molesto)*: ¡Imposible!

KIN CHI: ¡Pactar, pactar, pactar! Los dioses lo repiten hasta el cansancio: el retorno del extraño es inminente.

TUTUTL XIU: ¡Pues pelearemos! Los dioses no nos pueden pedir que nos entreguemos sin más ni más.

KIN CHI: Si tan solo tuviéramos una oportunidad entre miles de salir victoriosos yo sería el primero en estar por la lucha, pero nuestro destino está ya escrito en lo alto de los cielos: el extraño ha de volver para vencernos aun cuando luchemos. Son los mismos que hace algunos años llegaron por el oriente y se retiraron luego.

TUTUL XIU: ¿Por qué doblegarnos? Nunca fuimos pusilánimes. Defenderemos a nuestros dioses. Ya una vez derrotamos al extraño.

KIN CHI: Las hambres, las plagas y las guerras nos han menguado a menos de la mitad. El mensaje de los dioses que nos contemplan desde las estrellas es que no desean más muertes. El extraño no tardará. La primera vez que pisaron nuestras tierras se trataba sólo de un puñado de hombres. Ahora se han repuesto de su derrota y se han preparado para acabar con nosotros. No nos queda sino pactar.

TUTUL XIU: ¡Jamás! ¡Nadie mandará donde somos señores! Si antes combatimos contra los Cocomes y contra los Itzaes, pelearemos también contra el extraño.

KIN CHI: En vano. Nuestra lucha no será contra hombres sino contra dioses. El invasor será invencible: traerá el rayo y el trueno y predicará al dios Vamonché trepado sobre una cruz, de gran astucia para la guerra. . . En los cielos está escrito que cuando en nuestras tierras aparezcan venados con tetas rebozantes de leche, nuestros dioses serán vencidos y sus templos usurpados por un dios en forma de hombre desnudo, muerto y vivo, clavado a un madero.

TUTUL XIU: ¿Qué dices, infeliz? Tus palabras no tienen sentido.

KIN CHI: Las palabras también nos han de abandonar y ya han empezado a perder su sentido.

TUTUL XIU: ¡Basta! ¡No quiero saber más mientras lo que dices no se convierta en un hecho! Esperaremos los acontecimientos antes de tomar cualquier determinación.

(Sale Tutul Xiu.)

(Entra Ix Kukil, esposa de Kin Chi.)

IX KUKIL: ¿Por qué discutían?

KIN CHI: Tu padre. Se niega a aceptar los designios de los dioses.

IX KUKIL: ¿Desea la guerra?

KIN CHI: Así parece.

IX KUKIL: Pero si siempre hemos sido un pueblo pacífico. Llegamos a estas tierras sin necesidad de luchar. Nos sujetamos a las leyes de Mayapán. Emparentamos con los vecinos y mi abuelo y mi padre se ganaron el respeto y la estima de todos.

KIN CHI: Antes tuvimos que vagar durante años por los despoblados de estas tierras sin hallar más agua que la caída de los cielos.

IX KUKIL: Hasta que logramos establecernos cerca de Mayapán.

KIN CHI: Es verdad, hemos sido un pueblo pacífico que, sin embargo, no ha carecido de orgullo ni de valor. Peleamos contra los Cocomes cuando quisieron tiranizarnos; luchamos con coraje, con casta, hasta que logramos expulsarlos de Mayapán.

IX KUKIL: Mi abuelo acaudilló a nuestro pueblo; mi padre luchó a su lado.

KIN CHI: Matamos a Cocom el viejo, saqueamos su lugar y sus casas. Pagaron con sangre lo que intentaban usurparnos.

IX KUKIL: Aunque luego ellos cobraron venganza.

KIN CHI: Las hambrunas y las sequías nos llevaron a solicitar su permiso para atravesar Zotuta rumbo a los cenotes sagrados. Queríamos calmar a los dioses. Desagraviarlos.

IX KUKIL: Pero los cocomes nos traicionaron y mataron a nuestros enviados.

KIN CHI: Muchas veces cuando los pueblos aparentan la paz no hacen sino alimentar el odio contra sus vecinos y rivales. En la paz fraguan secretamente la guerra.

IX KUKIL: Así ocurrió entre xiues y cocomes. A pesar de tu juventud tú combatiste entonces brazo con brazo junto a mi padre y demostraste que además de buen juicio poseías fuerza, hombría y valor.

KIN CHI: Se trataba de una traición. Cuando luchamos contra los cocomes peleábamos en nombre de la dignidad, de nuestra propia libertad.

IX KUKIL: ¿Acaso será distinto con el extraño?

KIN CHI: Los dioses afirman que ellos han de mezclarse con nuestro pueblo y que viviremos en prolongada aunque dolorosa unión.

IX KUKIL: ¿Estás seguro de haber interpretado bien los augurios?

KIN CHI: Además de la desintegración de Mayapán se lee en las alturas de los cielos, escrito de mano de los mismos dioses, su propia derrota y destrucción por una divinidad extraña.

IX KUKIL: No permitas que la incertidumbre te haga caer en la zozobra. Yo, en cambio, te tengo buenas nuevas: Kin Chi, el sacerdote de Maní, se convertirá en padre en unos cuantos meses.

(Kin Chi voltea la cara en forma de repudio.)

IX KUKIL: ¿Cómo? ¿No te alegra?

KIN CHI *(de espaldas)*: A nuestro hijo le aguarda una vida incierta y poco digna.

IX KUKIL: Mi padre tiene razón, no debemos sufrir angustias antes de tiempo, no podemos adelantarnos a los acontecimientos.

KIN CHI: Mucho me temo que nuestro destino y el de nuestros hijos es ya inevitable.

IX KUKIL: ¿Qué será de nosotros?

KIN CHI: A ciencia cierta no lo sé; pero no deja de atormentarme imaginar con qué ojos nos mirarán nuestros hijos.

(El escenario se oscurece.)

(Nachi Cocom y Francisco de Montejo Xiu se hallan frente a la fogata comiendo. Nachi Cocom se levanta, se dirige al campanario y empieza a tocar: a cada campanada aparece una cruz en el horizonte. Francisco de Montejo Xiu, al oír las campanas, se levanta, se persigna y desaparece por la puerta del campanario.)

(El estrado se oscurece.)

(Aparecen Tutul Xiu y Kin Chi, de frente al público.)

KIN CHI: Mis profecías empiezan a cumplirse.

TUTUL XIU: ¿Cómo? ¿Han llegado?

KIN CHI *(Mirando hacia el público)*: Tal y como me lo ordenaste aposté a varios hombres a lo largo de la costa para que vigilaran el mar, el mar que en continuo movimiento permanece infinito y el mismo, el mar que con su pleamar y bajar nos canta del tiempo que transcurre y permanece, el mar del que ha de emerger el extraño impulsado por los vientos rumbo a nuestras costas. No ha mucho nuestros vigías vieron a lo lejos tres grandes aves inflamadas volando sobre las aguas. Según cuentan, esas aves traían en sus entrañas a hombres de hierro, a hombres barbados, a hombres bestia y a los gruesos venados que te anuncié. Uno de los nuestros quiso atacarlos y lo fulminaron sin siquiera tocarlo; así que los demás huyeron. Los intrusos caminaron hasta Tekoch. Los Chel creyeron que cruzaban para salir del otro lado del mar y les permitieron internarse en nuestras tierras. Ahora han formado un pueblo y ocupan Chichén Itzá.

TUTUL XIU: No hay duda, son ellos... ha llegado la hora de tomar una determinación.

KIN CHI: ¿Cuál?

TUTUL XIU: Exploraremos el ánimo del invasor; observa-

remos sus fuerzas, sus intenciones, sus posibilidades. Entonces resolveremos.

KIN CHI: ¿Señor?

TUTUL XIU: ¿Qué te ocurre?

KIN CHI: *(El rostro se le desfigura. La voz se le altera.)* Nuestro pueblo pasó, se acabó. Aborrecemos los mandatos de los cielos. Aquel que se dice el árbol verdadero acabará con el árbol verdadero. *(Se comienza a mover como serpiente; se oye el sonido del cascabel.)* Desconocemos las armas de nuestros enemigos: el rayo, las bestias, sus lanzas más duras que nuestro pobre pedernal pero sobre todo el dios invencible.

(Recupera su voz y su compostura. Habla con los ojos perdidos en la distancia.) Te veo a ti Tutul Xiu: vienes cargado en andas. El extraño nos divisa como a una turba de guerreros. Llama a filas y se apresta para el combate... Tienen miedo. Se encomiendan a su dios y esperan tan sólo una señal para atacarnos... Los veo hincados y en silencio... Uno de ellos levanta un madero en forma de cruz... Nos observan... Tú arrojas tus armas al suelo: quieres demostrar que vienes en son de paz... los demás te imitamos y el extraño te pide que subas con tus principales hombres al pequeño cerro en el que se han guarnecido.

TUTUL XIU: Soy Tutul Xiu, descendiente de Apulá Napot Xiu, mando supremo de Maní, pueblo que se ha cubierto de gloria en Mayapán porque siempre ha buscado la libertad y el respeto de nuestra gente. Este hombre es Kin Chi, nuestro sacerdote y esposo de mi hija Ix Kukil.

KIN CHI: Los hemos esperado durante largo tiempo. Los libros sagrados y el propio Kukulcán nos auguraron su advenimiento. Supimos de su primera llegada a éstas nuestras tierras, de su salida y no ha mucho nos enteramos de que habían vuelto. Hemos estudiado sus movimientos; somos testigos de sus continuas victorias contra nuestros hermanos de Mayapán. Deseamos saber qué es lo que esperan de nosotros y de estas nuestras tierras.

(Nachi Cocom y Francisco de Montejo Xiu, de pie, con actitud arrogante, miran a Tutul Xiu y a Kin Chi moviendo la cabeza negativamente.)

(El estrado se oscurece.)

TUTUL XIU *(a Kin Chi)*: Nos han porfiado que no desean imponer la guerra y afirman ser hombres de buena voluntad. Prometen respetar la vida de los nuestros y tú mismo escuchaste que me permitirán conservar mi jerarquía si reconocemos a su rey y aceptamos su fe en el Dios que sabemos vencedor y que ellos afirman no desea imponer la guerra sino establecer la paz en estas nuestras tierras. He pedido que nos concedan un poco de tiempo antes de llegar a una decisión.

(Francisco de Montejo Xiu aparece de rodillas, orando, mientras Nachi Cocom lo observa con mirada lastimera y moviendo la cabeza en tono de reproche.)

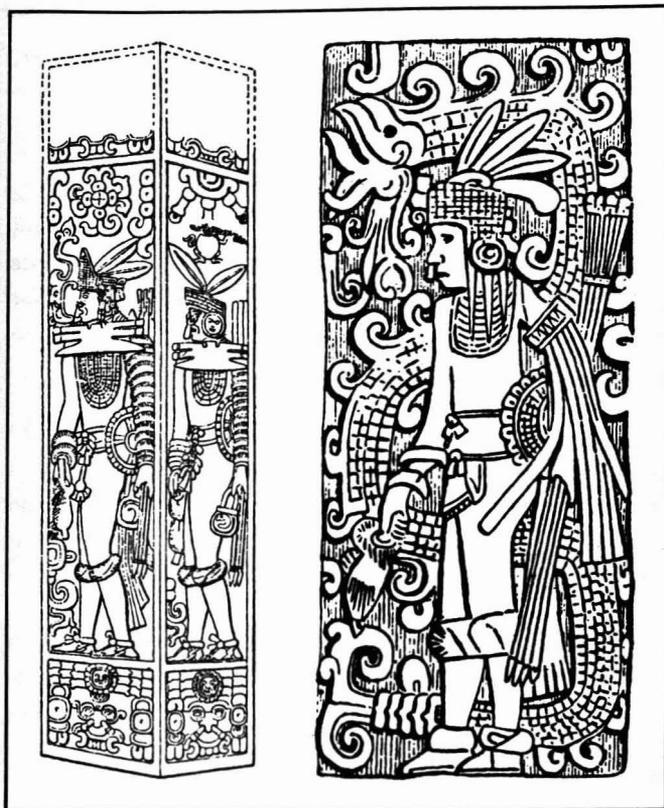
KIN CHI: ¿Y bien?

TUTUL XIU: Pactaremos.

KIN CHI *(Extrañado)*: ¿Pactaremos?

TUTUL XIU: ¿No es lo que aconsejabas?

KIN CHI: Así lo predijeron los dioses del *Chilam Balam* pero tú te negabas a aceptarlo.



TUTUL XIU: Después de mucho meditarlo he de seguir tu consejo: entre derramar sangre inútilmente o buscar la paz en nuestras tierras más vale pactar. (*Tutul Xiu avanza hacia el frente y habla hacia el público*): El poder del señor tu dios debe ser tan grande como invencible. Las batallas que han ganado en su nombre nos han persuadido de su poder y del inevitable sendero de nuestro destino. Nos someteremos siempre y cuando cumplan sus promesas.

KIN CHI (*Aparte*): Renunciaremos al culto de nuestros dioses. Abjuraremos de la imagen de Kukulcán que aparece en nuestros templos y negaremos el carácter sagrado de la serpiente que en su movimiento, en su colorido y en su música refleja lo bello y lo triste de la vida misma, pues nunca se mueve en línea recta y dentro de sí posee el don de la muerte y el de la vida. La serpiente emplumada, que reptar y vuela, la que da y la que quita, se convertirá en el enemigo de su invencible dios y ha de ser la primera en conocer la derrota. (*Kin Chi observa a Tutul Xiu.*)

TUTUL XIU: Ofrecemos también nuestros buenos oficios para tratar de convencer a los demás pueblos de Mayapán que no han querido doblegarse para que se sometan y con ello se eviten una muerte infructuosa. No es este el tiempo de la guerra ni el de la temeridad.

KIN CHI (*Aparte*): Qué suerte para estos hombres nuestra sumisión espontánea e inesperada. Estas tierras que se habían resistido por años a la usurpación pasarán a sus manos. El calor, el hambre, las batallas, el temor a una muerte oscura en un lugar lejano y el continuo peregrinar por estas tierras áridas e inhóspitas les ha durado poco... A ellos les espera el descanso y la recompensa, nuestras manos, nuestro trabajo, nuestras mujeres y nuestra riqueza, pero a nosotros... a nosotros... nosotros estamos muertos, nuestras ciudades sagradas están muertas y las batallas, la sangre, el su-

dor y la gloria a la que aspirábamos todo está ya muerto, nada sirvió de nada...

TUTUL XIU: He aquí a los que son ahora sus dignatarios y que han aceptado plegarse a los designios divinos: Ziyah, Ná Poot Xiu, Pacab, Kancabá, Kapul, Navat, Ulac Chan Cauich, Don Ceh, Ahau Tuyú, Xul Cunché, Tukuch y Zit Couat. Todos ellos se pueden contar ahora entre sus aliados. (*Se oscurece el escenario.*)

*

(*De vuelta a Mantí. Tutul Xiu y Kin Chi, sus mallas salpicadas de manchas rojas.*)

TUTUL XIU: Conforme a la promesa que hicimos seleccionarás a los nobles que te acompañarán a Zotuta para que hables con Nachi Cocom. De ahí continuarás para hablar con el rey de los cupules.

KIN CHI: No olvides que los cocomes han sido enemigos de la casa Xiu desde nuestra llegada a Mayapán.

TUTUL XIU: Ante las grandes tragedias nuestras diferencias internas deben desaparecer.

KIN CHI: Tanto cocomes como cupules han combatido al extranjero y aunque han sido derrotados juraron luchar contra ellos hasta echarlos al mar.

TUTUL XIU: Si hemos acordado pactar ha sido por el bien de todos los de estas tierras sin reparar en si son xiues, cocomes o cupules. Aprovecharemos las treguas que vivimos entre ambas dinastías para hablar con ellos.

KIN CHI: Nachi Cocom no es hombre de fiar. Su corazón está henchido de soberbia y no parece conocer ni el olvido ni el perdón.

TUTUL XIU: Nada le vas a pedir sino que conserve la vida de los suyos.

KIN CHI: Como a nosotros los dioses deben haberles señalado ya sus designios.

TUTUL XIU: Tú, como sumo sacerdote de los xiues, encabezarás nuestra embajada y tratarás de convencerlos de que no vale la pena luchar.

KIN CHI: Desconfío.

TUTUL XIU: No temas. Nachi Cocom no atentará contra tu investidura.

(*Se oscurece el foro.*)

*

(*Zotuta: Nachi Cocom, vestido de mallas rojas y dos guerreros a sus espaldas. Kin Chi frente a él.*)

NACHI COCOM: Bienvenidos hermanos xiues. Se nos advirtió de su visita. He adornado el pueblo con flores y guirnaldas y los músicos tocan sus caracoles y sus tunkules para celebrar su llegada.

KIN CHI: Gran rey de los cocomes, saludos de Tutul Xiu, mi señor, para ti y tus aliados de Izamal y Chichén Itzá, nuestras ciudades sagradas.

NACHI COCOM: Saludos, Kin Chi, que siempre te has distinguido por tu buen criterio y por la claridad de tu pensamiento. Permíteme colocar en tu cuello la más alta dignidad que los cocomes ofrecemos en señal de reconocimiento a los pueblos amigos. Sirva esto para acabar con una pendencia que se ha prolongado demasiado.

(*Kin Chi se acerca y Nachi Cocom le coloca un pectoral de jade.*)

KIN CHI: Agradezco la distinción y espero portarla con honor para el bien de nuestros pueblos.

NACHI COCOM: Escuchemos ahora tus palabras. Estamos ansiosos de conocer el motivo de tu misión.

KIN CHI: Gran señor Nachi Cocom: nuestros padres y sus padres antes que ellos dejaron escritas las profecías de nuestro gran señor Zamná a quien adoramos en Izamal, profecías que fueron confirmadas por Kukulkán, señor y dios cuyos templos se alzan hacia los cielos en Chichén Itzá y en Maní. Estos augurios se han cumplido: el extranjero ha vuelto a nuestras tierras. Tus ejércitos los han combatido una y otra vez inútilmente. He consultado los oráculos, he rogado a nuestro gran e invisible Hunal Kú, dios entre los dioses, a quien nuestros ancestros adoraban. La respuesta de todos ha sido siempre una y la misma: ¡Pactar! Grandes señores y sabios hombres del Concejo: debemos olvidar el odio que nos ha dividido tradicionalmente y acercarnos para conjurar la tormenta que se avecina. El extranjero es invencible. En nombre de nuestros dioses comunes y de mi señor Tutul Xiu imploro: ¡Acatemos la voluntad del destino y pactemos! ¡Evitemos los horrores de una guerra que de antemano está perdida! ¡Pactemos!

NACHI COCOM: Tus palabras me llenen de duda y desconcierto. Es verdad, hemos combatido entre nosotros desde el desmembramiento de Mayapán cuando sólo yo, entre los descendientes de Cocom, logré escapar de la muerte azuzada por ustedes. Tuve que volver a reunir a mi gente diseminada por el monte y poblar una nueva ciudad a la que puse Tibulón pues consideré que habíamos sido engañados. Pero se me presentó el momento de la venganza cuando el tiempo negro de Muttunec azotó nuestras tierras y ustedes quisieron pasar por Zotuta en su camino a los cenotes sagrados. Volvimos a la guerra. Luchábamos hasta acabarnos cuando sobrevino la muerte del padre de Tutul Xiu y con ella se impuso la paz que ha durado ya algunos años y que ahora se ha visto interrumpida por la presencia del extraño. Dices bien cuando mencionas que debemos olvidar el odio hereditario que ha dividido tradicionalmente a nuestros pueblos. Pero tu propuesta me confunde, pues si he de ser sincero, estaba seguro de que venían buscando una unión con nuestro pueblo para expulsar al invasor. Es cierto, el extraño nos venció ya una vez y si nos hemos replegado no es para transigir sino para hacernos más fuertes buscando la unión con otros pueblos que, como el nuestro y el de ustedes, han visto afectadas su soberanía y su libertad.

KIN CHI: En un principio Tutul Xiu y antes que él yo mismo nos negábamos a aceptar cualquier tipo de pacto; por desgracia los presagios de los cielos eran insistentes y no cambiaron nunca. Ahora han sido confirmados por los hechos y las circunstancias que hemos vivido en los últimos tiempos. Todo esto nos ha convencido, primero a mí, y luego a Tutul Xiu, de lo infructuoso de una lucha y de las muchas ventajas de pactar.

NACHI COCOM: ¿Es posible que alguien renuncie a su tierra sin más?

KIN CHI: No es por la tierra por la que luchamos sino por preservar nuestro espíritu.

NACHI COCOM: No hay espíritu sin tierra.

KIN CHI: El espíritu es lo único que acaso pueda perdurar; nuestras tierras y nuestros monumentos serán apenas vestigios de aquello que ya vivió dentro de nosotros.

NACHI COCOM: Tus palabras me confunden y me desconciertan. Sumo sacerdote de los xiues, mis aliados y yo te hemos escuchado con atención. Pero por ahora no podemos ofrecerte una respuesta. Debemos consultar los designios de los dioses y acordar entre los nobles. Les pedimos tres días para deliberar al final de los cuales obtendrán una respuesta que tú mismo te encargarás de llevar a Tutul Xiu.

*

(Kin Chi y Nachi Cocom, dos guerreros los escoltan.)

KIN CHI: Durante días comimos la tierna carne de venado y el balché corrió en abundancia. Te has esforzado para hacernos olvidar nuestras antiguas querellas. Pido ahora nos des una respuesta para llevar tus palabras hasta Maní.

NACHI COCOM: También nosotros hemos consultado los oráculos. También nosotros hemos visto los augurios tornarse en realidades. En efecto, los dioses han sido contundentes y tajantes.

KIN CHI: ¿Qué han aconsejado a los cocomes?

NACHI COCOM: ¡Pactar! Al igual que a ustedes, el oráculo nos ha aconsejado pactar.

KIN CHI: El destino es sólo uno.

NACHI COCOM: Así es, los dioses no conocen la mentira *(pausa)* y sin embargo...

KIN CHI: Sin embargo...

NACHI COCOM: Hemos decidido desafiar el designio de los dioses.

KIN CHI: Imposible. Con ello negarías todo aliento de esperanza.

NACHI COCOM: *(Cambiando el tono)*: Niego la esperanza y a los traidores como tú y tu pueblo.

(Los dos guerreros toman a Kin Chi de los brazos.)

KIN CHI *(mirando hacia lo lejos)*: ¿Qué sucede? Tus hombres se lanzan en contra de mi séquito. ¡Deténganse! ¡Se los pido en nombre de nuestros dioses!

NACHI COCOM: Dioses en contra de los que nos hemos rebelado.

KIN CHI: Debemos acatar lo que nos deparen los cielos: lo mismo la luz que las tinieblas.

NACHI COCOM: Tus hombres morirán.

(Nachi Cocom hace un gesto con el rostro para que se ejecute su amenaza.)

KIN CHI *(Forcejeando y gritando)*: ¡No! ¡La ira de los dioses ha de caer sobre ti y sobre tu pueblo!

NACHI COCOM: Es nuestra ira la que caerá sobre ustedes. Si acaso la nuestra ha sido traición, ha sido una traición para combatir la traición; la auténtica traición se da cuando uno siente vergüenza de ser lo que es, de haberse comportado como uno pensó que jamás lo haría.

KIN CHI: Acúsame de cualquier cosa menos de traición: bien sabes que yo nunca he buscado ningún otro interés que el de mi propio pueblo.

NACHI COCOM: Nuestro destino es la derrota pero ustedes morirán a manos nuestras, inmisericordes, como deben



morir los traidores. Nos hemos propuesto luchar hasta desaparecer. Hemos elegido desafiar a nuestros dioses antes de verlos expulsados de sus templos, vejados, mancillados.

KIN CHI (*bajando la voz*): El dios del extraño es invencible.

NACHI COCOM: ¡Es un dios muerto clavado sobre dos ramas!

KIN CHI: Ha vencido a nuestros dioses vivos...

NACHI COCOM: Es un dios cruel y taimado: ¡mientras predica la paz mata a rayo y fuego!

KIN CHI: Los hombres nada podemos contra lo ya escrito...

NACHI COCOM: Pues los cocomes lucharemos para devolverle su lugar a nuestros dioses aunque para ello tengamos que sucumbir. Pereceremos junto con los dioses.

KIN CHI: Has cometido grande afrenta contra mi pueblo.

NACHI COCOM: Ustedes han cometido grande afrenta contra nuestros pueblos.

KIN CHI: No hemos buscado sino la paz y la preservación de los nuestros.

NACHI COCOM: Una paz a costa de nosotros mismos.

KIN CHI: Quítame a mí también la vida.

NACHI COCOM: Lo que hasta ahora vieron tus ojos es lo que los cocomes respondemos a una propuesta como la que nos hicieron. Le dirás a Tutul Xiu que al castigar a tus acompañantes por traición les dimos una muerte más digna que la vida que ustedes les habían deparado. Dirás a Tutul Xiu que lucharemos: contra ustedes, contra el extraño, contra los propios cielos, contra quien atente contra nuestra libertad hasta que nos maten o logremos cambiar los presagios.

KIN CHI: Acaba de una vez conmigo...

NACHI COCOM: Echa una última mirada sobre los cuerpos de tus sacerdotes y guerreros muertos para que no olvides jamás lo que aquí sucedió.

KIN CHI: No deseo oír más. Acabemos ya.

NACHI COCOM: No es la muerte lo que te aguarda sino la oscuridad. Kin Chi será el último sacerdote maya que vio su tierra libre. Con ello te evitaré la ignominia de que contemples a tu pueblo encadenado. Pero primero he de quitarte el pectoral que te dimos.

(*Nachi Cocom rompe el pectoral.*)

¡Sáquenle los ojos!

(*Kin Chi grita de dolor.*)

Cuatro capitanes te sacarán de nuestras tierras donde no mereces poner el pie. Cuando lleguen al territorio de Maní te abandonarán a tu suerte.

(*Sale Kin Chi.*)

(*Nachi Cocom se adelanta sobre el estrado y le habla al público.*)

¡Pueblos del oriente! ¡Kulkán nos llama! ¡Guerra a la alianza con el extraño! ¡Muerte a los usurpadores! ¡Que el odio inunde nuestros corazones y nos lance en contra del invasor!

(*El telón se oscurece.*)

(*Pausa.*)

(*Una luz blanca ilumina a Kin Chi que, vestido de negro en el centro del estrado y frente al público, camina a tientas rumbo a Maní.*)

KIN CHI (*ciego*): Nada será como es. Sumergido en la más densa de las tinieblas busco a los míos. Mis lamentos resuenan por el monte y mis penas hunden mi corazón. No sé a dónde me conducen mis pasos, qué rumbo llevo. ¿Qué es lo que importa? ¿Entregarse al destino y sobrevivir o rebelarse y sucumbir luchando? ¿Preservar la sangre de los nuestros en cauteloso silencio o derrocharla en indómita temeridad? Ahora puedo mirar los templos que se levantarán sobre nuestros templos, las piedras que serán sus piedras y los hombres que serán sus hombres. Lamentaremos haber sido lo que fuimos y ser lo que somos.

(*Cambia el tono y habla como si estuviera presenciando lo que narra.*)

Los cocomes se lanzan hacia el extraño con gritos y cantos de guerra. Pero los invasores están preparados. Los cocomes levantan empalizadas, intentan sitiarlos. El extraño deja que la noche transcurra sosegada para atacar con la aurora. Veo llamas de fuego, lanzas, pechos desnudos que se escuchan con los muertos caídos por el campo. El invasor se estremece: los cocomes prefieren matarse entre sí antes que caer en manos del enemigo. Les toman una fortificación y los cocomes ya levantan otra.

(*Pausa.*)

El resuello de los árboles se aleja. Camino por el desierto de piedra blanca, de piedra dura, de piedra estéril en esta eterna noche en la que el sol me escuece y el agua falta y el animal acecha.

(*Narra.*)

Combaten. Los cocomes se repliegan y ellos avanzan. Los extraños se alejan inadvertidamente en su campamento. Los cocomes huyen, se refugian en el monte. Uno de los invasores va tras ellos. Es mucho más rápido que los cocomes. Arremete, acribilla, hiere, degolla. De súbito advierte, entre la espesura del campo, que sus enemigos han logrado dispersarse, huir. El extraño se da cuenta de que se halla completamente solo...

(Gesticula asumiendo el papel del extraño.)

Mira a su alrededor: nadie. En el monte reina un silencio sepulcral. El sol vibra incandescente y despiadado en lo alto de los cielos. El extranjero se detiene. Con las manos empapadas de sangre invoca a su dios (*hace la señal de la cruz*). Esta tierra silenciosa y plana apenas alcanzará para unos cuantos de los nuestros, se dice. Avanza lentamente con sus patas de bestia (*se oyen los cascos*) y mira a su alrededor: ni montañas, ni lagos ni ríos. El resonar de sus pisadas le hace advertir que no camina sobre tierra. Contempla el piso y no lo reconoce: con los ojos desorbitados se da cuenta: no camina sobre tierra sino sobre piedra. Aquí no va a haber tierra que arar sino piedra que quebrar. Bendito país al que hemos llegado: ni tierra ni agua. Pero a pesar de la monotonía del paisaje el extraño percibirá en ese instante el misterio del lugar donde se encuentra y sentirá amor por esa piedra que pisa, piedra que nosotros alcanzamos a proyectar hasta los astros. Ignora, sin embargo, que la sangre que tiñe sus manos, la sangre de sus víctimas, se ha de mezclar con la suya propia. Ignora que sus hijos han de ser también nuestros hijos.

(El estrado se oscurece.)

*

(Tutul Xiu y Kin Chi.)

TUTUL XIU: ¿Y bien?

KIN CHI: Pactar.

TUTUL XIU: ¿Pactar?

KIN CHI: Pactar.

(El estrado se oscurece.)

KIN CHI (*ciego*.) Vagué durante días con el deseo de que la ponzoña de algún reptil o el hambre de alguna fiera lograra dar conmigo. Anhelé que me doblegara el sol o que me aniquilara la sed. Estaba dispuesto a abandonarme a la muerte cuando me pareció oír voces.

TUTUL XIU: Tú y mis nobles serán vengados como nuestros ancestros se vengaron contra los cocomes en Mayapán.

KIN CHI: Abandonemos a Nachi Cocom a su destino: la muerte ya lo aguarda.

TUTUL XIU (*de frente al público, las manos en torno a la boca*): ¡Nachi Cocom! ¡Depongan las armas! ¡Ya no hay nada que puedan hacer! ¡Ríndanse!

KIN CHI: Nada será como es. Mis quejidos resuenan por la tierra y mis penas quiebran mi corazón y el de los míos. Camino sin saber mi rumbo. Lamentaremos ser lo que somos por haber sido lo que fuimos.

TUTUL XIU: Hemos vencido a los cocomes con ayuda del extranjero, quien ha emprendido ya una nueva campaña contra cupules y cochhuajes para acabar con la coalición de caciques orientales. Tal y como nos lo prometieron nos han entregado a Nachi Cocom, vivo, para que hagamos con él lo que mejor nos plazca.

(Entra Nachi Cocom ya no con sus mallas rojas sino con un calzón blanco y el pecho desnudo, las manos atadas por detrás.)

¿Qué haremos con él? ¿Le quitamos la vida por haber asesinado a nuestros nobles? ¿Le arrancamos los ojos como él hizo contigo? Así como tú fuiste el último sacerdote maya que vio su tierra libre él será el último cacique que...

KIN CHI (*interrumpiendo*): Yo señor, debo a este hombre más lágrimas que reproches, yo, que hepreciado siempre la palabra como el don más grande que recibimos de los cielos. Pero la palabra, como los hechos, se han vuelto en contra nuestra. Nachi Cocom ha sido un noble que combatió con arresto y valor por la dignidad y por la libertad de su pueblo. Sólo por ello merece vivir. Su destino, como el nuestro, ha sido el de la derrota. Queda esclarecido así aquello que leí en la faz de los cielos y que interpreté como la noche de nuestra historia. ¿Su castigo? El mismo que el nuestro: plegarse a la fe del dios único y extraño que nosotros le anunciamos y que venció a nuestros propios dioses.

(Levantando la voz.)

Pido para Nachi Cocom la sumisión y el bautizo pero pido también que él y sus descendientes conserven el cacicazgo de Zotuta como ejemplo para sus hermanos mayas.

TUTUL XIU: Con este veredicto hemos de poner un fin definitivo a las pependencias entre nuestros pueblos.

KIN CHI: Se bautizará primero a Nachi Cocom. Luego seguirá tu nieto e hijo mío.

*

(Se escuchan las campanas de la iglesia y se ilumina, simultáneamente la cruz roja que se encuentra en el horizonte. Una voz de hombre dice las siguientes palabras con acento castellano.)

VOZ: Nachi Cocom, de ahora en adelante renunciarás al demonio y a tus dioses para servir y obedecer a nuestro dios único y verdadero, pues yo te bautizo en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo con el nombre de Juan Cocom.

(Pausa.)

(Se escucha el llanto de un niño pequeño.)

Y tú, pequeño, llevarás por nombre Francisco Montejó Xiu, en honor al hombre que vino a conquistarlos y a quien se conoce como el Adelantado.

(Se oscurece el estrado; se escuchan campanas cuyo sonido se va desvaneciendo.)

*

(Aparece Tutul Xiu, como al principio, sentado. Kin Chi se encuentra de rodillas, otra vez en mallas blancas, con vista, las manos sobre el rostro, concentrado; atrás se ve el cuerpo azul de la mujer que ha sido sacrificada.)

TUTUL XIU: ¿Y bien?

KIN CHI: *(Silencio.)*

TUTUL XIU: ¿Qué nos aconsejan los dioses? ¿Qué es lo que debemos hacer si vuelven a nuestras tierras?

KIN CHI: *(Silencio, haciendo un esfuerzo por contenerse.)*

TUTUL XIU: ¡Habla! ¡Qué has leído en los cielos?

KIN CHI: A decir verdad mi señor no lo sé, no lo sé...

(Se pone de pie y se dirige al borde del estrado.)

TUTUL XIU: ¿Cómo que no lo sabes? ¿Qué debemos hacer si vuelve el extraño?

KIN CHI: No lo sé. *(Se dirige al público y apunta con la mano)* pero tal vez tú (*señala a alguien*) o tú o tú puedan decirme qué es lo que podemos hacer.

(TELÓN) ♦

Iannis Ritsos: escribir con la bayoneta en el costado

Entrevista con Marco Antonio Campos

A menudo, el primer contacto que suele tener un lector extranjero con la poesía de Iannis Ritsos, es a través de la admirable música de Mikis Theodorakis. Una primera vía que conduce a una amplia revelación. De "Epitafio", "Romiosini" y "Canciones de la patria amarga" se pasa a poemas conmovedores o patéticos como "La canción de mi hermana", "Sonata de la primavera", "Carta a Joliot Curie", "Sonata claro de luna" y tantos y asombrosos poemas breves.

Como Neruda, como Alberti, Ritsos buscó con alguna frecuencia que los otros hablaran en su poesía y que el yo fuera un múltiple nosotros. En su amplia obra (abarca aproximadamente 100 libros de poesía) conviven diversas medidas, tonos, cadencias, temas, intenciones.

Leer a Palamás, a Kazantzakis, a Cavafis, a Seferis, a Ritsos, a Elytis, a Patrikios, tiene una consecuencia positiva: no se pueden ver la vida ni la poesía del mismo modo. Esta poesía —como la misma Grecia— tiene el extraño milagro de ser a la vez joven y eterna. Se conjuntan en ella, viva e intensamente, historia y vida cotidiana. Cada cosa en Grecia es una posibilidad artística infinita.

La entrevista fue realizada la mañana del 11 de julio de 1989 en la casa de Ritsos, en Karlovassi, Samos. Agradezco al poeta Hugo Gutiérrez Vega, embajador de México en Grecia, los buenos oficios para que pudiese ser hecha. (MAC)

Hablemos de su más lejana infancia y de su encuentro con la poesía.

Quisiera decirle antes que no me gustan las entrevistas, sobre todo cuando son grabadas, pues dan un tono que no es natural a la conversación. Eso me molesta mucho, pues se busca ser sincero sin lograrlo. Lo más sincero que hay en nosotros se halla en nuestra poesía. En ella hay una sinceridad y una pureza plenas. Están todos los elementos autobiográficos, estéticos, filosóficos. Mi simpatía por su país me ha hecho dar la entrevista.

Empecemos, entonces.

Mi más lejana infancia fue tan dichosa que no me es posible analizarla. Hay fantasías, sueños, deseos, nostalgias. Todo el mundo está encerrado en un pequeño círculo, y a causa de esta cerrazón, hay

una intensidad poderosa. Mi familia era muy rica. Había grandes posibilidades. Estudiaba música, sabía leer francés, comencé a aprender alemán (que olvidé a causa del rechazo y la repugnancia que me causó la ocupación en la última gran guerra). Después la familia perdió todo. Se perdió también mi madre, y a los tres meses, murió un hermano mayor. A los 16 años padecí una tuberculosis. Pasé años difíciles en sanatorios. A causa de eso conocí desde temprano una honda experiencia de la vida y la muerte. Pero al mismo tuve la ocasión de liberarme de preocupaciones inútiles. La enfermedad me dio una enseñanza de totalidad: yo estaba conmigo mismo, y al mismo tiempo estaba fuera y dentro de todos. Comprendí a profundidad lo que es la soledad y la comunión. Uno, a pesar del contacto numeroso con todos, guarda su soledad sagrada, y a través de esta soledad

personal, puede encontrarse con la soledad de los demás, que representa una comunicación más profunda con el mundo. Mientras los demás se preocupaban por la carrera, el amor, el éxito o la fama, yo luchaba a cada instante con la muerte. Me repetía: "Hay que vivir, se debe vivir". Todo esto lo afronté en mi primera juventud. Encontré abrigo en la poesía. Busqué todo en la poesía y todo recibí de ella. Por eso mi obra es tan amplia.

¿Cómo era el paisaje griego en esa clara infancia?

Yo nací en una isla: Monemvassía. Es una isla rocosa, dura, severa. Su fundamento: "las rocas sobre las rocas". Ha sido el abrigo de piedra con el que me he vestido por todo el mundo. En ella había simultáneamente esta estabilidad y la inmensidad y la fluidez del mar: la firmeza

y el infinito. Viví en el primer día de la creación en aquella mi pequeña infancia.

En Monemvasía la comunicación es múltiple en la vida cotidiana: todos se conocen y se tratan: ricos y pobres, pescadores y dueños de la tierra. No hay separación de clases. Por eso son tan honradas las relaciones humanas. Los niños de grandes familias de la ciudad no tienen la ocasión de conquistar esta sensación de la unidad del mundo.

¿Es distinta la visión del mundo de un griego de las islas a la de un griego del continente?

No podría compararlas ni confrontarlas. Podría dar mi experiencia. Como enfermo viví también en la montaña, y hallé la belleza. No hay cosas bellas ni feas; la belleza está en la vida y se halla en todas partes. Hay sol, mar, bosque, mariposas, pájaros, flores. Se necesita ser ciego para no verlo. El deber del poeta es mostrar y subrayar el valor de la vida para hallarnos en algún instante de nuestra vida, y decir: "Valió la pena haber vivido". Dar al lector esta sensación y este sentimiento de que la vida vale la pena y debe vivírsele. Él debe descubrir la cosas insólitas y ocultas de los hechos del mundo e iluminarlas en sus versos: "Eso es bello... eso es bello..." Una antología de belleza. En el amor hay instantes maravillosos y exaltantes, pero también difíciles y oscuros. Cuando el amor pasa la gente recuerda los malos pero no los bellos momentos. El poeta debe recuperar lo bello. Pasé numerosas noches de mi vida en prisión, o torturado, o exiliado, y creo aún que la vida es bella.

¿Cómo eran sus padres?

Mi padre fue un hombre rico. Era un hombre de hierro, arrogante, duro. Y mi madre era extremadamente sensible, muy culta, llena de amor hacia todo. Esa relación suya con todo el mundo, con los pobres y humillados, era de igual a igual. Desde nuestra pequeña infancia aprendimos a buscar esta perfección y a amar a los expulsados de la tierra. En 1917, cuando acaeció la Revolución de octubre, mi madre dijo: "Los bolcheviques van a dar una solución justa a los problemas de la humanidad". Y el aprendizaje de jus-

ticia y humanidad lo seguí aprendiendo, sobre todo en los sanatorios.

¿Y su hermana? Hay en su lírica instantes dramáticos recordándola.

Estábamos muy unidos. Era un año mayor que yo. Habíamos hecho juntos los estudios de primaria, secundaria y preparatoria. Desgraciadamente sufrió un *shock*, enloqueció y fue encerrada en una clínica psiquiátrica. En 1937 escribí "La canción de mi hermana". Enloqueció después mi padre. Fue una honda tragedia ver a dos personas tan queridas y cercanas casi perdidas. En su grito reconocí todos los dramas de la vida, y al mismo tiempo, esta infinidad de sentimientos que contiene cada persona. Reaccioné ante este hecho doloroso con horror y admiración. Por eso a veces pienso y escribo por la dimensión del deslumbramiento.

"La sinfonía de la primavera" está llena de perfiles nobles.

"La sinfonía de la primavera" fue una gran respiración, porque nació de un tocamiento profundo del amor. El amor es la gran justificación de la vida. No puedo imaginar una vida sin amor.

Un griego, como decía de alguna forma Henry Miller, aventaja a los demás de los países occidentales. Decir Grecia no necesita justificarse como cuando hablamos en un poema de México, Francia o Italia. Es la diferencia entre la tradición y el nacionalismo. ¿Qué es Grecia para usted?

El espíritu griego, desde la antigüedad, es el humanismo. Es la filosofía de Sócrates, de Platón, de Aristóteles, de Plotino... Piense en Homero o en los grandes trágicos: el modelo no es la nación, sino la humanidad. Por eso Esquilo puede escribir *Los persas*, utilizando el punto de vista de Darío. Lo que hay de humanidad en Occidente es el carácter griego. No en balde la mitología de los antiguos griegos mostraba la divinidad del mundo; no en balde hay aún hoy una correspondencia entre la poesía griega y el mundo.

¿Usted cree que el humanismo sea el signo de nuestro siglo? Yo no lo creo.

Un puñado de hombres trata de salvarlo. Aun en la política hay una inclinación mayor hacia los tecnócratas.

Yo creo que progresamos hacia el porvenir reconquistando el pasado y teniendo el presente como centro. El futurismo apostaba por el porvenir; hoy decimos: todo para todos. Todo por toda la historia, y no sólo la historia griega. Debemos tener una conciencia sin tregua del pasado y del presente para ensanchar la tierra del porvenir. Nosotros, los mortales, somos una parte de la inmortalidad y luchamos por la inmortalidad de cada uno de nosotros. Por eso esta alegría que ganamos cantando para que quede algo de lo que pasa y se pierde. Los hombres suelen ser desdichados; démosles algo de gozo, de salidas, de perspectivas. Hay que luchar para que triunfen el amor de un hombre y una mujer, la voluptuosidad, el deleite, la amistad, las cosas sencillas...

¿Cuál es el paisaje griego que prefiere?

Todos los paisajes. Amo al mar más que a nada, pero amo también la montaña, los bosques, los animales, los pájaros, las mariposas. Lo más pequeño y lo más grande. Con familiaridad los más grandes son como los más pequeños.

Lo que me ha emocionado hasta hacer crecer el árbol del alma es cómo el gran arte griego (pensemos en Ictino —la arquitectura—, en Fidias —la escultura—, en Tucídides —la historia—, en Sófocles —el teatro—) se hace con tan parvas materias. Unas cuantas piezas escuetas y sencillas que hallan la luz y el equilibrio que anhelan la eternidad.

Hay muchas cosas pequeñas que dan una imagen maravillosa de grandeza. Un escabel, por ejemplo, o una silla, tienen, en sus pequeños detalles, una atmósfera grandiosa y familiar. Esta familiaridad, como un milagro cotidiano que pasa, es necesario detenerse a verla. Recuerdo ahora un pasaje de *La madre*, de Gorki. Una persona visita el consultorio de un médico, se sienta y abre un libro que tiene múltiples imágenes de mariposas. Se admira grandemente y dice: "Todas estas cosas maravillosas pasaban delante de mis ojos y no las veía." La función o ta-

rea del poeta es abrirle los ojos a los otros para que vean el milagro diario del mundo que sucede.

En un poema, "Mujeres", usted elogia también los hechos sencillos y grandes. Un homenaje a ellas y un elogio a la vida simple.

Sí.

**¿Quiénes fueron sus influencias?
¿Maiakovski?**

Escribí un ensayo sobre Maiakovski. Mis ideas sobre él están allí. Lo estimo como poeta, si bien hay cosas que no acepto ya. No acepto un futurismo que desaparece la historia y hace que ésta empiece con ellos. Vida e historia son una continuidad; es inaceptable tan desproporcionado egoísmo.

¿Qué poetas fueron importantes en su formación?

Mi vida misma, y por otro lado, toda la poesía. La medida de mi verso se la debo al mar. He aprendido mucho del mar y sigo aprendiendo de él. En el mar hallo múltiples cosas que corresponden a mis sentimientos. Y aprendo también a diario del pueblo. El pueblo tiene un modo de hablar que, desdichadamente, sabios y cultos desconocen. Es necesario utilizar con precisión el verbo. Por ejemplo: un hombre de ciencias o de letras cuando empieza a escribir y a describir su día, dice: "Me desperté a las siete de la mañana. Abrí la ventana y vi el sol. Era un día hermoso. Vi a un vecino, lo saludé y conversé unos momentos con él". Es un verbo inmóvil. El yo se petrifica. En cambio una mujer del pueblo dice: "Me desperté muy temprano en la mañana. Abrí la ventana, y ¡Oh, qué día! ¡Allá está mi vecina! ¿Cómo estás? ¿Qué haces?" Es un diálogo vivo. Todos los días aprendo del pueblo.

Su popularidad empezó con *Epitafio* (1936), que fue un acontecimiento poético y político. Aun Metaxás mandó quemar parte de la edición frente a la puerta de Adriano.

En mayo de 1936 hubo una huelga de trabajadores en Tesalónica. Vi en un dia-

rio una madre arrodillada ante el cuerpo inerte de su hijo. En Grecia hay una tradición en poesía de lamentaciones en que las mujeres lloran e improvisan haciendo el elogio del muerto. Pensemos en los *mani* del Peloponeso, por ejemplo. El contacto con la poesía popular y el hecho dramático de la muerte del joven en la calle, me orilló a escribir el poema durante dos rápidos días con sus noches, sin comer ni dormir.

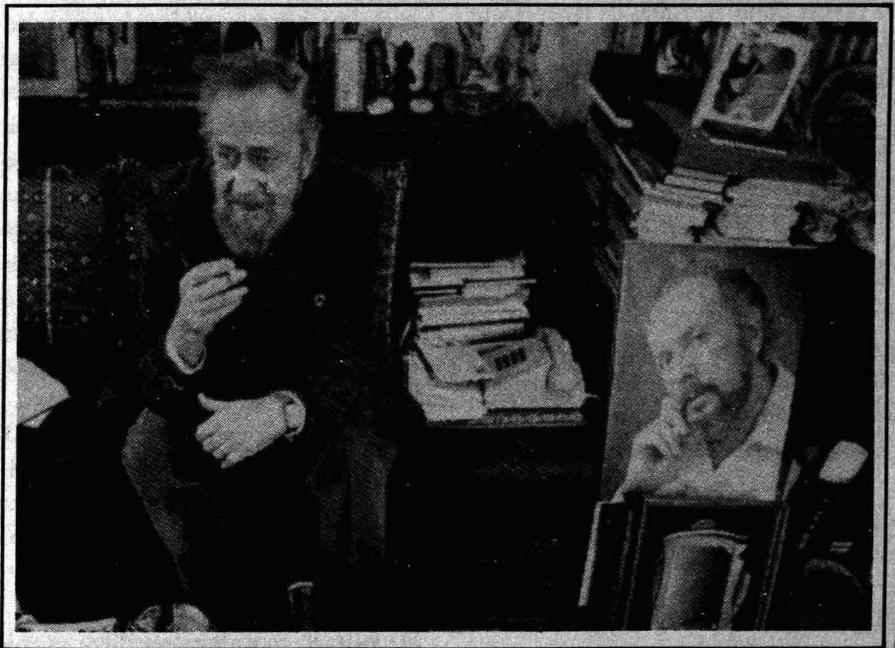
¿Cuál fue la respuesta inmediata?

En ese tiempo la circulación de libros era muy restringida. Por ejemplo, Kostis Palamás, el patriarca de nuestra poesía moderna, hacía tirajes de sus libros de entre 500 y 1000 ejemplares. *Epitafio* tuvo un tiraje de 10 000 ejemplares. Editó el libro *Rizopastis*, el diario del Partido Comunista Griego. En dos meses quedaban

co y al libre. Prefiero más el libre, porque la poesía con él toma un carácter más internacional. La poesía clásica es difícil de ser traducida a otras lenguas. Ritmos, cadencias, rimas, no eran cosas decorativas en la poesía de los tiempos antiguos, pero ahora un poeta se ha librado de ese lazo y halla una expresión más inmediata y directa, y por tanto, más traducible. Por eso el verso libre tiene una influencia más inmediata en otros países. Puede ser traducido sin mucha traición.

¿El verso más natural en usted es el verso libre?

Sí, pero debo decirle que en tiempos de dificultad política me he vuelto a las formas tradicionales, que, en ese momento, se vuelven más progresistas. La poesía se convierte en un arma para denunciar los crímenes. En los años de la dictadura de



Ritsos en su casa de Atenas, 1987

sólo 200 libros. El dictador Metaxás sólo recogió ese tiraje, que se quemó frente a la puerta de Adriano. Fue un acto puramente simbólico.

¿Y Iannis Ritsos cómo reaccionó ante esto?

Fue una historia; mi propia historia era la de los trabajadores huelguistas.

En sus inicios su poesía tendía más a un verso de amplia respiración.

Del verso clásico he pasado al verso blan-

los coroneles utilicé formas populares para escribir "Canciones de la patria amarga". Cuando la ocupación de Chipre escribí "Himno y lamentación por Chipre" en dísticos rimados. Por demás, para un músico (recordemos a Theodorakis) es más fácil volver música las formas poéticas tradicionales. Él ha convertido en música "Epitafio", "Canciones de la patria amarga" (están dedicadas a él), "Romiosini", que es la que me gusta más. Ha sido donde mejor ha unido él poesía moderna y música popular. Hay una magnífica integración.

Yo creo que es esencial en poesía la música. ¿Usted ha integrado la música a su poesía?

Las raíces de todas las artes son las mismas. La poesía contiene mucho de pintura (imagen), de música (ritmos), de escultura (la contemplación completa), de la arquitectura (la construcción del poema). De todas las artes hay elementos en la poesía. Cuando era niño hacía música y aún hoy pinto. He aprendido de todas las artes.

En Grecia la poesía kléftica (poesía popular) es una gran tradición a la vez secreta y abierta.

Oía las canciones desde muy niño en las fiestas nacionales de voz de los campesinos. Antes de aprender las leyes de la poesía conocía muy bien el metro de 15 sílabas, que es el metro característico de la poesía popular. Antes de saber lo que era un anapesto o un dactílico tenía en los oídos ese sonido.

Se ha tocado ya el tema político. Se le ha visto a usted con cierta frecuencia como un poeta político.

Mis relaciones con la política han sido a la vez muy cercanas y muy distantes. Yo no soy político y no me habría gustado serlo. Pero de un modo fatal estuve siempre presente en cada acontecimiento importante participando con toda mi esperanza y todo mi espíritu. Pero no me gustaría por nada estar en el Parlamento, por caso.

Usted ha sido testigo importante por más de 50 años de la historia de su país y del mundo...

Representé un gran rol en mi vida y en mi poesía. Fue enteramente natural. Si representé ese rol en nuestra vida se representa también en nuestro arte.

Ha vivido varias dictaduras. ¿Cuál fue la peor?

Todas las dictaduras son crueles. Depende de nosotros cómo enfrentarlas. No hay que olvidar el amor en esos tiempos; no aceptar que no podemos hacer nada, no; podemos hacer algo aun cuando seamos

esclavos. Podemos resistir. Recuerdo los días en el campo de concentración en la última dictadura; no podía expresarme: no tenía libros ni papel ni podía escribir cartas ni recibirlas. No podíamos comunicarnos los presos entre nosotros. ¿Qué hice? Me puse a dibujar y a escribir sobre las piedras, pero no haciendo nunca imágenes de tortura o de esclavitud; los dibujos eran de objetos hermosos. A pesar de la esclavitud había belleza, esperanza, amor. El cuerpo humano contiene toda la divinidad.

En suma, Ritsos, ¿se considera o no un poeta político?

No comprendo muy bien eso. No me explico por qué deban encasillarme así. Yo me he sentido en mis ideas totalmente libre. Yo no he permitido que se me diga: "Ritsos: haz eso o di eso". He hecho siempre lo que creí conveniente. Mi necesidad ha correspondido a la necesidad de los demás. No doy órdenes ni acepto las de los otros. He escrito también poemas de circunstancia. Cuando ha habido un hecho especial —como en el caso de "Epitafio"— no se me dijo: "Haz eso". No: Ha sido mi necesidad que en ese momento se correspondía con la de los otros. He escrito, cierto, poemas políticos, pero era porque en ese momento se imponían. Era el momento histórico de hacerlos.

Usted fue estalinista. ¿Stalin se equivocó?

No hablemos de eso.

Me gustaría que ahora me diera su opinión y me hablara un poco de poetas griegos modernos que son menos o más conocidos en nuestros países. Podríamos empezar con Kostis Palamás.

Me gustan de él muchas cosas. Para su tiempo fue un gran poeta internacional. Pero debe pensarse *en su tiempo* para dar la dimensión amplia de su valor. Era el movimiento romántico. Victor Hugo era entonces el dios de los poetas y Nietzsche le abría las venas al mundo. Había esas influencias y flotaba una atmósfera especial. Palamás me ha enseñado mucho. Escribí poemas épicos y líricos notables.

Sé de memoria muchos de sus poemas. Fue un Goethe helénico.

¿Y Ángel Sikelianós?

Grandilocuente, pero también un gran poeta. El contacto con la naturaleza no es usual encontrarlo como en él en la poesía moderna mundial. Una poesía llena de sensaciones. Cuando describía la forma de mirar de un león, sólo él podía hacerlo de una forma tan asombrosa. Desdichadamente en la última época se perdió enteramente. Sí, lo conocí. Era arrogante, gallardo, posaba como un dios, pero era físicamente natural en él. Se sentía como en un trono. Ego, ego. Un gran personaje, él, Sikelianós.

¿Y Kazantzakis?

Más como novelista y pensador que como poeta. Era un espíritu angustiado e inquieto, pero su poesía no es de vuelo. No ha tenido ninguna influencia en la poesía griega. Ninguna. Como personalidad dejó gran huella en su actitud y su conducta ascéticas. Menos en Grecia que en el exterior. Aquí no dejó huella. En su poesía Kazantzakis utilizó el metro de quince sílabas y el hexámetro dactílico y los puso en yambos. Eso es algo artificial en la técnica y no corresponde a la respiración del verso griego.

Me gustan sus novelas: *Cristo de nuevo crucificado*, *Zorba*... No lo conocí personalmente, pero tenía fama de ser muy educado y fino. Si se le enviaba un libro, así se lo enviaba el más insignificante poeta, contestaba al menos cinco o seis palabras.

¿Y Cavafis?

Fue un hombre muy alejado de todos. De la poesía inglesa fueron sus principales lecturas. Conoció el idioma inglés desde muy niño. Utilizó, según su propia necesidad de expresión, la *katarévusa* (la lengua culta) y la *demotikí* (la lengua común). Por esto y por su homosexualismo, su poesía al principio fue marginada. Pero poco a poco, y por su propio homosexualismo, se levantó el interés. Poco a poco se fue descubriendo que su poesía era muy profunda y que en ella le había dado dimensiones generales a su drama personal. Cavafis ha influido hondamente en

la poesía griega moderna; no exterior, sino interiormente.

¿Y Iorgo Seferis?

Era un espíritu muy agudo. En sus inicios recibió la influencia de la poesía pura francesa: Mallarmé, Valéry. Pero su posterior encuentro y comunicación con la poesía inglesa, y en especial con la obra de T.S. Eliot —al que tradujo magníficamente al griego y del que escribió varios ensayos— dio a nuestra poesía un carácter apoyado en la tradición y la renovó al mismo tiempo. Sus ensayos sobre poetas griegos o sobre Eliot muestran un gran espíritu crítico. Su poesía es también *exacta*. No acepta ni lo superficial, ni lo exhuberante, ni lo grandioso. Es muy mesurada. No lo conocí a él personalmente.

¿Y Odisseas Elytis, cuya poesía parece hecha de aire, sol y mar?

Fue influido por el surrealismo francés, sobre todo por Paul Éluard, con el que tiene mayores afinidades. Pero en su poesía hay las sensaciones y el sentimiento griego: algo brillante, de una adolescencia deslumbrada por los milagros continuos de la naturaleza. En sus inicios escribió pequeños poemas líricos extraordinarios. En los años de la ocupación hizo su famoso poema *To axion estí (Es digno)*, donde empezó a interesarse por las cosas sociales. Su lenguaje es muy rico, y por eso, es difícilmente traducible. Pierde mucho. Como en el caso de Cavafis equilibra muy bien la *katarévusa* y la *demotiki*. De los libros de Elytis prefiero *Fotodendro (El árbol de la luz)*.

Elytis, contra su fama de orgulloso, es un hombre muy sencillo y modesto. Está ahora muy enfermo. Él es del 1911 y yo del 1909. Yo también me siento muy enfermo, viejo.

Hablando de otros poetas, con los que tiene coincidencias ideológicas, y que aparecen en sus poemas, ¿fue usted amigo de Neruda?

Nunca lo conocí. Una lástima. Le dediqué un amplio poema, que sé que llegó a sus manos. Hubo un congreso en Londres hace tiempo y los dos fuimos invitados. Eran los años de la dictadura de los

coroneles y se me prohibió viajar. Él dijo que había hecho ese viaje exclusivamente para encontrarse conmigo. También cuando recibió el premio Nobel declaró que había un poeta que merecía el premio más que él: Iannis Ritsos. Antes me había escrito y dedicado sus libros, pero yo nunca contesto cartas. No, no lo conocí personalmente. Al que sí vi muchas veces fue a Nazim Hikmet. Alguna vez incluso dimos juntos una entrevista para *Cultura*, una revista de Praga.

¿Y Louis Aragon?

Fue un gran amigo, un verdadero hermano, y le estoy muy reconocido. Él escribió mucho sobre mí y dijo alguna vez: "El mayor poeta del mundo se llama Iannis Ritsos". Él redactó el prólogo de una edición bilingüe en Gallimard. En alguna línea dijo que cuando leía la "Sonata claro de luna" sentía el golpe violento del genio.

Aragon viajó exclusivamente por mí cuando recibí el premio Lenin. A causa de la invasión rusa a Checoslovaquia, en el 68, él se había distanciado de los soviéticos. Él pertenecía al comité del premio Lenin, pero no había tomado parte en él por diez años. Fuimos juntos a Moscú, y allí aun insistió en que se me debía otorgar el premio Nobel.

Usted escribió un libro admirable, en la última estación poética, que se llama Testimonios. Por más de 50 años usted ha escrito poesía y ha visto el mundo. ¿Cómo ve en conjunto su obra poética?

Testimonios es tal vez el título que más conviene a mi poesía, porque toda mi poesía es testimonio del pasado, del presente y del porvenir. Hay una relación entre estas tres dimensiones. Pero yo escribí también un libro que se llama *Cuarta dimensión*, que es el más singular de mis libros. Un monólogo teatral con los temas de los mitos de la antigua Grecia.

Allí están Perséfone, Orestes, Ajax, Agamemnon, Crisótemis... Usted, creo, ha preferido del pasado griego, los tiempos homéricos y Bizancio.

Que en pequeños detalles dan toda la hondura de la leyenda.

¿Y por qué ir hasta Homero?

Ah, Homero... En Homero está la raíz de todo. ¿Cuánto de mí no viene de la fuente homérica? Pero pienso que el personaje que utilizo en mi poesía es el personaje eterno. Hay algo inmutable e intercambiable en todas las épocas históricas. Hay cambios en la sociedad, en la naturaleza y la técnica, pero hay cosas que permanecen inmutables.

En todas las razas y a través de todos los tiempos hay las mismas preocupaciones centrales. Por eso puede haber también la atracción múltiple de las razas: un negro y una blanca, un asiático y una latina.

¿Conoce algo de poesía latinoamericana?

Desdichadamente muy poco, pero lo que leí me interesó vivamente.

¿Y de México en especial?

No, nadie. Y es una lástima por la gran tradición histórica y cultural que tiene. Estuve en Cuba en 1962, pero había tal calor que no podía respirar. Me sofocaba. Estuve un mes. Me dijeron que en México hacía más calor que en Cuba.

Le tomaron el pelo. Hay gran variedad de climas y depende de la zona y la estación.

Quizá, pero ahora ya es tarde. Ahora sólo me queda el último viaje, que será en el navío de la muerte.

¿Está satisfecho con lo que hizo?

Sí, he sufrido mucho, aprendí mucho, encontré muchas cosas.

Recuerdo un poema de usted, "Hercules y nosotros", que no sólo es una visión de los campos de concentración por los que pasó (Makrónissos, Jaros, Leros), sino una metáfora de la vida.

"Nuestro único documento son tres palabras: Makrónissos, Jaros y Leros. /Y si encuentran torpes nuestros versos, /recuerden que han sido escritos /bajo los ojos del vigía y con la bayoneta en nuestro costado." ♦

Libros

UNA MUJER SILENCIOSA

LA INTERMINABLE CARENCIA

Hernán Lavín Cerda

Conocí a Paulina Movsichoff en 1980, si la memoria no me es infiel. Había llegado a México en 1978, luego de permanecer algún tiempo en Ecuador. La escritora nació en Argentina y vivió hasta 1982 en el Distrito Federal: primero en Avenida Universidad y luego en Avenida Pacífico. Poco antes de regresar a Buenos Aires (actualmente vive en el legendario barrio de Boedo), obtuvo en 1981 el premio Juan Rulfo por su primera novela *Fuegos encontrados*. Esta misma novela obtuvo el premio del Círculo de Lectores de Argentina, en 1985, y se reeditó lujosamente. Los jurados fueron algunos novelistas de prestigio como Eduardo Gudiño Kieffer, Marta Lynch y Pedro Orgambide, además de Isidoro Blaisten y Óscar Hermes Villordo.

Volví a ver a Paulina (su abuelo vino de Odesa, aquel puerto en el Mar Negro, la vieja Ucrania) en el Museo Rufino Tamayo, durante la ceremonia de entrega de los premios Xavier Villaurrutia a los escritores Álvaro Mutis y Ernesto de la Peña, el 16 de febrero de este año. Fue una sorpresa encontrarme con la poeta y novelista argentina después de tanto tiempo: "No te puedes imaginar cómo deseaba volver a México, aunque sea por algunos días. He soñado con regresar a este país donde pasé unos años tan felices; aquí creció mi hija Sol, aquí apareció mi primera novela, en fin. Tantos amigos, tantos recuerdos. Esto del exilio ha sido terrible: estamos escindidos y creo que sin remedio; presiento que mi vida y mi escritura cambiaron en lo más profundo. Necesitaba venir de nuevo a México, casi de una manera compulsiva; quería ver otra vez sus paisajes, hablar con su gente, ver lo que están haciendo sus artistas. Me iré a Oaxaca: su luz, su transparencia, el ritmo de sus colores, es algo muy difícil de olvidar..."

Antes de su regreso a Buenos Aires, Paulina Movsichoff me regaló un ejemplar de su libro más reciente, *Una mujer silenciosa*, publicado en la capital argentina por Torres Agüero Editor, en enero de 1989. La edición es bella, está muy cuidada, y leí los textos en unos cuantos días. De inmediato pude apreciar cómo se ha desarrollado en su autora la estética del exilio, un exilio de ida y vuelta.

Recuerdo que Augusto Monterroso me lo advirtió hace más de quince años, cuando recién habíamos llegado a México: "No hay exilio en singular. Es una experiencia múltiple".

En los catorce cuentos de Paulina, como muy bien lo advierten los editores en la contraportada del volumen, hay "atmósferas, pequeños climas en que el yo aparece expuesto, más que a fuerzas exteriores, a profundas y perturbadoras fuerzas internas. Historias que nacen de una fragilidad o de un delirio y en donde lo concreto y lo abstracto pierden sus contornos para producir una alucinada sensación de ambigüedad".

En los mejores textos de la escritora argentina, todo sucede bajo la línea de flotación del lenguaje, aunque éste no parece como un simple vehículo de transmisión al servicio de alguna idea preconcebida. Es justamente en el tejido —esa enigmática línea de sombra— donde habrán de constituirse las atmósferas, más o menos densas, en cuyo interior deambulan los personajes como fantasmas, comunicándose no siempre a través de las palabras. Paulina Movsichoff proviene del sistema elíptico que, como sabemos, se reconoce en la poesía. Ella es oficiante del rito

sagrado y, como tal, sabe dar en el blanco o desaparecer, esfumándose, cuando es preciso. Su universo de ficción es de intimidades y sutilezas, y sus personajes son figuras de identidad improbable: más bien espectros encarnados por medio del lenguaje, pero que han debido soportar el peso de la historia: olvidos de autodefensa, memorias a veces autodestructivas, pasiones transfiguradas en el recuerdo, guerras de ayer contra el indio, guerras de hoy entre casi todos, desapariciones, crueldades de signo político, erotismo imaginario como en aquellos personajes de Luis Buñuel en su película *El discreto encanto de la burguesía*. Lo que estuvo a punto de ocurrir y no ocurrió: la estética del deseo jamás consumado. La interminable carencia.

En varios de los cuentos, el nudo de la tensión argumental se resuelve, fácticamente, mediante alguna información significativa que tiene la virtud de funcionar como una especie de luz que ilumina todo el texto en diferentes direcciones. Dicho de otro modo: la coda iluminante o el final sorpresa. En otros relatos, son las profundas y perturbadoras fuerzas internas las que van provocando la espesura psicológica y la densidad lingüística; no obstante, hay que señalar que la narrativa de Paulina Movsichoff no está orientada hacia el barroco latinoamericano de las últimas décadas. Para decirlo de una manera general, su lenguaje pertenece a cierto coloquialismo que consigue eludir las tentaciones de la simple y devaluada imitación callejera; no hay en su escritura una copia fiel de los registros de la oralidad, sino más bien una transformación artística a partir de dicha oralidad.

También deseo referirme, aun cuando sea fugazmente, al buen tratamiento que la autora confiere —desde el punto de vista técnico— a sus narraciones. En líneas generales, hay una buena utilización de los monólogos interiores, así como de ciertos diálogos incorporados, a veces, a dichos monólogos; otro de los recursos técnico-estilísticos es el cambio de los puntos de vista del narrador (o de los narradores) pero dentro de una misma cadena o bloque narrativo. Un tanto a la manera de Julio Cortázar, y como si fuese un fraseo jazzístico, a través de una velocidad que tiene que ver con el uso del polisíndeton o de las pausas breves marcadas por comas, se desarrollan algunos de los cuentos de Paulina Movsichoff. En otros momentos, como en "Esos señores muy altos", el texto adquiere su propia estatura mediante el sutil manejo del punto de vista en los



Paulina Movsichoff

labios de una niña que, como si fuera un testigo inocente, descubre la persecución y el miedo de los adultos durante aquellos años terribles: "A mí lo mismo me gusta el campo, sobre todo esos días en que se nubla para llover y las hojas y las flores parece que cambiaran de color y hay un perfume que sube de la tierra, como de limones. También me encantan las luciérnagas y esos bichos más grandes, los tuco pan, papá me pilló uno la última vez que estuvimos y me lo puso en una cajita de fósforos. Yo la abría de noche, después de que Ana y los demás se dormían y era como tener una linterna, una linterna viva, toda patas y alas y ojos." De pronto la visión de la niña cambia cuando surge la violencia desde el exterior: "Papá saca la llave para entrar en casa y de repente se pone pálido cuando ve a unos señores muy altos que esperan cerca de la puerta. Están parados junto a un auto negro y entonces nos dice bajito y con una voz como de enojado vayan para adentro, rápido, pero nosotras no entramos nada, qué querrán esos señores que ahora agarran a mamá por el cuello, a mamá que lleva la botella de sidra y le dan un empujón para meterla en el auto, Ana se agarra de su pollera pero ellos la desprenden y la alejan, entonces las dos lloramos no se llevan a mamá y papá quiere defenderla y le pega una trompada al más alto, pero él saca una pistola como las de la tele y ahora a papá le corre sangre por la cara y lo empujan también adentro y se van rápidamente mientras Ana y yo nos quedamos en la puerta..."

Diremos, por último, que Paulina Movsichoff demuestra poseer una poderosa sensibilidad que, en sus mejores instantes, se convierte en literatura de alto nivel cuando se crea ese equilibrio básico entre lo sensible y la facultad expresiva. Tal fenómeno ocurre en varios de sus cuentos y, de modo muy intenso, en ese relato de progresiva alteración psicológica que da título al libro: "Una mujer silenciosa". Un texto de primera categoría: ¿fetichismo mayor?, ¿sucedáneo buñuelesco o fellinesco? Inolvidable muñeca de plástico (más carnal que la carne misma), impasible ante los juegos eróticos de Juan Carlos, pero con la cualidad misteriosa de embarazarse lentamente. Dije alteración psicológica, pensando en Juan Carlos, pero empiezo a tener dudas. Creo que esa muñeca, que es el doble de Elvira, su mujer muerta, es aún más real que la propia realidad de la difunta en el recuerdo. ♦

Paulina Movsichoff. *Una mujer silenciosa*. Buenos Aires, Torres Agüero Editor, 1989.

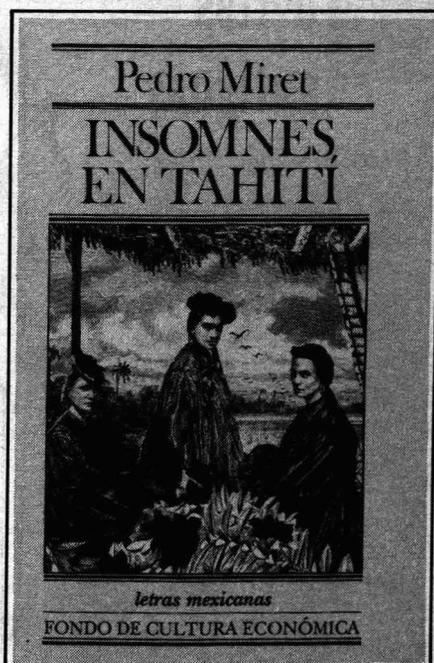
INSOMNES EN TAHITÍ

UN ANDAMIAJE SENCILLO

Humberto Rivas

En la obra narrativa de Pedro Miret (1932-1988) siempre hay un personaje narrador que transita por una realidad peculiar, mezcla de absurdo y ribetes poéticos arrancados a los objetos y a las situaciones en los que se enreda gracias a una curiosidad inabarcable.

Desde el libro *Esta noche... vienen rojos y azules* (1964, reeditado por Sudamericana en 1972) se vislumbraba la presencia de un estilo singularísimo en la literatura escrita en español. Luego, Grijalbo publicó *La zapatería del terror* en 1978, relatos en los que se refrendaba una insólita exploración en la realidad literaria. Siguió *Rompecabezas antiguo* (Fondo de Cultura Económica, 1981) en el mismo tono sostenido causando igual pasmo en el entusiasmado lector. En 1987 se reeditó *Prostíbulos* (bajo la alianza Pangea, INBA, SEP), nuevos relatos (para el mercado nacional) de ese estilo que arma atmósferas opresivas, punto focal y soporte poderoso de ese entramado vital y pleno de imágenes, ese universo autónomo que en su ansia por asomarse a lo real se rebasa a sí mismo y deviene en ámbito en el que es imprescindible participar, en el que hay que aceptar la pureza y particularidad de



Se

Guillermo Sheridan
UN CORAZÓN ADICTO:
LA VIDA DE RAMÓN LÓPEZ VELARDE



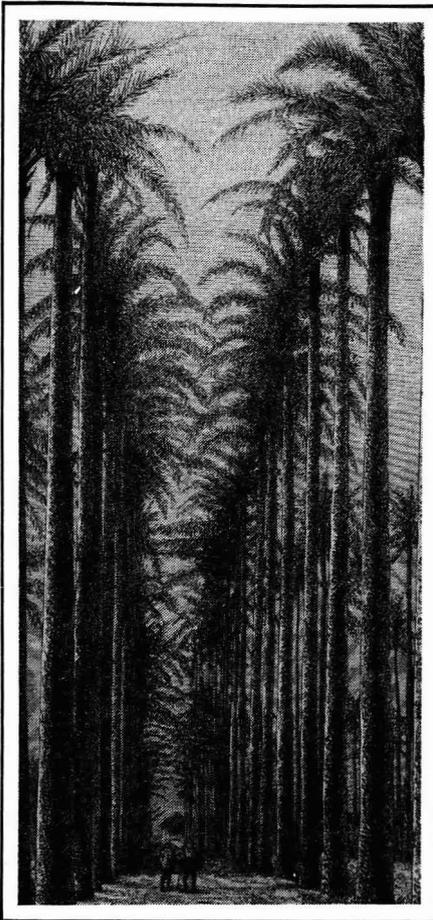
En este libro el autor decidió evadir los usos comunes al escribir una *vida* antes que una biografía, pues "la biografía aspira a la objetividad documentada, a tomar aliento tanto de la caligrafía como de la radiografía; la vida acepta de entrada que escribir una biografía es imposible y prefiere crear, como quería Marcel Schwob, desde el caos de rasgos humanos que deja tras de sí, como una estela, toda existencia".

Se

la visión y los brotes de absurdo que se multiplican casi como en la realidad "real".

Bien, todo hacía suponer que existía un Registro Miret más o menos constante, pero resulta que apareció *Insomnes en Tahití*, una novela que si bien nos enfrenta al Miret original, nos ofrece una imagen diferente de su obra anterior. La novela crea un andamiaje sencillo y sólo ensaya unas pinceladas de las atmósferas típicas de Miret. La forma dialogada es una convención de la que se vale el autor para acotar una serie de ideas a propósito de las artes plásticas. Se invoca el fantasma de Paul Gauguin como ángel tutelar; es este fantasma del pintor el que se pasea por todo el texto, pero también es un pretexto para enjuiciar el arte contemporáneo, y a través de él, a la parcela de la sociedad que lo produce.

Los personajes en el texto están bien conformados gracias al oficio del autor, pero lo interesante es cómo disertan; la exposición de su discurso es original, brillante, aguda... Es la primera vez que las criaturas de Miret abandonan sus neblinosos territorios en los que siempre parecen actuar en una realidad inmediata, para acceder a otra dimensión, una dimensión de



personajes que poseen perspectiva y emiten parlamentos elaborados. Parecen personajes clásicos.

El Che, Benito el español, el supuesto hijo de Gauguin, todos ellos pierden en tanto personajes típicos del Miret, digamos, tradicional, pero ganan como elementos de un texto contemporáneo que participa de la crítica y de la especulación estética.

Insomnes en Tahití no comenzaba a virar el rumbo de la obra miretiana, creo, sino que comenzaba a llenar un espectro más amplio del Registro Miret, en el cual ya no interesaba tanto la atmósfera onírico/real del primer Miret, sino que importaba también el tono ensayístico informal en el que el autor acierta casi siempre con sus agudezas y desparpajos y su enorme amor a la imagen, ya sea literaria, pictórica o cinematográfica.

El escritor ya no está entre nosotros, pero a la literatura mexicana le queda un sedimento riquísimo: la narrativa de Pedro Miret. ◊

Pedro Miret. *Insomnes en Tahití*. México, Fondo de Cultura Económica, Letras Mexicanas, 1989, 141 pp.

Alianza Editorial Mexicana

Literatura

ñoserías

Dante Medina

Niñoserías es un acto literario por excelencia: las palabras actúan en su propio nombre y en el nombre de la lengua española. Están al servicio de sí mismas y de su origen. Como en *Altazor* de Huidobro y en *Yo el supremo* de Roa Bastos, Dante Medina inventa un lenguaje que sirvió en muchos casos tan sólo para el momento de su lectura.



uertas antiguas

Federico Patán

En el frágil territorio amoroso se cruzan los personajes de esta novela para dar vida a una experiencia literaria que da cuenta, al mismo tiempo, de la condición del amor y de la experiencia estética del lector.



l pan dormido

José Soler Puig

La obra más lograda del mejor novelista surgido en la Cuba revolucionaria, que según Mario Benedetti es "uno de los ejemplos más estimulantes de cómo las técnicas de vanguardia son compatibles con una comunicabilidad y una fluidez que permiten al lector introducirse y sentirse en el mundo novelesco como si éste fuera su propia casa".

Enrique Krauze

Personas e ideas



Vuelta

"... una aportación a la erótica
de las ideas."

J. G. Merquior

EDITORIAL VUELTA S.A. DE C.V.

Av. Contreras 516 - 3er. piso

Col. San Jerónimo Lídice

683-50-08 10200, México D.F. 683-52-13

volumen ix, número 88, agosto de 1989, issn 0185-2417

casa del tiempo

LA GRAN
REVOLUCION



JUAN TOVAR:

Aura

Entrevista con
ELSA CROSS

Poesía:

WALLACE STEVENS,
ANA CRISTINA CESAR,
FRANCISCO HERNANDEZ Y
JOSE MARIA ESPINOSA

1,500 pesos

UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA

Mexico and Latin America are changing day by day.
What do you know about these changes?

Voices of Mexico

is a space for current opinion
and reflection.

Political and economic analysis

Special Reports

Interviews with Mexican leaders

Science and Culture

VOICES OF MEXICO

Mexico: What Lies Ahead?

A Conversation with the Press on the Elections

by Susan Bassett

with the Press

by Susan Bassett

Quarterly magazine of the Mexican
National Autonomous University

All publicity or subscriptions should be sent to:

Hispanic Books Distributors, INC
1865 West Grant Road
Tucson, Arizona 85746
Phone (602) 882-8484

Revista Voices of Mexico
Filosofía y Letras No. 88
Colonia Copilco-Universidad
C.P. 04380
México, D.F.
Tels: (905) 6-58-58-53
6-58-72-79

ediciones era

CUADERNOS POLITICOS



56

**¿POR QUÉ?
DEMOCRACIA?** FRANCISCO C. WEFFORT
GUILLERMO O'DONNELL
PERRY ANDERSON

EL 6 DE JULIO: PRELUDIO Y POSDATA
JUAN MOLINAR HORCASITAS ■ EMILIO KRIEGER

EDICIONES ERA / AVENA 102 ☎ 581 77 44

CUPON DE SUSCRIPCION

DICINE DESEO SUSCRIBIRME
A DICINE:

NOMBRE _____

DIRECCIÓN _____

CIUDAD _____

PAÍS _____

CÓDIGO POSTAL _____

1 AÑO \$12,000 EXTRANJERO \$15 US
EJEMPLARES ATRASADOS \$2,000
(A PARTIR DEL NÚMERO 9)

DICINE Leonardo Da Vinci 161 A 01420
México Admón. de Correos No. 19

RADIO UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



XEUN 860 kHz, AM; XEUN FM 96.1 MHz,
frecuencia modulada estereofónica

ORQUESTA FILARMÓNICA DE LA UNAM
Temporada 1989-1990

Transmisiones a control remoto desde
la Sala Nezahualcóyotl.
Domingos, 12:00 h: AM y FM
Transmisiones diferidas
de los programas inmediatamente anteriores.
Viernes, 20:30 h: AM y FM

**LOS CUARTETOS DE CUERDA
DE LUDWIG VAN BEETHOVEN**
Nueva serie.
Sábados y domingos, 15:00 h: AM y FM

**PENSAMIENTO MUSICAL EN LA
HISTORIA**, por Fernando Álvarez del Castillo.
Grabaciones en disco compacto (CD).
Martes, 19:00 h: FM

ATMÓSFERAS SONORAS
Música New Age, grabaciones en CD.
Martes y jueves, 18:00 h: FM

PANORAMA DEL JAZZ, por Roberto Aymes.
Lunes a viernes, 19:30 h: AM, retransmisiones.
Lunes, miércoles y viernes, 18:00 h: FM

EL BLUES INMORTAL, por Mario Compañet.
Sábados, 21:00 h: AM y FM
Jueves, 19:00 h: FM, retransmisiones

LETRA Y MÚSICA DE AMÉRICA LATINA,
por René Villanueva.
Domingos, 9:00 h: AM y FM

NOTICARIOS RADIO UNAM
Lunes a jueves, 7:00, 15:00 y 22:00 h: AM y FM
Viernes, 7:00 y 15:00 h: AM y FM; 20:00 h: AM

UN ESPACIO
PARA LA RECREACION
CULTURAL



7^a Feria
Nacional
del Libro
en La UNAM

DEL 6 AL 19 DE NOVIEMBRE

MUSEO UNIVERSITARIO DE CIENCIAS Y ARTES
CIUDAD UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
COORDINACION DE HUMANIDADES
COORDINACION DE DIFUSION CULTURAL
DIRECCION GENERAL DE FOMENTO EDITORIAL



LOS
UNIVERSITARIOS
UNIVERSITARIOS

A LOS 50 AÑOS
DE LA LLEGADA
DEL "SINAIA"

POR PEDRO GARRIAS
E IGNACIO GARCÍA TÉLLEZ



A LOS 30 AÑOS
DE LA CASA
DEL LAGO

POR LEON PANNABERE
JEAN GARCÍA PONCE
ARTURO AZUELA
ALBERTO DALLAL



QUINTO CENTENARIO
POR MARGO GLANTZ

TERCERA ÉPOCA

POESÍA DE
FABIO MORÁBITO,
ADOLFO CASTAÑÓN
Y MARÍA BARANDA



GONZALO CELORIO
SOBRE
LÓPEZ VELARDE



ENTREVISTA A
MARÍA KODAMA



CARTELERIA
OCTUBRE 1989



GACETA UNAM



- * Cursos
- * Talleres
- * Seminarios
- * Congresos
- * Cátedras Especiales
- * Convocatorias
- * Becas

- * Bolsa de Trabajo
- * Publicaciones
- * Entrevistas
- * Ciencia
- * Arte
- * Cultura
- * Salud



Dirección General
de Información

Aparece
lunes y jueves
550-59-06

La Comisión del V Centenario del Descubrimiento de
América de la Generalitat Valenciana

Presenta

Exposición

Tolsá, Ximeno y Fabregat

Trayectoria artística en España siglo XVIII
Pintura, escultura, grabado, dibujo y
planos arquitectónicos

Inauguración: Lunes 16 de octubre 19:30 hrs.

Simposio

Valencia—México

Arte y academias en el siglo XVIII
en el ámbito hispánico

Salón de recepciones del Museo Nacional de Arte

Lunes 16, martes 17, jueves 19 y viernes 20 de octubre
De 10:00 a 13:30 y de 16:30 a 20:00 hrs.

Informes: tels. 521-7461 y 512-3224

Museo Nacional de Arte

Tacuba 8, Centro Histórico



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes



Instituto Nacional
de
Bellas Artes

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

ha publicado:

Marzo-abril, 1989 ♦ 458-459

EUROPA CENTRAL *donde el tiempo se detuvo*

- ♦ Sergio Pitol ♦ Fulvio Tomizza ♦ Hernán Lavín Cerda
♦ Claudio Magris ♦ Fred Misurella ♦ Deszö Kostolányi

Mayo, 1989 ♦ 460

PARA EL ÁLBUM DE ALFONSO REYES *(1889 - 1989)*

- ♦ José Luis Martínez ♦ Ramón Xirau ♦ Adolfo Caicedo
♦ Alfonso Rangel Guerra

Junio, 1989 ♦ 461

JULIO TORRI DE LA A A LA Z: *La visión de los herederos*

- ♦ Entrevista con Serge I. Zaitzeff ♦ Los papeles de Torri

Julio, 1989 ♦ 462

LA DESTRUCCIÓN DEL ARTE MEXICANO

- ♦ Beatriz de la Fuente ♦ Elisa García Barragán ♦ Jorge Alberto Manrique
♦ Clementina Díaz y de Ovando ♦ Augusto Molina Montes

Agosto, 1989 ♦ 463

CAOS Y OSCURIDAD EN LA MATERIA

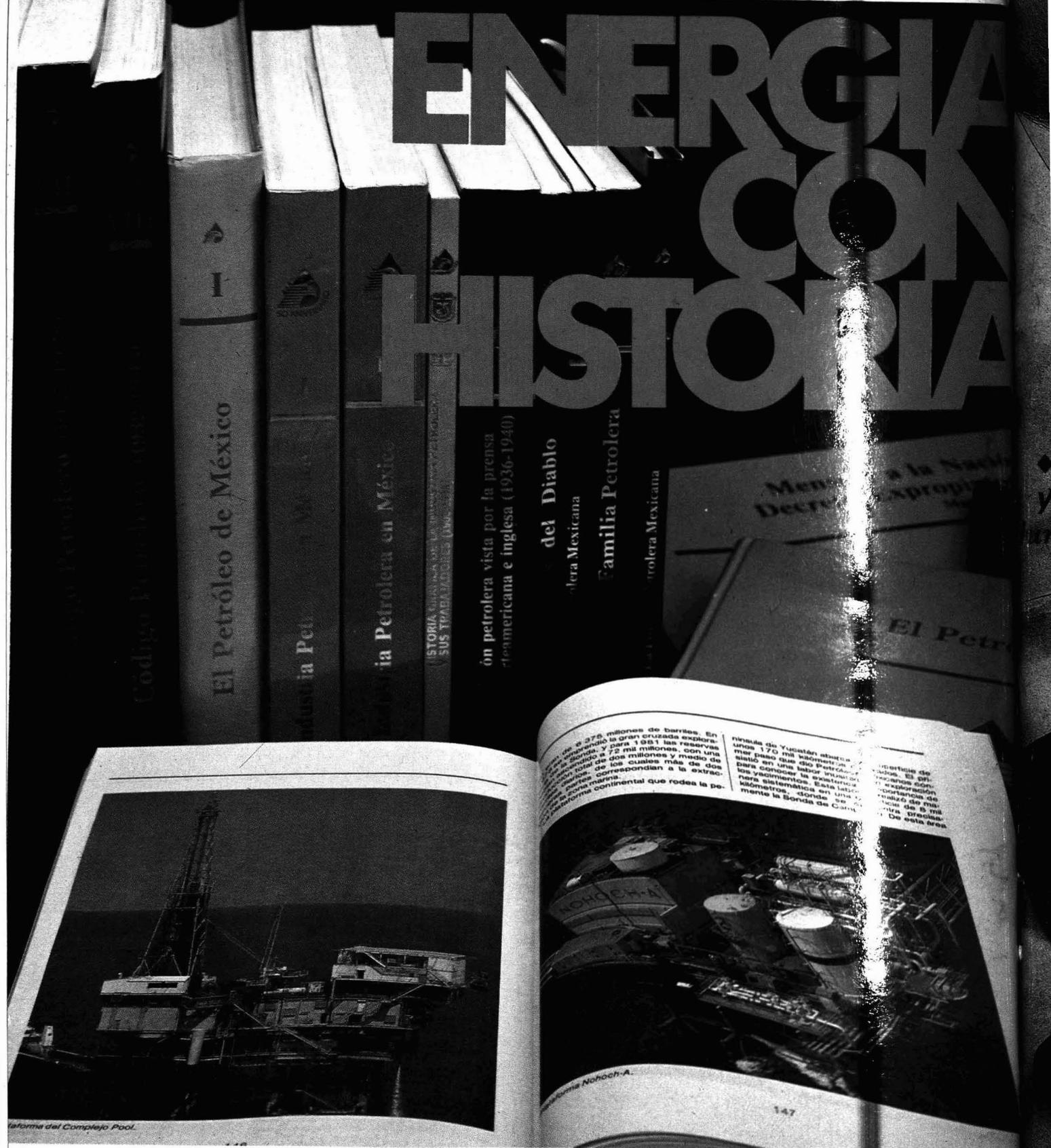
- ♦ Cetto ♦ De la Peña ♦ Brody
♦ Estrada ♦ Pérez Pascual ♦ Pérez Ransanz

Septiembre, 1989 ♦ 464

CELEBRACIÓN DE LA VIDA

- ♦ Palacios ♦ Lazcano Araujo ♦ Pérez Tamayo
♦ Olivé ♦ Sarukhán
♦ Elena Poniatowska: *Las costureras*
♦ Poemas de
Antonio Castañeda,
David Huerta
y
Fabio Morábito

ENERGIA CON HISTORIA



PEMEX

**ORGULLO Y FORTALEZA
DE MEXICO**

- Como testimonio histórico de sus cincuenta primeros años de trabajo y esfuerzo, PEMEX editó un conjunto de obras conmemorativas.

Esta magnífica colección, relata con todo detalle la dramática lucha por recuperar los recursos naturales y el desarrollo de nuestra máxima industria... pivote de la economía mexicana.

Haga suyas estas excepcionales obras que están a su disposición en las principales librerías del país (edición limitada).